

Edgar Rondón

La  
Facundera

**NOVELA**



Edgar Rondón nació en San Antonio de Capayacuar en 1958. A los siete años se traslada a Maturín, donde ha cultivado el interés por las letras. Fue director de la página *Verdad y Fuerza*, insertada en el periódico *El Sol de Maturín* desde 1984 al 89. Coordinador del *Suplemento Literario Papiro* de *El Diario de Monagas*. Columnista de la prensa local y autor de los siguientes libros: *Monagas ahora y después del petróleo*; *Diego Sifontes Sosa, herencia pedagógica*. *Pedro Máximo Campos y otras notas*. *Recuerdos inolvidables*, *Los Pozos de Areo*, *Huellas del pasado*. *Cacique Guanaguanay, defensor de Maturín el 25 de mayo de 1813*. Es Magister en Geohistoria, actualmente (2012), es Sub Contralor de la Asociación Nacional de Cronistas Oficiales de Venezuela

**Página Web del autor**  
**[HistoriadeMaturín.com.ve](http://HistoriadeMaturín.com.ve)**

EN HONOR AL POETA Y ESCRITOR  
JULIÁN PADRÓN

## INSPIRADOR DE SUEÑOS Y SUSURROS EN LAS MONTAÑAS DE CAPAYACUAR

REIVINDICANDO EL ACERVO HISTÓRICO CULTURAL  
Y PATRIMONIAL DEL ESTADO MONAGAS



**Casa del papá del escritor Julián Padrón, ubicada en el caserío El Rincón de San Antonio de Capayacuar, alrededor el trapiche y el alambique, donde Facundo compraba papelón, alfondoque y las garrafas de ron, para llevárselas a La Ceiba. (Foto cortesía Grupo Productor OV6. marzo 2010)**

©Edgar Rondón

1ª. Edición 2014  
1000 Ejemplares

**Coordinación editorial**  
César Augusto Betancourt

**Diseño de portada**  
Anmary Brito

**Impreso en Venezuela por:**  
**Impresos Litógrafos Maturín C.A.**  
**RIF: j – 08021815 - 9**

**Hecho el depósito legal de ley**  
**Depósito legal: If71220118004049**  
**ISBN: 978-980-6710-48-1**

Carrera 4 con calle Rojas N°243, sector centro  
Maturín, Estado Monagas  
Tlf. (0291) 642 5067  
**Email: impresoslitograficosmat@gmail.com**

**Depósito legal: If71220118004049**  
**ISBN: 978-980-6710-48-1**

<i>INDICE</i>	Pág.
<i>Facundo.....</i>	19
<i>Facundo perturbado de amor.....</i>	23
<i>La Piedra del Sol.....</i>	33
<i>La Facundera.....</i>	38
<i>La Ceiba.....</i>	51
<i>Comotirar.....</i>	69
<i>Perseverancia muchachos.....</i>	80
<i>Visita del cura.....</i>	85
<i>Famoso Banquete en Monteoscaro.....</i>	90
<i>El Tigre Palenque.....</i>	109
<i>Degüella al Encantado.....</i>	115
<i>Encarnación Salmerón.....</i>	120
<i>Encuentro consigo mismo.....</i>	125

## **DEDICATORIA**

A la memoria de mis padres, Rafael Rondón y Andrea Torres de Rondón, emprendedores de sueños en las montañas del Turimiquire, y muy especialmente al poeta del Valle de Capayacuar, Luis Maximiano Torres; sin él hubiese sido imposible el imaginario desarrollado en esta novela.

## PRÓLOGO

Esta obra simplemente nos identifica con Julián Padrón, el ambiente de su pueblo. El autor pretende familiarizarnos con las costumbres, vida social, conflictos — es decir— con la cotidianidad de los habitantes de una región en la cual se conocen todos y que tienen una manera distinta de vivir.

Quizá de repente, nos recuerda *La Facundera* a la novela *La Guaricha* del gran escritor Julián Padrón, por lo que al leerla vamos a encontrar similitudes con esta obra en donde el personaje central llamado Facundo combina su cotidianidad con algunos ribetes de héroe. Lo presenta el autor como un hombre a quien nadie puede derrotar, porque tendría algunos poderes. Considero que Facundo en su interior no ha sufrido la derrota, le gusta vivir bien y para ello trabaja duro como José Mayo el protagonista de *La Guaricha*. Es la manera de proporcionarles a sus dos familias un mejor modo de vida.

Toca aquí el tema de la discriminación social, la manera de hablar de los sanantoferos y nos lleva por ese mundo en el cual vivió Julián Padrón. Aunque no es el personaje principal, llega un momento en que aparece en la vida de Facundo. Leerla es importante porque aprendemos a conocer esos rincones poco transitados de San Antonio y en donde reside un conglomerado desconocido para muchos. En fin, es una novela ambientada en la tierra del afamado escritor monaguense con visos de romances, secretos, muchos cuentos y coplas que el autor ha tratado de combinar para hacer más amena su lectura.

*Lcda. Angélica Olivero*  
*Periodista*

## FACUNDO

El juglar de las serranías, el incansable cantor de las bellezas y el amor sin fin, con imponentes travesuras que lo hace distinguir dentro de su comunidad; sentado en su butaca de cuero, sus pensamientos están allá en lo alto de su hacienda, recuerda igualmente la esperanza, alegría y amor incansable con lo apreciado de su vida, sus hijos. Es el hombre con actitud positiva, alegre y dinámica en las posadas reminiscencias de su conducta de parrandero, fama que alegan de su persona en este mundo alejado del murmullo de las ciudades.

Hablar de este personaje es encontrarse con hombres y mujeres de Venezuela, donde se percibe y se resalta la percepción de Facundo y su inseparable facundera. Hombre de mucha versatilidad en su destreza física, parecido a un pajarito cuando está en una rama, viendo para los lados sin perder concentración. Sus composiciones y poesía están siempre activas en su memoria; a eso se le agregan sus condiciones de defensas en enfrentamientos con ciudadanos de mayor tamaño a los que vence sin dificultad.

El poeta de La Ceiba posee riqueza y variedad de movimientos que contribuyen a sus facultades en situaciones donde está en riesgo su humanidad, su ímpetu de acción a favor de los débiles le suma actitud en abordar situaciones que implican intención de fortaleza y protección para enfrentar cuerpo a cuerpo a otras personas. Su consistencia corporal y motriz lo hace fuera de serie en su inventiva y creatividad al pelear con sus enemigos. En el río Colorado quedan los recuerdos, porque allí consiguió uno de sus amores, en ese ambiente invita a jóvenes a luchar en la orilla del río, en la pelea le gana a cuatro o cinco muchachos; todos caen al suelo. Es tan ágil que se ríe de la debilidad de los demás.

Facundo traspasa las barreras de La Ceiba haciéndose muy conocido en el pueblo de San Antonio de Capayacuar, precisamente por sus travesuras. Coloca el sombrero en el suelo y a cierta distancia sale corriendo encima del animal y lo agarra con mucha facilidad al ritmo del galope; en una oportunidad hace una apuesta montado en el caballo Moro. Le dijo a Jesús Córdova que le pegara un palo, y al levantar éste el asta, Facundo le sale por debajo del caballo y lo agarra por los ruedos del pantalón y lo tumba. El público presente se ríe de la agilidad del poeta de La Ceiba. Los comentarios de la gente son de legitimidad de este pequeño hombre de mil cantos, composiciones, poeta y su extrovertido saludo público de tocayo o tocaya.



Los hermanos Pastor, José, Fernando, Domingo y Alberto todos del caserío La Ceiba, se van a trabajar en la hacienda de La Cumbre de Buenos Aires, en la tarde después de hacer la faena diaria, Facundo les dice:

—Vamos a echar una lucha. ¡Todos ustedes contra mí!

Facundo se arma para enfrentar el desafío y los jóvenes igualmente se preparan al ataque.

—¡Vengan todos a tumbarme!

Al momento de enfrentar la lucha, cada quien patas arribas, rendidos y admirados de este hombre.

—Ya, hicimos la primera lucha, vamos hacer la segunda —expresa.

Extiende en el suelo un encerado de lona, se acuesta encima de la lona y le dice a los muchachos, agarren ese palo y me lo pegan por cualquier parte del cuerpo. Empezó Pastor. En ese momento pasaba por su mente el compromiso, al cual lo sometía su tío.

— ¿Yo, cómo que voy a matar a mi tío? —Su corazón le decía que no puede hacerlo por lo indefenso, pero por la insistencia de Facundo...

Lanzó el madero en su humanidad, sorpresa se lleva cuando Facundo pega un salto y el golpe cae encima del encerado, y así siguen los otros trabajadores con la misma intención del juego y ninguno le hace nada.

En la población de Caripe del Guácharo, le presentaron a un señor.

—Mucho gusto, Celestino Belmonte.

Enseguida le contestó:

—Yo también voy pa'l monte.

El hombre se molestó por el gesto. De inmediato Facundo le compuso un verso suavizando el saludo y la mala interpretación que pudo surgir, se dan la mano y son amigos. Esas habilidades son muy importantes para cualquier persona, al adoptar actitudes necesarias en función de relaciones personales.

Viniendo de la hacienda del Cumbre en su caballo Moro, en época de carnaval, las personas intentan bañarlo como es costumbre en estas fiestas tradicionales, Facundo tiene el caballo amaestrado y cuando le van a lanzar el agua el caballo se para en dos patas y no lo deja mojar; facetas elocuentes en la capacidad de individuos que puede protegerse en circunstancias divertidas y de guerra.

En La Ceiba o en Mundo Nuevo donde tiene sus propiedades, es frecuente encontrarlo en actividades propias de vaquero: ordeñando, enlazando dentro del corral. Cuando no puede lograr su objetivo se encoleriza, teniendo como costumbre morder la oreja a los animales; lo hizo con un burro que lo tumbó al tratar de montarlo de espalda, igualmente a un becerro, porque el animal no agarra la teta que él quería, le sacó el taco de la oreja, bajando la adrenalina de su cuerpo.

Facundo es el hombre extrovertido, humanamente alegre, pero explosivo en situaciones rudas. Es el engranaje del poeta romántico y su accionar por lograr lo que quiere. En la bodega de Guillermo Benítez de San Antonio, se encuentra el señor Calderón, fornido y alto; dice “*No seas como Fa...*” En ese momento entra Facundo al negocio, pega un salto al escuchar la frase y tumba de una patada en el estómago a la persona; éste reacciona y no enfrenta al personaje de baja estatura; nadie se explica por qué es la trifulca; apacigua la situación el dueño del negocio.

Paseando por el pueblo de San Antonio de Capayacuar con dos de sus hijos, Antonio, de cinco, y Candelaria, de nueve años, al pasar por la panadería de Pancho Caldera, ve empujar a un señor de avanzada edad, corre y palmea las manos frente la cara del hombre, al pestañar le aplica una zancadilla y lo tumba, en el suelo le puso su mano izquierda en el cuello y lo está ahorcando, sus hijos lloran inconsolablemente por la pelea de su papá.

—¡Te voy a enseñar a respetar a los hombres mayores! —Exclama Facundo.

El panadero del pueblo le grita con mucha fuerza y respeto, al momento que el hombre en el suelo, exclama:

—¡No, señor Facundo, déjese de esto que yo soy su amigo!

El panadero comenta con unos clientes, es un hombre muy ágil, eso es lo que dice la gente a lo largo y ancho de San Antonio.

—¡Sí, es cierto!, eso es lo que dicen —argumenta un cliente.

—Él le dijo a su cuñado que si veía una culebra le lanzara el sombrero y luego que le informara. En una oportunidad, Rafael tropezó con una piedra y estaba una cascabel, armada para morderlo, se acordó de las recomendaciones y le lanzó su sombrero, al otro día regresa con Facundo y encuentra la culebra enrollada cabeza en alto dispuesta a atacar, tomó un pequeño palo y la dejó ir.

—La otra vez llevaba en su caballo Moro a su hijo Antonio y yo iba al lado de él, nos salió un cachicamo que bramaba como si fuese un toro que se acercaba, Facundo sacó el revólver, le disparó y el animal salió con un bramido espantoso, su hijo lloró por lo que vio y Facundo nos decía que nada había pasado.

Pancho estaba lelo de los cuentos del cliente, y le pregunta:

—¿Con el disparo lo hizo llorar?

—Claro que sí, señor Pancho.

Facundo después de sus actividades cotidianas en San Antonio de Capayacuar y propiedades, se va para su casa en el caserío La Ceiba, o a la hacienda de la cima de Buenos Aires.

## FACUNDO PERTURBADO DE AMOR

Facundo se encuentra en profundo sueño, recorriendo el mundo del amor al encuentro de su felicidad, se pregunta en lo más recóndito de su sentimiento; amo, adoro, quiero, en ese trájín metal del subconsciente llegan los recuerdos de los amores que alientan y llenan de valor su existencia, se le cruzan nombres de mujeres que lo hacen desequilibrar el estatus de hombre parrandero y mujeriego: *Josefita dame otra oportunidad, he dejado de confiar en tu amor pero te quiero. Carmen tú eres la hermosura, la esbelta, la escultura de mujer bella que conocí a la orilla del río Colorado. Ambos estiramos los brazos de orilla a orilla hasta tocar las puntas de los dedos, imposible por ahora de agarrarnos. Tu presencia me mantiene vivo, eres regalo que alienta mi existir, eres la esperanza de la felicidad que poco a poco me consume; estira más el brazo para alcanzarte y estrechar tus manos y poder tocar esa piel delicada y expresarte mi amor incondicional que nunca se apaga.*

Sigue en su perturbación al hacer contacto con Luisa Ruperta, la muchacha doncella de quince años que vive al lado de la hacienda La Fortaleza en la Cumbre de Buenos Aires, la abraza, la besa apasionadamente como si estuviera en la galaxia de las maravillas. Le habla que en su corazón le guarda un pedazo de viejos recuerdos que atesora en plena cima del Turimiquire. *He perdido la cuenta de tu fascinación de niña, pero ahora eres joven, añoro el momento de correr detrás de ti, agarrarte, mirarte a los ojos, abrazarte, besarte, decirte cuánto te quiero,* en eso su respiración se va apaciguando al despertar asombrado en su propia realidad.

Facundo se sienta en una piedra a pensar y recordar las familias que han hecho vida en La Ceiba, y las reclutas del General Gómez, que él repela para evitar ir a trabajar con pico y pala a construir la carretera de La Cuesta.

—Aquí vive María Parejo, mi compadre Jesús Parra, con su buena mujer Bertha Delgado; Luis Beltrán Otero, padre de Santos Carrasquel, ¡carajo!, gente trabajadora en la vida, haciendo patria y porvenir...

Facundo es interrumpido por Luis Carrasquel:

—¿Qué le pasa, compadre, que está ido?

—Bueno, recordando a todos y todas mis vecinas.

—Facundo, tú siempre con tus vainas.

Luis Carrasquel sigue su camino y Facundo mantiene su inspiración, como si nada hubiera pasado; para él es un orgullo y una costumbre recordar a los suyos.

—*Presentación Salmerón, la partera y curandera del caserío, ¡carajo! Esta mujer es la médica de La Ceiba. Cuántos ahijados tendrá esta mujer. Taly Vera y Tanislao Aria, mayordomo de la hacienda del compadre Juan Manuel Rondón, ¡carajo! Todas estas son gente que poco a poco ha venido poblando el caserío. Qué bueno es recordarlos. Me gustaría hacer una fiesta para unirlos a todos.*

Facundo despierta sumido en los nombres de las personas que poco a poco pueblan esta aldea, expresa en voz alta:

—Ahí está la joven Josefita, bella y simpática como todas las mujeres. Mi hermano Donaciano, ¡carajo!, conocido como Chanito; trabajador como él, nadie. Mi mamá Sirila Balbás. Aquí están como unos robles.

Teodora Soledad es de Pampatar, Margarita. En un viaje de Juan Manuel Rondón a Cumaná con arreos de burro desde La Ceiba, conoce a la joven de fisonomía española en un caserío entre Cumanacoa y Cumaná. Siguen viéndose hasta que se unieron en matrimonio. Viven en La Ceiba, tienen dieciséis hijos, entre ellos Josefita. La señora Teodora tiene el trabajo de preparar jabón de lavar ropa y aseo personal, artículo de rápida venta en la comunidad y caseríos aledaños que lo encargan con anticipación. Cuando fabrica el mencionado producto se aísla de su casa para evitar presencia de alguna mujer con la menstruación, e impedir que se cuartee el preparativo y por ende se pierda el material para hacer el detergente.

Recolecta las grasas de los animales vacunos sacrificados en el caserío. Las personas que matan las vacas o toros tienen el cuidado de guardar la grasa para Teodora. Ésta se encarga de guindarla cerca del fogón para secarlo. Posteriormente la noble mujer recoge ceniza y la echa en una paila, junta el fogón alejado de su casa. La ceniza la hierve y poco a poco le aplica cebo seco de ganado en la medida que lo bate, hasta lograr la homogeneidad, después la lejía la echa en una mesa tapada con paño por tres días; al secarse lo pica en trozos para vender a los trabajadores de las haciendas, vecinos y encargos particulares. El jabón sale de tres colores: al amarillo le aplica el polvo llamado vearribia; al azul, añil; y al negro no le echaban nada. Esto causa impacto en la comunidad, por la utilidad en el lavado de ropa y otros quehaceres familiares.

El popular Facundo, visita con mucha frecuencia a la señora Teodora. Su intención es conquistar a una de sus hijas. Se inspira en las flores del abundante jardín de la casa, que tiene claveles blancos, rosados, morados, e injertos de color azul, admiración de arrieros y visitantes; las muchachas menores, Cruz y Teodorita, son las encargadas de conservarlo esplendorosamente vivo. Josefita, en compañía de sus hermanas, mantiene conversación con Facundo para que su mamá no se dé cuenta del interés del poeta. Son muchas las composiciones y joropos que salen a relucir inspirado por los claveles; a la señora Teodora ni idea le pasa por la mente de la intención del joven cantador, lo ha tomado como una visita rutinaria de cualquier vecino, incluyendo las paradas de los arrieros impresionados por la belleza de flores frente a la vivienda.

Facundo baja de La Fortaleza al atardecer en sus caballos Moro o en Alazano. Las pisadas de la bestia se escuchan en la casa de la señora Teodora. Josefita siempre está bien vestida para saludar a su admirador, quien viene con el propósito de compartir con la familia. En los descuidos, aprovecha de hablar con la joven de su intención de compartir su vida sentimental con ella. Siempre escucha la advertencia.

—Ten cuidado, Facundo, que puede venir mamá y nos ve solos.

—¿Tú le vas a estar parando a tu mamá? Así que te preparas que en una noche de estas tienes que irte conmigo.

—Está bien, pero tienes que esperarte un tiempito más, que papá no se dé cuenta.

La magia mental de Facundo vuela, la joven pretendiente le da esperanza de convivencia y unión matrimonial. Sus recuerdos recorren los caseríos de Monteoscuro, La Loma de la Virgen y Los Dos Caminos conociendo doncellas que se emocionan por él. Allí en La Ceiba, reflexiona sobre la cantidad de muchachas conocidas de dulces y bellos rostros, y que sea una ceibera la que captive su corazón. Facundo siente especial emoción por estar lleno de esperanzas porque en el caserío de árboles gigantes de la misma especie, vibran sus deseos de sentirse como en su hogar. Agrega a esto sus constantes paradas en el sector Comotirar, cerca de La Ceiba, a cantar corrido y fulía frente a la Cruz en el mes de mayo, día de sus fiestas patronales, con la presencia de las muchachas de todas las comarcas.

Facundo, en una noche de clara luna, lleva su mechuso preparado, llega a la casa de Teodora. Saluda a los presentes, e incluso hace sonar el cuatro con versos y canciones a la familia. Pasada la noche, se marcha, pero se esconde a poca distancia. El silencio del hogar llega a su máxima expresión. Una hora después, se abre la puerta con mucha discreción. De allí unió los lazos con Josefita, se casaron y tienen nueve hijas.

Miguel Parra encuentra en la vía a Facundo y le comunica de una fiesta en el caserío Mundo Nuevo, haciendo referencia que va la muchacha que a él le gusta. Acuerdan encontrarse en un punto para ir juntos a cantar y bailar. En casa de su esposa Josefita en La Ceiba, ya de noche decide acostarse en su acostumbrada hamaca, pendiente de escaparse a la parranda. A la media noche en la inmensa oscuridad propia del lugar, su suegra Teodora se paró a orinar y al pasar por debajo de la hamaca, se llevó tremendo golpe en la frente con un trozo de palo de bucare colocado por Facundo en la hamaca, para simular que estaba durmiendo. Sorpresa se llevó la suegra por la curiosidad del yerno. Aturdida por el impacto, de inmediato despertó a su hija.

—¡Josefita... Josefita, despierta!

—¿Qué pasa, mamá?

—Mira, Facundo no está. Colocó el tronco de bucare que está en el corredor en la hamaca, me hice un tuyuyo en la frente.

—Mamá, ese hombre sí es bandido. ¿Para dónde se iría?

—Bueno, mijita, ¿no vas a saber tú? Pa`que las mujeres, ese hombre... bueno pues.

—Deja que venga, le voy a dar un insulto. Ahora mamá, yo ni escuché el caballo cuando se fue.

— La cabeza me duele, y eso que traté de pasar con cuidado —dice Teodora.

Al amanecer Facundo llega con sumo cuidado, pensando que no ha pasado nada, en la puerta de la parte de atrás de su casa lo increpa su esposa Josefita.

—¡Mira! ¿Para dónde tú estabas?

Le contesta:

—Orinando

—¿Tú crees que me vas a engañar? Anoche mamá se aporreó la cabeza con tus ocurrencias. Pusiste el trozo de bucare en la hamaca.

—¿Yo?

Quedó sorprendido del reclamo de su esposa. Siguen discutiendo, finalizando el conflicto cuando Facundo le dice:

—Ya, me voy para la hacienda, tú siempre con las peleas

—¿Que tú crees que yo soy pendeja?

Agarra su caballo Moro y se va a trabajar sin tomar café, sin desayuno y trasnochado, confiando en su caballo amaestrado que lo lleva directo a la hacienda. Pensativo sigue su camino, su cabeza da vueltas. Sólo el perfume de la mañana baña su rostro, y el cansancio lo abrumba; los efectos secundarios del aguardiente embriaga su consistencia física, pero sigue guapeando, recordando los alegres ritmo del joropo zumba que zumba que compartió en la fiesta.

En la hacienda La Fortaleza en La Cumbre de Buenos Aires, Facundo utiliza los servicios de su sobrino Pastor para que le saque un ajuste. El joven agricultor se quedó pensativo sin darle respuesta de la faena, cuando pasa rato sin respuesta, Facundo con su chispa de improvisador brinca y cae frente a él, saca del bolsillo de atrás su cartera y le dice:

*Dígame por fin sobrino  
si es que usted me va a limpiar  
los tres cortes de café;  
El Hueco, La Ladera y La Fortaleza  
pa' pelá por estos reales  
que tengo aquí en mi cartera.*

Los presentes se ponen a reír. Pastor, un muchacho muy joven, reacciona a la ocurrencia y contesta.

—Sí le voy a sacar el ajuste, mi tío.

Estas ocurrencias de Facundo son propias de él. Igualmente lo hizo en el caserío de La Ceiba con una de sus hijas.

—Ahora Cleotilde se casó, con Villegas el que llega...

Estas palabras encrespan a su suegra Teodora, poniéndose brava y le contestó,



—Mira Facundo, Cleotilde se casó con Villegas, no con todo el que llega, oíste, oíste bien, no el que llega, porque si así fuera, se enamorara de todo el que llega.

La referencia de Cleotilde, hija en el matrimonio con Josefita, es porque la joven se casó con un señor que trabaja cortando árboles para sacar madera de construcción de casas, cercas perimetrales, corrales de ganado y otro medio de utilidad pública, como cualquier agricultor; al parecer a Facundo no le gusta la actividad del yerno, llamado Leonardo Villegas, pero su expresión es de mala fe para sacar de razón a su suegra, amante de sus nietas.

Facundo es extremadamente extrovertido y amable. Cuando se encuentra con damas lo primero que hace es saludarlas, besarlas e improvisarles un verso. Así lo hizo con su suegra, alocución genuina que explora su versatilidad en dos tendencias, la humana y la imaginaria sustentada por hombres y mujeres que siguen el perfil de este hombre faramallero de incansables dotes humanos.

Las personas de los diferentes sectores montaña adentro, Los Dos Caminos, El Mango de Capiricuar, Las Cumbres del Hueso, El Aguacate y Buenos Aires, El Arbolito, La Ceiba, Comotirar, La Loma de la Virgen, Monteoscuro, Los Caballos, Culantrillar, La Laguna, y El Palmar, para llegar al pueblo de San Antonio de Capayacuar tienen que pasar el río Colorado, vertiente natural con piedras a granel muy productivo de peces corronchos conocidos como guaraguara y cachúa. En la orilla del río viven la señora Carlita Rodríguez y sus hijos; cuando Colorado crece, la casa sirve de descanso a arrieros llegados con sus mercancías a vender al pueblo; mientras el río baja su cauce, los hijos de Carlita, cobran un bolívar por pasar bultos de carga a la otra orilla. Esta práctica es rutinaria en épocas de invierno y los muchachos están pendientes para ganarse sus realitos.

En unas de las tantas crecidas, Facundo se para a conversar con la familia Rodríguez. De esta amistad percibe el olor de la simpatía en una de las hijas de Carlita. En este recinto se siente a gusto y trata de mantener su estadía conversando, siempre con su pícara improvisación poética, la mirada la fija en la esbelta joven Carmen, escultural fémina de deslumbrante belleza. Trata de captar su admiración con sus habilidades de compositor. Después de muchas visitas la muchacha empieza a admirar al poeta de La Ceiba. Éste le dice:

—Quisiera que el amor se cristalice en el paso del río, tú eres la mujer perturbadora de mis sueños.

—Facundo, deja los cuentos —observa la joven Carmen—, yo te conozco; eres un picarón.

—Carmen, siempre me despierto pensando en ti. Aunque tú no lo creas eres la que me perturbas el sueño. Quisiera entregarme a tus deseos. Has de mí tu esclavo de amor. Ayúdame a surcar el camino para sellar definitivamente los lazos entre tú y yo.

La joven Carmen, mujer de experiencia, elegante, blanca, fina, de corte europeo, muchos hombres la cortejan por su despampanante figura juvenil, se queda viéndolo, observa en lo profundo de su ser la capacidad de oratoria e inteligencia del galán de la hacienda La Fortaleza, del poeta de La Ceiba; recuerda los piropos, las miradas de fraternidad y deseos. Finalmente lo invita al río Colorado para decirle:

—Facundo, que el paso del río sea testigo, sí voy a obedecer tus sentimientos, para despertar tus sueños sin pasado y vivir los días como si fuera el presente con la palabra mágica te quiero.

Se besan en un eterno romance que fascina el gusto del poeta de La Ceiba. Facundo cumple el sueño de la joven que lo perturba y finalmente se enamoran en el paso del río.

Facundo, en la casa del cerro de La Cumbre de Buenos Aires, montaña adentro, deseoso de ofrecer espacio cónsono a sus buenas intenciones de reciprocidad marital con su nuevo amor, lleva al recinto a la hermosa Carmen, presentándose la coyuntura propia de los mujeriegos: vivir con dos mujeres a la vez, una en La Ceiba y la otra en La Cumbre. Maneja estrategias para que las confluencias de un mismo paso se separen y así evitar encontronazos de dos damas con el mismo privilegio.

La coyuntura se presenta cuando va a San Antonio a comprar bastimento porque tiene que pasar por La Ceiba, y para evitar inconvenientes resuelve abrir un camino real, cueste lo que fuese. Contrata hombres por día y en otros casos paga fajina a pico y pala; con hachas tumban palos gruesos, atraviesan el terreno montañoso llamado El Silencio, remontan el Alto del Perú y siguen la fila del cerro de Los Caballos, hasta enlazar el camino de La Loma de la Virgen. Toda una pericia conducida para lograr el engranaje de su libertad: desplazarse por caminos diferentes y mantener su punto coyuntural entre preciosas y hermosas mujeres,

que quieren conservar dos espacios abiertos en la cavidad del corazón del poeta. Este camino intrincado de gran esfuerzo e insoslayable imaginación, sirve para seguir las peripecias de dos familias guiadas por un solo cabeza de hogar.

La vía fue bautizada como *El Camino de Facundo*. Es la ruta de los pasos de firme convicción, desgarrado de la poderosa mente de la nebulosa imaginación de este hombre perseverante por lograr sus objetivos. El camino se hizo muy popular entre las comarcas y caseríos del municipio; las personas llegan a sus haciendas o caseríos con mayor accesibilidad. El esfuerzo es loable porque resuelve el problema de ir por diferentes rumbos sin que pueda ser visto; por otro lado, muchos son los beneficiados de los fundos cercanos. Muy por la mañana se observa el desfile de personas con sus bestias para llegar a sus diferentes haciendas, gracias a la idea de Facundo de abrir este camino de uso en el constante trajinar de peatones hacia la cima del Turimiquire.

En Semana Santa, la casa de hacienda de La Cumbre de Buenos Aires es muy concurrida por curiosos e invitados. Unos van con el propósito de conocer la fama que está difundida en la atmósfera de las facultades del hombre de mil cantos y amistad fraternal.

Facundo en su condición de poeta y parrandero, prepara eventos festivos y comelonas a los visitantes de los caseríos El Arbolito, Los Caballos, La Fila de San Lorenzo y La Ceiba, les prepara cuajado de pescado y morrocoy, incluyendo los huevos criollos que tiene por canasto, no hace falta ningún condimento; los invitados pasan todo el día emparrandados, tocan, cantan joropo y malagueña, bailan, echan chistes e improvisan versos en completa armonía con amigos y familiares, es el encuentro de despeje mental y gozadera. Entre ellos, comentan las habilidades de Facundo, en una de las actividades del día, usan los huevos de gallina como mira, los lanzan hacia arriba y una lluvia de piedra intentan explotarlos si tienen agilidad de buena puntería, las miradas quedan fijas al romperse varios huevos por el impacto de las piedras que salen del brazo del poeta de La Ceiba.

Días siguientes, sentado en su butaca medio zarataco, piensa y reflexiona su correlación de esposo, mujeriego y criterios de los que piensan de sus dotes personales.

Cómo es posible que entre copa y copa en San Antonio, me haya entusiasmado de más, gracias a mi caballo y mi mujer, me vine tarde de la noche,

no supe *cuando pasé la Cumbre de Buenos Aires. Menos mal que al gritarle a mi caballo ¡Moro, Moro! El animal se pone en posición de montura, es fiel, relincha y me trae derecho a mi casa. ¿Cómo hará Moro para llegar del pueblo a la hacienda en plena serranías del Turimiquire? Dicen que es por instinto, ¡carajo!, estos animales sí saben.*

—Carmen me dijo que el caballo forreó frente la casa, yo venía dormido. ¡Caramba Facundo, quién fueras tú sin tu Moro!

La joven Carmen, pendiente del forreo de Moro, dice:

—¡Ve como llegas Facundo! Deja ayudarte a bajar del caballo; si el caballo no fuera tan dócil, no llegas a esta hora.

—Bueno, mijita, vengo de San Antonio, tú sabes cómo son los amigos.

En La Cumbre de Buenos Aires vive apasionado con su mujer y la idea de mantener una relación de por vida. No olvida nunca los versos y su novia que conquistó a la orilla del río Colorado. Llena de recuerdo su mente cuando enamoró a su mujer y le hizo una camada de muchachos que lo une más a su condición de padre. Decide divorciarse de Josefita, para casarse después de convivir muchos años de concubinato con Carmen; son momentos fuertes por estar enfrentando la realidad de separarse de una mujer de donde tuvo sus primeros hijos para legalizar un nuevo matrimonio con la que soñó e ilusionó vivir de por vida. Su mente es un revoltijo de ideas que se esfuman, salen y chocan con el firmamento de lo astral. Situación difícil por tratarse de dos familias e hijos de por medio, implica terminar una relación conyugal para oficiar otra de igual trascendencia, pero finalmente concreta la boda.

La repartición de bienes se hizo equitativamente entre las dos familias: parte de la hacienda de La Cumbre, llamada La Chanera, le correspondió a Josefita; se distribuyó algunos burros, bestias, ganados y otros bienes. Carmen considera que perdió parte de su sacrificio al lado de su marido, y se fue brava para el pueblo de San Antonio de Capayacuar, y no quiso saber nada más del afamado poeta; sin embargo, Facundo mantiene una fluida amistad con ella sin vivir maritalmente. Juicios de pareceres que ilusionan o defraudan, según la versión de las partes, porque la mente de los seres humanos es un laberinto de difícil decisión, más aún entre marido y mujer, la cosa se pone muy difícil al tratarse de dinero.

Desde el pueblo del valle de Capayacuar, Facundo sale rumbo a su terruño en La Ceiba, pero se ve obligado a transitar por La Loma de la Virgen y pasar cerca de La Piedra del Sol, monumento que simboliza el pasado cierto de las montañas del Turimiquire, donde acostumbra visitar a algunos amigos. Allí como cualquier otra persona se queda imbuido por el peñasco que hace vislumbrar imaginaciones de la trascendencia humana, es decir donde se recoge la espiritualidad de los pueblerinos que la visitan con frecuencia, pero marcando distancia por el temor a tocarla por consecuente rebeldía que pueda tomar contra los que la observan sin fe.

Este símbolo ancestral es la maravilla donde se descubren hechos y vivencia de la mágica convicción del ser humano por lo divino, es el astro visible de los que ven en ella el poder de ese recóndito lugar de la Venezuela tierra adentro. No es descabellado el interés de las personas en tocarla para obtener beneficios de su salud y muchos otros para encontrarse asimismo por lo que sienten por la divinidad humana. La Piedra el Sol es la radiación de los que necesitan indagar dentro de un objeto inmóvil, pero purificador de los agites mentales de hombres y mujeres que la ven con veneración y suplica, para encontrar lo desconocido de un agigantado monumento que existe en esas montañas, cuando el mar la cubría burbujeando por la extrema temperatura que experimentaba la tierra en su proceso evolutivo, fermento de lo desconocido de millones de años que ofrecer características de comunicación con los seres humanos, a la mano de la mismísima tierra que nos cobija en los desfiladeros de la conciencia por lo real y divino.

Facundo al pasar por la Piedra del Sol la observa fijamente sin perder un ápice de su interioridad y proceso mental, que solo él capta en su infinita elocuencia por lo desconocido. Su madre lo ha orientado sobre los beneficios que se puede obtener o rechazar según el miramiento que se tenga sobre la roca. Es entendible del interés de Facundo para frecuentar ese lugar, que es de obligatoriedad pasar por allí, cuando se aspira recibir frescura de convivencia entre el cuerpo y la deidad.

## LA PIEDRA DEL SOL

A las 3:21 de la tarde del 3 de enero 1930, Facundo, en compañía de Micaela Villanueva y Pedro Gómez, se encuentran en el caserío La Loma de la Virgen. Allí, a pocos metros, está La Piedra del Sol, gigante peñasco desde cuya cima se observa la panorámica de valles y montañas liberadoras de aire puro, paso real de independentistas y personas de todas las comarcas del Turimiquire, es el centro de descanso cuando van para Cumaná a buscar bastimentos. A su lado un tremendo lechero, árbol frondoso muy conocido en estas montañas de Capayacuar. Facundo montado sobre la piedra levanta sus manos, y exclama:

—¡Tantos recuerdos! Aquí, al pie de esta piedra, descansaron los patriotas de la Independencia de Venezuela. Aquí, Micaela, pasan muchas personas cuando vienen de Cumaná. Por estos alrededores, Micaela y Pedro, tiene que haber dinero enterrado.

—Mira, Facundo, si por aquí hubiera real, la gente de La Loma ya habría visto la luz del entierro, y habría pedido al muerto —observa Micaela.

Responde Facundo:

—Acuérdate, Micaela, que el muerto no se le revela a todo el mundo y tiene que ser a conveniencia para que le pueda dar el entierro, tú sabes que exige un hijo, una gallina negra o un gato negro.

—¡Bicho! Si a mí me exigen eso yo no lo acepto —dice Pedro Gómez— ¿Tú sabes lo que es dar un hijo por tres lochas?

—Pero hay quien se atreve a hacerlo —responde Micaela—, hay gente ambiciosa, sin corazón, que piensa más en el dinero que en ellos mismos.

—Bueno, yo tengo tiempo viviendo por aquí y no he visto ninguna luz de plata, pero lo que dice Facundo puede ser verdad. Lo que sí le puedo decir a ustedes, es que La Piedra del Sol puede tener magia porque la gente sí habla de ella.

—¡Carajo! Pedro, de que tiene algo lo tiene, acuérdate, esto es un camino real —prosigue Facundo—, de mi parte me siento contagiado de felicidad por estar trepado en La Piedra del Sol, con mis tocayos Pedro y Micaela.

Pedro le dice a Micaela:

—La luz del entierro camina como a cincuenta centímetros del suelo y brilla entre amarillo y azul. La gente dice que es Morocota lo que lleva encima, a todo el mundo no se le revela; es a quien el muerto quiera —replica—. ¡Cierra esa boca, te pones lela por lo que te digo!

—Pedro, es que me da miedo.

—¡Qué miedo del carajo!

—Mira, Pedro, te cuento, la señora Isabel Saudino acompañada de su hijo Ramón, de dos años de edad, estaba tendiendo cazabe en esta piedra y empezó a llover, cayó un invierno fortísimo y el cazabe no se mojó.

La Piedra del Sol, por su altura, hace que el viento frío cobije a cualquier mortal a pesar de la hora, se ve la panorámica desde la imponente piedra del paisaje que la rodea, se sienten encanillarse y enfriarse las piernas por lo alto que se encuentra, se observan las exuberantes montañas del mundo originario divisando el horizonte, del cosmos innovador de las bellezas forestales a lo largo y ancho de la estructura creadora de Dios. Allí en el cerro de La Loma de la Virgen, empieza el camino rumbo a Comotirar, La Ceiba, El Palito, El Arbolito, El Mango, La Cumbre del Hueso, El Aguacate y Buenos Aires; al lado derecho del recorrido montaña adentro, y a la izquierda pródigo valle enarbolando las riquezas creadas por el Padre todopoderoso.

Facundo al lado de sus dos acompañantes se queda meditando y muy callado encima de La Piedra del Sol, protegida por el lechero; el hombre ágil, pequeño, alza su sombrero y dice:

—¡Aquí está Dios! —Expresa en voz alta—, porque se percibe su presencia apostado en esta riqueza pródiga. Allí el Cerro de Pardillar, la hacienda La Laguna, el caserío La Fila, y La Loma de la Virgen, donde vive usted mi tocayo Pedro.

—Facundo, el cielo se está encapotando —continúa Pedro—. Las nubes se están moviendo hacia La Loma, fíjate, parece un aguacero que se viene acercando. ¡Vente, Micaela!

Empieza a llover. Los acompañantes de Facundo se alejan. Al quedar solo, los rayos se precipitan constantemente, las nubes se acercan a La Piedra del Sol

en una inmensa tormenta de aire con ruidos fuertes; se abren las nubes por los efectos de los rayos. Allí sigue Facundo en una torrencial lluvia, empapado. Los rayos siguen cayendo; relampaguea, abriéndose más y más las nubes; los pájaros, palomas y todo tipo de aves se posan encima, volando entre ellas, en medio de estrepitosos ruidos. Las nubes abiertas siguen bajando arrojando la gigante peña.

En ese instante Facundo se encuentra en otro universo, alrededor de él un grupo de personas con rostros muy diferentes a los terrenales; Facundo los apunta con el dedo índice, al tocarlos se desintegran. Sigue moviéndose como órbita terrenal, los mira y los sigue tocando. Asombrado por lo que está ocurriendo, adquiere poder de malamaña en su facundera y espíritus protectores que lo guían con certeza y seguridad de las maravillas de lo sobrenatural; lanza un grito y coloca los brazos estirados en forma de penitencia; enseguida empieza a bajar hacia su sitio de origen, símbolo de la grandeza y acervo de estas inmensas montañas de San Antonio. Allí, en medio de la montaña, se encuentran Facundo y La Piedra del Sol, reinando la calma como si nada hubiera pasado en ese fascinante mundo de lo imaginario.

El poeta Facundo, después de la experiencia en La Piedra del Sol, siente con mayor responsabilidad las profundidades del monte, porque es soñar con el fruto gustoso y divino de la madre naturaleza. En su lugar de convivencia se percibe el vivir tierra adentro, porque para él y los suyos es un gigante compromiso que embarga a los labradores en su afán de conquistar y obtener las cosechas suculentas de sus sagradas manos en lo más alto del cerro, reflejando realidades de sus familiares, amigos y vecinos. Es testimonio de trabajo, valorando la verdad irrefutable del duro quehacer de hombres y mujeres, que ven en el horizonte el más allá de su existencia, un Turimiquire húmedo casi las 24 horas, resalta el perfume y el aroma de los árboles montañosos del sembrador de semillas duraderas.

La Ceiba tiene importantes sembradíos en los fondo de las casas. Cruzada por varias vertientes de agua natural, entre ellas la llamada Quebrada Grande, en tiempo de lluvia dificulta el paso de burros, mulas y caballos por el sector, los árboles de ceiba alrededor del camino identifican al sector; son plantas de alturas no menos de 15 metros, explotadas con mucha frecuencia por los lugareños para la construcción de viviendas y otros enseres.



En la Quebrada Grande se baña El Negro Carrasquel, y en el chupulún del agua fría pensaba en voz alta: *¿Será verdad lo de Micaela? Parece ser que Facundo tiene más energía de lo esperado, nadie habla con Dios encima de La Piedra del Sol.* Los vellos se levantan en difícil explicación, era un torrencial de nervios cuando recuerda lo que había escuchado en medio del titilar del frío.

Corre como fuego de pólvora, desde la loma hasta la cumbre del Turimiquire, lo de la monumental peña. Fue comentado en los diferentes caseríos por la forma de dirigirse a Dios, extendiéndose aún más en los caseríos la percepción de las facultades de este hombre pequeño con grandes habilidades. Es común escuchar: *Después que se trepó en la Piedra del Sol, ese hombre tiene malamaña. Se escondió prácticamente delante de fulanito de tal e inexplicablemente no lo ven, le tiran una piedra a poca distancia y tampoco le pegan, pelea con varias personas y los contendores no lo tocan y todos caen como papel, es un hombre polifacético.*

Rafael Rondón, propietario de un pequeño fundo de café colindante con la quebrada Grande, se acerca y le dice al Negro Carrasquel:

—¿Qué te pasa, hablando solo?

—Mira, Rafael, Facundo de que tiene malamaña, tiene. No puedo creer, que un mestizo con un machete bien amolao le tiró vario tajos y no le pudo hacer nada.

—Bueno, eso dicen, Negro.

—Bueno, Rafael, eso es pa`verlo. Facundo se defendió con un cabestro que llevaba enrollado en el brazo, de los machetazos le dejó un hilachero, como para hacer una escoba, prácticamente volaba por encima del mestizo, al final le dijo que se fuera, que no era hombre para él.

A los trabajadores de los caseríos aledaños a las propiedades de Facundo les gusta laborar con él. Al final de las jornadas comentan la satisfacción y orgullo de ver al legendario personaje. En su hacienda, un grupo de trabajadores están agarrando café, entre ellas, la señora Paula Flores va renqueando por una pinchada que tiene en el pie; está inflamado y le duele. En ese instante le dice Petra Mota:

—Mira, Paula, toma esta penca de currucay, colócatela en la herida que la tienes roja, debes de estriparla.

—Mijita, ¿tú crees que eso no me duele? Yo voy a trabajar a eso de las once y me voy, le diré al señor Facundo que si me pongo bien, mañana vengo.

—Bueno, ponte el currucay, que te va a prestar.

Las mujeres siguen agarrando café en la misma fila o callejón y conversan entre ellas temas relacionados con un hombre que les gusta a las dos. Fue tanta la exacerbación que se van cuerpo a cuerpo, se agarran por los cabellos, y las uñas nunca faltan en este tipo de enfrentamiento; dan varias volteretas, saliendo Paula mordida en el dedo por Petra. En una pelea entre mujeres los trabajadores se divierten por el conflicto, finalmente se aquietan, siguen su jornada y Facundo llega en ese momento y les llama la atención, pero Petra Mota sigue insistiendo, reclama la penca de currucay que le regaló a Paula, conflicto que solucionó Facundo con el siguiente verso:

*Canilla de paraulata  
ojo de pito, ojo de buey  
habilidad deben tener para  
pagarme mi currucay”*

La curiosidad de los lugareños sobre la personalidad de Facundo, más allá de sus cualidades humanas, sube como humo que llega al cielo y se extiende por toda la atmósfera; el hombre chiquito y peleador se siente con mucha responsabilidad, por el chubasco de palabras de sus coterráneos de que está animado por los espíritus, cuestión que contribuyó a popularizar la fama de sus facultades paranormales como hombre de malamaña, principalmente en el sector de La Ceiba donde vive con Josefita y sus ocho hijas.

## LA FACUNDERA

El Arbolito es un sector situado después de La Ceiba; allí hay movimientos de gente los fines de semana por la existencia de una gallera y una bodega expendedora de ron. Acuden los aficionados al pico y las espuelas con las mejores crías de la comarca e incluso personas de San Antonio y San Félix de Cantalicio al popular deporte de peleas de gallos. Los caballos, mulas, yeguas y burros están amarrados pastando hasta que sus dueños culminan la actividad gallística. En ese ambiente se escuchan gritos de ánimos a favor y en contra del animal.

- ¡Vamos gallito, tú eres de Tarabacoa!
- ¡Bolívar a centavo al marañón!
- ¡Centavo a locha a mi gallito peleador!
- ¡Fuerte a locha al marañón!

Se dan apuestas en marcada alusión a la moneda venezolana, hasta diez peleas por día de la jornada establecida. Hay clara convicción de “palabra de gallero”, respetadísima. Al que niega la apuesta los corren de las galleras, no lo dejan entrar; es honor la apuesta en medio de la algarabía de los jugadores. Esta actividad llama la atención a las personas, porque prácticamente es la única diversión grupal que se da en estas montañas. Los hijos llevan en la sangre el honor de la palabra, como testamento fiel de compromisos en negocios, juegos, apuestas. El inglés Pancho, venido de otros lugares, se mortifica, camina de lado a lado en incesante intranquilidad por no poder responder su compromiso a Santos Carrasquel: la caja de café que le negoció por diez pesos para ir a la gallera.

—Señor, Sato, yo mañana voy a trabajar pa’ pagarle lo convenido, fíjese usted, no he conseguido trabajo.

- ¡Acuérdese, que la palabra de los hombres se cumple!
- Yo sé, señor Sato
- ¡Sato no... Santos!
- Bueno, no es para que se ponga bravo.

La actividad del cuidado y trabajo de los animales de riña incluye sus respectivas dietas y genética, garantizando crías de buena casta de pico y espuelas, ya que los gallos se enfrentan sin límite de tiempo entre veinte minutos o una hora de pelea en un círculo muy precario; el juez decide el ganador, aunque algunas riñas terminan antes de tiempo, porque uno de los gallos cae muerto. Los gallos se picotean y se hieren a espuelas limpias, sus armas están afiladas para

cortar al mínimo contacto. El regocijo y la alegría aflora con expresivos gritos del aficionado cuando el gallo del contendor cae abatido por una puñalada certera; caso contrario, cuando el gallo cae al suelo lo levanta el juez por las alas tres veces, y si el gallo no responde, la pelea termina. En las jornadas ofrecen al dueño del gallo ganador por menor tiempo de pelea, premios que van desde cochinos fornidos hasta garrafas de ron.

Entre esa exacerbación de peleas de gallos y consumo de aguardiente se formó una trifulca entre los asistentes al evento de riña, le avisan a Facundo en el caserío La Ceiba que su sobrino Goyo está involucrado en la discusión, se montó en su caballo Moro y se presenta en medio de la confusión y pregunta.

—¿Qué le pasó a mi sobrino?

Contesta otra persona que no está involucrado en el conflicto:

—¡Fui yo quien lo enfrentó!

Animado por los espíritus, Facundo con su agilidad característica salta del caballo como una flecha, y con un relámpago en su mano corta la sombra del espacio produciéndose una gran luminosidad, el rayo golpea la superficie desnuda e inocente de la profundidad acuosa, palpándose las entrañas del inmortal de donde sale humo incandescente y fluido que sube a lo más alto de lo imaginario. Asestó un golpe crítico que abre más y más la profundidad derramando moléculas excitadas por el rayo de pequeña chispa invisible, descargada en la superficie de la tormenta.

Tremenda trifulca y confusión entre los presentes. En ese instante corren a avisarle a la familia Guerra que han liquidado a uno de sus hijos en El Arbolito. Después de la pelea, Facundo echó pies atrás dando el frente a las personas; monta su caballo Moro, corre como el águila sin dejar rastro, llega a cierta distancia del lugar, le da una palmada a su caballo y lo arrea a su casa, el animal sigue las instrucciones de su amo. Facundo se interna en plena montaña sólo con la ropa puesta y la intuición de que lo van a perseguir rumbo a la fila de La Cumbre de Buenos Aires, donde el verdor de los árboles y la cerrada vegetación del Turimiquire hacen la diferencia en medio de la penumbra. A veces con claro de luna y el murmullo de los animales silvestres, sigue su recorrido montaña adentro, desechando el camino peatonal para que no le encuentren rastro sus perseguidores.

La familia Guerra, contrariada por lo ocurrido, se arma de palos, machetes y emprenden la marcha encabezada por su padre Julio Guerra. Seguido por sus hijos varones, se interna en la montaña para encontrar al fugitivo que produjo el impacto del rayo sobre la humanidad del finado, y defender la honorabilidad de la familia en cualquier fatalidad.

—Paíto, ¿por aquí debió irse?

—¡Vayan ustedes dos por allí... que yo sigo con Manuel por acá!

Finaliza la tarde. Las órdenes siguen (*Vamos por acá; vamos por allá*). La oscuridad los agarró en media montaña, deciden dejar la persecución y regresan a causa de la poca visibilidad en las espesas montañas, donde sólo se observan los focos encendidos de los cascabeles, dispuestas a no dejarse molestar. Facundo para esa hora está internado en lo más recóndito del monte ceibero.

Por otra parte, le informan al Comisario del caserío Jesús Parra, que de La Loma de la Virgen, viene cabalgando el señor Doroteo Arasme con un grupo de personas armadas, hacia El Arbolito para enfrentarse con la familia Guerra. Este en uso de sus atribuciones, llama a Juan Manuel Rondón, líder del sector para que prepare un grupo de jinetes en La Ceiba, y evitar que pasen hacia El Arbolito y no haya enfrentamiento entre las dos familias.

Jesús Parra, sale con la velocidad del viento a El Arbolito y levanta un acta, para que un grupo de personas, en una sábana improvisada con un palo por el centro trasladen al finado a La Loma de la Virgen, tratando de apaciguar en su máxima expresión el conflicto en la gallera de El Arbolito, hasta que las autoridades del pueblo de San Antonio vengan a resolver la situación.

En la trifulca hay dos personas impactadas por el rayo insolente de la ebriedad. Las familias afectadas deciden atender los efectos del relámpago que fulminó los cuerpos; algunos corren, otros lloran, principalmente las mujeres inconsolables al ver el humo disiparse en las almas tendidas frente a la gallera. Los parientes afectados preparan lo concerniente para las sepulturas y los velorios, buscan a la rezandera de ambos para que sus almas lleguen a la presencia del todopoderoso, previa purificación por el purgatorio de los inmortales.

—Ave María purísima e inmaculada, te pedimos por el alma de nuestros hermanos, quienes vivieron en santa paz con el señor. Que Dios le dé el descanso eterno, y brille para él la luz perpetua.

Contestan los presentes, todas mujeres:

—Amén

Se nombra una comisión de tres jinetes para ir al pueblo a poner la denuncia en la Jefatura Civil. A las cuatro de la madrugada bajan del cerro para dar las declaraciones a las autoridades. El prefecto envía unos policías en sus respectivos burros a buscar a los indiciados; ya a las siete de la mañana la comisión pasa por el cerro de Monteoscuro, los vecinos salen y comentan el paso de la autoridad por esos lares.

Al amanecer, bajo el frío inclemente y tullido por falta de cobija, Facundo ve salir la alborada y decide bajar del cerro. Esquivando vías principales para no ser descubierto llega al pueblo de San Antonio de Capayacuar y se presenta en la Jefatura Civil.

El otro sospechoso, llamado Joselito, aguarda en el monte cerca de El Arbolito hasta que llegue la autoridad de San Antonio de Capayacuar, para ser trasladado hacia la cárcel pública de Maturín.

El impacto del rayo causa conmoción en El Arbolito, El Mango de Capiricuar, Los Dos Caminos, Las Cumbres del Hueso, El Aguacate, Buenos Aires, El Palito, La Ceiba, Paratebueno, Comotirar, La Loma de la Virgen, Los Caballos, Culantrillar, Ipure y las montañas de Tarabacoa. Fue tanto el golpe de la acción, que llena de cargas emotivas a las personas de las comarcas mencionadas, generando murmullos, conversaciones y reflexiones sobre el hombre que tiene agilidad física a pesar de su pequeña estatura. En el episodio se disipa el humo de dos seres humanos alegres, emocionados y consumidos por una gigantesca corriente llevando consigo el secreto de la rabia y la impotencia.

Los lugareños de las comarcas hacen alusión especial a Facundo por su agilidad y controversial personalidad. La pica e'loro cambia el nombre por facundera; es común escuchar a personas en reuniones, decir:

—¡Mira, fulano!... préstame una facundera.

Esta acepción se difundió en todo el Valle de Capayacuar. La década gomecista marca referencia especial de estas cuchillas de herramienta diaria para los campesinos y usos domésticos. Utensilio de fácil adquisición en bodegas

y expendios al mayor, cuando van de compras a Cumaná encargan las mejores marcas de facunderas.

De la Jefatura Civil, ubicada frente a la plaza Bolívar del pueblo, Facundo es trasladado a la cárcel pública de Maturín. Allí la tranquilidad de los presos es agitada por los ruidos de las personas que se desplazan por la calle principal; frente a la cárcel queda un árbol de ceiba que le recuerda el lugar de donde viene. Facundo, al llegar, apacigua su ánimo cantando, improvisando versos y chistes, intentando llevar lo mejor posible sus días sin libertad. Entre sus joropos llaneros favoritos está:

### **El Gavilán Pollero**

*Cuando el gavilán se muera sí  
que baile pondrán los pollos  
la gallina zapatea sí  
el gallo arisca la cola  
si mi gallo se me muere  
qué hago yo con la gallina  
será torcerle el pescuezo  
y llevarla a la cocina  
cuando el gavilán se muera sí  
qué baile pondrán los pollos  
la gallina zapatea si  
el gallo arisca la cola  
¡ay gavilán! sí, sí  
ese gavilán pollero  
que vive muy apurado  
sí, sí, hay que matarlo ligero  
y pasarlo hacia el otro lado  
cuando el gavilán se muera, sí  
qué baile pondrán los pollos  
la gallina zapatea, sí  
el gallo arisca la cola*

Facundo recuerda los bailes donde un gavilán de tela era conducido por un bailarín sin pareja alrededor del ritmo, moviéndole las alas y las patas como si fuese a aruñar o agarrar una presa.

— “Qué buenos esos días, Facundito, en que me movía, me movía, bailando un joropo tramao”.

Los primeros días en prisión, se queda viendo el árbol de ceiba frente a la cárcel, improvisa versos y se pone a reflexionar su privativa vida.

Tan libre que era Facundo  
como el aire del Palmar  
ahora me encuentro enjaulado  
como pájaro Turpial

—Carajo, trataré de salir lo antes posible de aquí, tengo que tener valor, estar preso no es bueno, ¡qué vaina te echaste Facundo!...¡carajo!, reaccioné muy rápido, bueno, mis espíritu me protegen, no debo angustiarme, mi pensamiento tiene que estar con la ilusión de la familia, mis mujeres, mis muchacho, tendré que soportar esta cárcel; qué iba a pensar Facundo estar aquí en Maturín preso, pero yo soy Facundo, aquí y en dónde me pare; siento angustiarme, pero no, Facundo, defiéndete como guerrero. Siento que mis pensamientos se tuercen, no puedo sentir vergüenza ni pena. Facundo ¿qué te pasa? será la soledad o esa mata de ceiba que trae tantos recuerdos; malas ideas ¡carajo! recuerdo los bailes de fulía en Comotirar y Culantrillar, esto sí importa, un hombre tan querido caer en esto, voy a vender parte del ganado de Mundo Nuevo, para buscar un buen doctor de leyes, ¿con quién hablo?

Las dos familias de Facundo, una en La Ceiba y otra en La Cumbre de Buenos Aires, están desorientadas; sin embargo, buscan recursos por los duros momentos, apelan a intereses y coraje para sacar a su querido de la cárcel, pero imposibilitadas por no conocer abogados, Josefita y Carmen por separado, hablan con Jesús Parra y Juan Manuel Rondón, quienes son las personas de mayor relaciones públicas en La Ceiba, estas conversaciones les dieron serenidad, autocontrol y una visión para enfrentar con éxito lo que está pasando Facundo, conocido y querido en todos los sectores de los cerros de Capayacuar. Facundo desde la cárcel de Maturín, maneja la estrategia para conseguir su libertad, escribe las siguientes correspondencias:



Maturín, 12 febrero de 1931

*Cárcel Pública de Maturín  
Señora Josefita  
La Ceiba*

*Mi querida esposa, tomo la pluma con el placer más grande de mi corazón para contestarte tu cartita, la cual leí con mucho gusto porque me dices en carta que están buenas. Yo también estoy bueno, no bueno sino un poco mejor.*

*Josefita no te puedo decir, cuando me darán la libertad, pero no te preocupes que pueda ser, que Dios quiera que salga pronto. Ahora te digo, que el Dr. Vizcarrondo me dijo que necesitaba cuatrocientos bolívares, y así pues, espero de tú tengas mucho interés en hacer esos reales, no tengas que ver con que se deba, lo que se quiere es que yo salga de la cárcel.*

*Estando yo en libertad, arreglo todas mis cuentas y siempre estaré bien. Así pues, ten bastante interés de hacerle estos reales al doctor en este mes, para que de ese modo puedas verme pronto, te digo mi querida Josefita, no te descuides, mira yo preso no se puede hacer nada, en fin querida dámele un saludo a Elenita y a la comadre Bequita, a mi suegra Teodora, mi comadre Micaela, a mamita y a toda mi familia.*

*Te mando una irrigadora.*

*La bendición para mis queridas hijas y un abrazo a mi hermano Chanito. Abrazo y beso de tu triste esposo que desea más verte que escribirte.*

*Fracundo*

Maturín, 19 de junio de 1931

Cárcel Pública de Maturín  
Señora Josefita  
La Ceiba.

*Mi querida esposa, saludo ante todo, cariñosamente en unión de mis queridas hijas. Deseando que al llegar esta carta a tus manos, se hallen buenas, gozando de perfecta salud.*

*Le pido a Dios todos los días que no se enfermen. Josefa estoy bueno gracias a Dios, también te digo que no te mortifiques tanto, que yo creo no pase muchos días sin que no me den la libertad. Así pues, resígnate a sufrir otros días más, peor fuera que no tuvieras esperanzas de verme.*

*Te pido que le digas al compadre Dámaso, su interés en el trabajo, porque él cuando vino, por primera vez, me dijo que tenía 54 fanegas de café, para sostenerte y hacer un conuco. Resulta que ahora, cuando vino me dijo, no había echado ni una medida de conuco y para traerme ochenta bolívares, tuvo que ir a Mundo Nuevo a buscar dos vacas y las vendió, igual que al burro cano por treinta pesos y el café se acabó.*

*Así es eso, que todo se acaba, sin hacer si quiera un conuco, cómo se puede mantener dos familias, sin tener de que echar mano, eso está muy mal pensado, porque habiendo con que trabajar, se trabaja para comer mañana, porque ya que él no pensaba hacer nada no me hubiera dicho que del café que había no se le iba a entregar a nadie un grano, porque era para hacer un conuco.*

*Ahora resulta que todo se acabó y quedan sin recursos de nada, así que los que pasan las calamidades eres tú, con tu cuadro de hijas que tienes, porque yo no estoy a tu lado, porque el que se hizo cargo a lo mío, debía tener en cuenta que había con que trabajar.*

*Tú demasiado sabes que yo toda la vida me la pasaba trabajando para que no pasaran trabajo, porque tú sabes que ese lugar es muy escaso a todo, y el que no trabaja se jodió. Perdóname la frase.*

*Saludo para toda la familia, la bendición para mis hijitas y recibe el abrazo y el beso de tu esposo, que no te olvida.*

*Francisco*

Facundo vive con dos mujeres, las cuales pelean el amor de un hombre acorralado entre rejas. Ellas piensan individualmente la forma de cómo ir a la capital, mundo lejano de su imaginario por la distancia y la nostalgia de no tenerlo a su lado; se encuentran enredadas, no tienen la menor idea y alternativas viables para la liberación de su marido, respetado en la comunidad que lo vio nacer, crecer y desarrollarse con aptitudes impresionantes para sus vecinos.

Facundo tiene mucha confianza en su compadre Dámaso, caporal de la hacienda de café y cuñado, casado con la también poeta Petra, quien vive en Monteoscuro, mujer polifacética de su caserío. Desde Monteoscuro se traslada Dámaso a atender las propiedades de Facundo a las cuatro de la mañana, sale y regresa en la tarde de sus faenas. Es un compromiso doble, porque su patrón está fuera de su hacienda. Piensa en su cuñado: *¿Cómo fue posible que este hombre haya caído en esta situación? Estoy seguro de que saldrá de este atolladero.*

Facundo preocupado por la situación de las dos familias, una en La Ceiba y otra en La Cumbre de Buenos Aires, les envía fortaleza y los motiva al trabajo, porque él está seguro de que con dinero se va a encontrar un buen abogado que lo saque de prisión. Se preocupa por el burro cano, animal de mucha valija en los quehaceres de su propiedad, por su disciplina y resistencia de carga. Le llega a su memoria el caballo Moro que lo acompaña, el caballo alazano, el gigante de su montura que se ve pegar de las nubes cuando lo monta, esas impresiones lo fortalecen para seguir adelante, no quebrantar sus deseos de libertad.

Sus mujeres pasan muchos inconvenientes económicos por la ausencia del cabeza de casa, por no tener experiencia de esos quehaceres laborables y cotidianos, dirigidas personalmente por Facundo; sin embargo, tienen las orientaciones de familiares para conducir por buen camino los gastos del hogar, incluyendo el pago del abogado encargado de la libertad del detenido.

Facundo conversa con uno de los abogados de mayor prestigio en Maturín desde el punto de vista penal, Manuel Vizcarrondo Rojas, muy conocido en los predios de San Antonio de Capayacuar, vende parte del ganado vacuno que tiene en Mundo Nuevo para cubrir los gastos de defensa, llevándolo a purgar dos años en la Cárcel Pública, la misma que asaltó en 1915 un grupo de revolucionarios encabezados por Sixto Gil, oriundo de Aragua de Maturín.

El papá del finado desde El Arbolito le manda recados de intimidación, son momentos de presión psicológica; mantiene el coraje y la valentía de no dejarse subyugar por mensajes subrepticios. Facundo con sus características propias de hombre brioso y temperamental, permanece equilibrado cantando canciones y joropos entre los más populares: *El Carvajalero, Paso del Río, Homero, El Gavilán, El Cometa, San José, Brisas del Zulia*, e igualmente improvisa poesías para sobreponer el encierro y enfrentar la posible venganza que le anuncian para cuando salga de la cárcel.

Es propio conocer su agilidad para montar el caballo Moro de espalda, dominar a personas de mayor estatura, en fin, facultades sobresalientes poco conocidas en el sector de Capayacuar. Esa experiencia en la cárcel es encontrarse consigo mismo y recordar la vida campestre donde su liderazgo es notable. Es el reflexionar humano que busca estabilizar la balanza de los pensamientos ante las dificultades.

Con la fuerza personal e ímpetu de guerrero vence la pesadumbre que lo quiere dominar los primeros meses en prisión, situación que a veces lo acongoja, estira los brazos y se levanta reflexionando sobre su propia realidad, y trata de no doblegarse, demostradas muchas veces con candentes y duros enfrentamientos con diferentes individuos que difunden sus éxitos personales, proyectado en todos los lugares de los cerros de San Antonio de Capayacuar, agregando a estos sus legados de cantante y poeta.

Dando cuenta de su fantasía, angustias y esperanzas era común encontrarlo en la celda pensando en su jubilosa y meritoria creación del imaginario campesino.

*—Me incluyo en los hombres que salvaguardan la integridad de los míos, lo sabe mi familia y todos los que me conocen, porque me ha costado mucho ganarme la confianza y respeto de mi gente, así que la cárcel no me va intimidar, tengo que recuperar mi hacienda, conuco, ganado y propiedades ¡Vaya Chanito! mi hermano, contigo cuento, cantar y parrandear con mi hermano, ¡carajo! soy un hombre de recia envergadura, tengo que vivir mi sueño y despertar a la altura de mi coraje y fuerza de temple de hombre, humilde pero con vergüenza, no le tengo miedo al más pintao.*

Después de sacrificar bienes materiales, principalmente parte de las reses en Mundo Nuevo y empeñar cierta cosecha de café en las dos haciendas,

logra que el Dr. Vizcarrondo convenza al juez, ya que ningún rayo mata a nadie en un conflicto de pelea, ni mucho menos con la proporción con que impactó en la humanidad del finado, argumento serio que planteó la defensa.

Facundo al salir de prisión vuelve a sus dos casas, una en La Ceiba y la otra en La Cumbre de Buenos Aires, se encuentra con sus familiares y amigos, presto a seguir sus actividades de agricultor y ganadero, muchas personas se preguntan la forma cómo llegó, alegre y contento, sin temor a represalias; pero agregó al cinto un revólver Smith Wilson de cinco tiros de 1873 y su inseparable Facundera.

En uno de sus tantos viajes a San Antonio, Facundo se encuentra en el camino del cerro de La Loma de la Virgen al señor Guerra, padre del difunto y el mismo personaje que le mandaba recado a prepararse cuando lo viera frente a frente. En La Bajada de la Lengua, uno viene y el otro va, en esta oportunidad no hay retroceso porque el camino es estrecho de pasadero de animal caballar y vacuno. El señor Guerra le había mandado a decir: *Lo prometido es deuda, al salir del centro penitenciario lo voy a enfrentar donde lo encuentre, para vengar la muerte de mi hijo.* Facundo al verlo, pasa por su mente la amenaza de su contrincante, agarra el revólver disimuladamente montado en su caballo Moro, cuando se acerca casi al toparse, le montó el pescuezo sobre el otro caballo y sacó el revólver y le dijo:

—¡Proceda!... Estoy presente en lo convenido.

—Olvídese de eso, Facundo, lo que me da rabia es por qué ese rayo cayó en mi hijo, Yo tengo que lograr entender eso, sea como sea.

Facundo pensó, inmediatamente, *este hombre no tiene brío como yo creía*, y le respondió.

—¡Te advierto que no vuelvas a amenazarme! ¡Vete, no creas que te voy a dar la espalda hasta que te alejes!

— Para mi entendido, ese rayo, no es el culpable de la muerte de mi hijo, señor Facundo. No entiendo qué pasó, lo seguiré averiguando y llegaré hasta el fondo de las consecuencias.

La familia Guerra es muy conocida y respetada en los cerros de San Antonio por su fama de peleadores, pero encontraron en Facundo una barrera que no pueden chocar. Es fácil encontrarse a los arrieros en los angostos caminos; prácticamente se rozan al pasar en sus respectivas bestias; en esta misma circunstancia, se encuentran en otra oportunidad, frente a frente Celestino Guerra y Facundo. Éste pensó con la rapidez del rayo y la mano en la Facundera diciendo:

—¿Qué quieres con Facundo?

Le contestó sin tapujo, Celestino Guerra:

— saber quién acabó con mi hijo, porque no entiendo la forma cómo quedó tendido, respirando con chispitas de quemaduras por todo el cuerpo, y frío como el hielo, a pesar que tal vez lo fulminó algo caliente que salió del cielo.

En esa misma tónica, Facundo se va enfrentando con todos los miembros de la familia Guerra, y precisamente esos encuentros siempre se hacen en los caminos, son pasaderos frecuentes de personas que van y vienen a San Antonio de Capayacuar a sus diligencias cotidianas, entre ellas a vender sus productos agrícolas como cambur, verduras y café. En otra oportunidad se halla con otro miembro de la familia Guerra, quien fustigaba comentarios en contra de Facundo, llamado Cruz Guerra. Facundo, apura el paso del caballo *Moro* y se puso al frente de su enemigo, y dice:

—Si tú no haces armas para mí, yo tampoco hago nada contra ti.  
El hombre se sorprende gagueando por no encontrar qué decir.

—¡Yo, no, no, no tengo nada contra usted, señor Facundo! Quiero saber qué tipo de rayo cayó sobre mi primo hermano. Lo tenemos que averiguar para llegar al llegadero de esta tragedia.

—¡Pues váyase, y si quiere pele por ese revólver que lleva en el cinto, que yo también tengo el mío!

Facundo sigue demostrando su coraje; logra imponer el nombre de las famosas facunderas. Sus enemigos no cumplen las amenazas que le mandaban cuando estaba preso. Las familias que comparten con Facundo, quedan sorprendidos e intrigado, la forma cómo este personaje logra de la noche a la

mañana establecerse económicamente, ven con suspicacia e interrogantes sobrenatural, con respecto al curso normal de sus andanzas de parrandero, poeta y declamador; e incluso las personas le tienen aún más respeto después de la explosión del rayo en la humanidad del individuo en El Arbolito. Es el hombre de los mil cantos, de la ágil memoria de compositor en su terruño del Turimiquire que labra e inspira historias perdurables en el Valle de Capayacuar

Sigue siendo íntegro en sus pareceres de oratorias y versos a flor de labios, base de hombre diestro al enfrentar circunstancias, sus manos, mente y corazón agrupan los elementos esenciales de destreza, aunado a la agilidad del caballo, hacen un dúo impresionante de valor y coraje en las andanzas de su vivir cotidiano. En La Ceiba la moral es muy alta, enaltece las virtudes del hombre a caballo en claro concepto de convivencia humana, por encima de virtudes encontradas en las pinceladas del mundo de riquezas imperecederas.

La facundera, deja huellas en las montañas de San Antonio de Capayacuar, donde el mundo de los mortales se desarrolla en las frías colinas de los nacientes caseríos de la Venezuela tierra adentro. En ese terruño Facundo mejora su nivel económico, gracias al contagio que tuvo con la Piedra del Sol, brindándole beneficios desde el punto de vista financiero, social y personal, captando con su imagen las bondades que ofrece el medio como hombre parrandero, polifacético y poderes espirituales.

La facilidad con que Facundo hace dinero, se masifica en controversiales conversaciones de los pueblerinos que conocen sus pericias en la Piedra del Sol, imaginándose supuestas visitas del poeta a la Iglesia de Capayacuar y su insistente mirada hacia la Cabeza de Vaca, que ha tenido desde mucho tiempo influjo a los arduos peregrinadores al recinto sagrado.

## LA CEIBA

La Ceiba es un caserío fecundo enclavado en extensas serranías, donde las frías noches sacuden las oscuras madrugadas que hacen mugir a los animales, ladran los perros, se prolonga el canto de los gallos, grillos y otros animales nocturnos, despertando a un grupo de familias que poco a poco pueblan las tierras mágicas, recónditas en lo alto del Turimiquire, próximo a San Antonio de Capayacuar.

Se vislumbra la esperanza donde las madrugadas son el clarín del despertar de hombres, mujeres, jóvenes, adolescentes y niños, que ven desde la cima de la montaña los luceros nocturnos, el brillar del cielo abierto y la hermosura de los valles, confluyen en un esplendoroso romance entre la naturaleza y el infinito. Sus habitantes, afanados por el labrar de la cotidianidad del trabajo fecundo, con machetes y garabatos salen rumbo a sus propiedades y haciendas de otros dueños de cafetales, naranjales y camburales, dispuestos para bregar al son de sus aspiraciones, en busca del sustento diario para ellos y sus familiares inmediatos.

En la propia cima del Turimiquire se encuentra el caserío La Ceiba, aldea penetrada por un grupo de familias dispuestas a echar raíces en la cumbre de las espesas montañas por cultivar la tierra, y obtener el sustento del mínimo mortal bajo el esplendoroso cielo universal. Muy cerca de allí, está el pueblo de tradición y costumbre que vio nacer el mito de la Culebra de Ipure, y su célebre Iglesia con su cabeza de vaca, construida por el matemático y filósofo Juan de Aragués.

La Ceiba, caserío de caminaderos de burros y bestias, principal vía de comunicación accesible a las pocas viviendas de bahareque, techo de paja, piso de tierra, se alumbra con lámparas de carburo y kerosén. Allí nace descendencia de hijos a granel, haciendo historia, leyendas y cuentos en el trajín del trabajo en la sabia experiencia de sus padres; luego con sus capacidades buscan nuevos horizontes, exaltando su actividad humana en otros ambientes menos forzosos del quehacer a lo largo de sus vidas.

En busca de ese porvenir de subsistencia, se escucha lejos de las viviendas el ruido de las labranzas agrícolas, el zonzún del machete que hace lagrimear la savia de los matorrales, donde se cuentan Juan Manuel, Maximiano, Rafael y Domingo Rondón, Jesús Parra, Juan Pablo Sánchez, Alejandrina Villanueva, Miguel Maita, Diego Lara, Baltasar Velásquez, entre otros, hacen



comentarios de su conciudadano Facundo, con la intención de recibirlo, después de estar ausente en este importante sector. La comunidad se pregunta del prestigio que va adquiriendo el poeta de la Ceiba desde que lo vieron encima de La Piedra del Sol.

Este villorrio de pocas casas rodeados de flores exuberantes y espesa vegetación, propia del espacio fecundo labrado por venezolanos que se esfuerzan por un destino mejor, lejanos del murmullo de la gente y del pueblo que los vio nacer, para convivir con la propia naturaleza en oscuras noches, frío amanecer y claro día, donde el canto de los pájaros se hace sentir en los árboles medianos y altos de las montañas que bordean el valle de Capayacuar. Allí las haciendas de café son las principales fuentes de trabajos de personas que laboran bajo las gigantescas sombras de los pardillos, laureles, ceibas, majaguas, alatriques, cupeyes, bucares y otros árboles que alegran el despertar de la esperanza de familias, internadas en los más recónditos lugares de la existencia humana.

En el caserío, las personas están integradas a sus vivencias y trabajo; modos de vida de llama viva e ilusiones que nunca se pierden ayudan a preservar el destino de los hombres de campo, recorriendo caminos y labranzas con lenguajes propios de sus ancestros, similares a creencias de pueblos distantes a los de Capayacuar. En los árboles de pardillos y bucares se ven los extendidos nidos colgantes de los conoricos, pájaros de pecho amarillo y alas negras que asimilan todos los sonidos; si escuchan el canto de un gallo lo repiten, alegrando la vista de lo maravilloso del mundo de las aves legendarias; también se observan flores de variadas tonalidades; orquídeas moradas, blancas, tornasoles y de múltiples colores.

En lo alto del caserío se visualiza el cerro El Papelón, muy cerca de allí La Cruz de Piedra, los caseríos Monteoscuro y Los Caballos. Desde esta cima se puede percibir el aroma de la mañana y apreciar el silencio de la montaña, tesoro precioso donde la belleza del paisaje reinante es incomparable, inspira armonía, tranquilidad y bienestar; afloran sentimientos y emociones en el especial clima de la zona. Es fácil observar la dinámica de individuos en sus arduos trabajos por cultivar las tierras de alta calidad nutritiva, productora de excelentes rubros y cosechas abundantes.

Desde allí se ve pasar a personas en su trajín diario, movilizándose hacia el pueblo de Capayacuar con sus burros, mulas y caballos cargados de

productos, principalmente café, cazabe, cambur, aguacate, naranja, ocumo, caña y papelón. Un grupo de ellos conversan en el portal de la casa de Santos Carrasquel, en el caserío La Ceiba.

—Caramba Maximiano, dicen que el tocayo Facundo viene para el pueblo —expresa Rafael.

—Bueno, lo esperamos. Ese viene con una facundera, porque ahora sí tiene que defenderse de sus enemigos.

—Al tocayo Facundo, con su malamaña no le hace falta nada. Después que se trepó en La Piedra del Sol, está poseído y a la gente así hay que tenerle miedo.

—No crea; si no se meten con él, no pasa nada.

Desde La Ceiba se observa el paso lento pero seguro del caballo Moro, que va remontando los cimientos de la montaña tierra adentro en la médula del Turimiquire. Encima de la bestia el bastimento que trae del pueblo y el jinete de poca estatura, blanco y arisco como guerrero de siete suelas, se acerca a su vivienda, después de transitar por los caseríos de Monteoscuro, La Loma de la Virgen y Comotirar. Con voz de pueblo saluda a los que ve frente a sus casas, bajo una intermitente garúa, apta para el arar y sembrar los surcos del agricultor, necesitados de gotas y un milagro de lluvia para asentar las plantas, y probar los succulentos frutos energizantes de los humanos.

El poeta se detiene en las pocas casas donde están sus propietarios. En las otras, por ausencia de sus dueños, saluda a jóvenes y niños que salen de los recintos al ruido de las pisadas del caballo Moro, popular como su jinete. Sigue el controversial personaje avanzando por el caserío ubicado en lo alto de la montaña, rodeado de vegetación y un camino real que se recorre desde San Antonio hasta las cumbres del Turimiquire.

El jinete, gigante como el sol, sigue su marcha al encuentro de sus vecinos y familiares, los relatos y versos de lo que vio en San Antonio de Capayacuar es de entusiasta animación poética, facultad conocida en su terruño. Saluda e improvisa un verso a una persona frente a una casa, dice:

— Mire, tocayo:

*Desde que soy Facundo en el mundo  
primera cosa que veo  
en el pueblo de San Antonio  
una iglesia colonial  
con una cabeza de vaca  
dicen que fue construida  
en una noche y un día  
trayéndole a todo el pueblo  
la más inmensa alegría*

Facundo, como el viento que va de ida y vuelta, continúa el recorrido. Próximo a su recinto familiar levanta su sombrero en el espigado caballo, donde lo esperan su mujer Josefita e hijas. Al llegar a su terruño renueva sus pensamientos y vivencias después de dos años de ausencia, encuentra su espíritu de libertad, la gente, amigos y familiares repletan su casa y lo saludan con reverencia. Las preguntas de su experiencia en Maturín son elocuentes, y así sucesivamente las conversaciones se extendieron todo el día por la presencia del poeta.

Los muchachos y muchachas de esta aldea han escuchado hablar poco de la capital del estado Monagas. Su existencia es imperceptible a su imaginación, ven muy distante a Maturín, ya que la compra de bastimentos la hacen en Cumaná. Es una expedición de varios días donde preparan los burros con sus respectivas maras, entre ellos el campanero con su tintineo metálico, guiando a las demás bestias para traer los alimentos comprados en el estado Sucre. Esto representa un viaje de una semana ida y vuelta, prácticamente el descanso es poco.

El verso lo refiere Facundo a la inmensa iglesia del pueblo, ícono de Capayacuar. Las personas, al observar la gigante construcción, la comparan con una catedral. Causa asombro la cúpula a lo lejos entre el cerro y las nubes; sus dos enormes torres las canas del cielo la arropan, refractando la magia colonial del sagrado recinto de la Cabeza de Vaca, imagen de elocuentes recuerdos de los abuelos y tatarabuelos con los relatos de la cabuya colgada del campanario para el tin tin rutinario de los oficios religiosos; dicen los lugareños que se la tragó la tierra convirtiéndose en serpiente en la laguna de Ipure. Este gigante animal al moverse se escucha ruidos ensordecedores, pronosticando desbordamiento de la laguna que arrasaría con el vecindario.

Al siguiente día, Facundo visita a Rafael Rondón, vecino del sector. Al llegar lo invita a pasar adelante y le dice a su esposa Andrea que le haga café a su

compadre, quien lo aceptó con gusto. Están extremadamente contentos por la presencia del famoso hombre de mil cuentos y palabras.

—¿Cómo le fue, compadre?

—Bueno, dentro de las dificultades aquí estoy dispuesto a seguir adelante con los conucos y recuperar la hacienda. Cuando pasé por San Antonio compré unos pescados salados y salmones en lata. Me pareció raro, todo está más caro, mi compadre.

Rafael saca una garrafa de ron y le brinda la deliciosa bebida.

Facundo, hombre de no despreciar oportunidad del apetitoso aguardiente, y más tratándose de su gran amigo, acepta con gusto el brindis que lo echan en una totuma pequeña preparada para tomar café. Las garrafas de vidrios contienen un galón, suficiente capacidad para tomar licor una semana o tal vez quince días, dependiendo del gusto y entusiasmo del convite.

El aguardiente lo compran las personas aledañas a San Antonio en el alambique de don Julián Padrón, ubicado en el trapiche de El Rincón, donde producen alfondoque y papelón. Facundo queda pensativo y recuerda su presencia en la hacienda donde preparan el ron, hace algunas reflexiones mentales del anómalo envase de color amarillo que observó en el alambique.

—¡Y pensar que con un bicho de cobre sacan ron! De la caña sacan el papelón y el ron, esto es más complicado de lo que yo creía, ¡carajo! destilan el guarapo.

Facundo sigue embelesado con sus pensamientos del trapiche.

—*¡Carajo! dos celadores del gobierno van a ver cuánto aguardiente destila al día, imagínese usted, como dice el dicho, grano a grano se llena la gallina el buche, gota a gota se llena el barril de ron.*

Su compadre Rafael, le dice asombrado:

—Compadre, ¿qué le pasa? Está como pensativo.

—Nada, mi tocayo, son cosas que uno piensa como loco.

El trapiche del viejo Julián Padrón está al lado del río Colorado en el Rincón de San Antonio de Capayacuar. Es una empresa suficientemente grande y genera muchos empleos, incluyendo el de los trabajadores del alambique. Los jornaleros ganan cuatro bolívars por faenas de ocho horas de trabajo y el papelón lo venden a 0,50 bolívars por unidad o a diez bolívars la cuenta.

Los campesinos al vender sus productos agrícolas en el pueblo, lo primero que hacen es visitar el trapiche para comprar papelón, ron y alfonsoque, artículos esenciales en la cotidianidad familiar porque los utilizan para endulzar sus bebidas, y el ron para las fiestas y diversión.

Aguasanta, esposa de don Julián Padrón, es muy popular en El Rincón. Sus vecinos la consideran de buenos sentimientos. Siempre esperan algo de sus manos, y cuando el canarín rebosa el caldo de la gallina criolla con el sonido del *plos, plos* del hervido, se escucha el eco de la señora hacia sus vecinos, quienes siempre están pendientes al mediodía de las bondades de la señora Aguasanta.

—¡Mira, Feliciaaaa... ven a buscar un caldito pa' los muchachitos!

La señora Felicia, que vive al frente de Aguasanta, se levanta de la silla y llama a su hijo.

—Jesús, anda a que la señora Aguasanta a busca el caldo, apúrate mijito, pa' tomarlo calientico.

Esta empresa de utilidad económica y social en El Rincón, propiedad del señor Padrón, le proporciona recursos para enviar a su hijo Julián Padrón a estudiar a Cumaná, centro de formación académica en el Oriente del país, y luego a Caracas para que se licencie en diplomacia; es muy costoso cubrir gastos de estudios fuera del pueblo por lo difícil del traslado de un lugar a otro. Las mulas son el principal transporte de estudiantes que lo hace en mancomunidad con otras personas para evitar los espantos del camino hacia Cumaná. En muchos casos se esperan horas por los arrieros que sirven de compañía a los transeúntes.

Al escuchar el *tintineo* del burro campanero, amarran el bastimento para salir acompañados hasta la ciudad de Cumaná, por los intrincados caminos de la cuesta, donde se escuchan los picos y palas para ampliar el retorcido camino real. Las bestias se tropiezan con los obreros reclutados al servicio de la

República, a muchos de ellos el recuerdo los abrumba al salir de esa montaña que atraviesa las espaldas de Cumaná. El bramido de los animales salvajes y el ruido de gigantes peñas que se precipitan al socavar el soporte, rumbo a la sima donde pasa el río o las quebradas que bajan de las montañas del Turimiquire.

En el arreo va el joven Julián, lleno de esperanzas por un futuro mejor. Cruza por su mente el cantar de los pájaros y el sonido incesante del *tintineo*; son compañeros inseparables en el largo recorrido donde observa los precipicios naturales, que si pela o lo empuja una de las bestias, va a caer hinchado por lo menos doscientas volteretas desde el filo de la montaña que afanosamente el gobierno intenta ampliar para convertirla de camino a carretera, para ser transitada por vehículos automotores. Allá a lo lejos de la espalda del cerro queda la preocupación de sus padres por la travesía de Capayacuar al centro de estudio del Oriente venezolano. Caminante, los caminos se van ampliando en la medida que se transitan en busca de porvenir y patria, sin importar lo trincado del sendero que se desea cruzar.

En San Antonio son pocos los jóvenes que tienen las posibilidades económicas de estudiar en Cumaná y luego en la capital de la República. Es un lujo estar en el centro del poder, en la ciudad de los techos rojos, aunque fuese viviendo en una pensión. *El Negro* Salgado, vecino del pueblo, conversa con Santos Enríquez referente a los empresarios que tienen hijos estudiando en Cumaná, son muchos los vecinos que salen a ver a los muchachos en sus mulas o caballos rumbo al estado Sucre, y el que puede proseguir sus estudios universitarios los hace en Caracas.

Cuando regresan al pueblo, los comentarios de sus paisanos se hacen sentir; conversan con ellos y los interrogatorios son obligados a los que vienen de Caracas, de cómo es la capital y las travesías para llegar allá. Los orgullosos estudiantes relatan sus experiencias de Cumaná o de Caracas, pero también refieren las preguntas que le hacen del pueblo y la iglesia con la cabeza de vaca; aseguran que los recuerdos les producen nostalgia, pero el deber es estudiar y ser ejemplo del esfuerzo tesonero de sus progenitores.

En el pueblo de San Antonio conversan dos paisanos

—Mira, *Negro*, ese muchacho que está con la gorra, pantalón caquis y camisa blanca, es Juliancito, hijo del viejo Padrón.

Le responde Santos Enríquez al *Negro* Salgado, en la entrada del pueblo, en la trocha del sector El Manguito:

— Bueno, chico, dicen que está estudiando en Caracas, para doctor en Ciencias Políticas.

Refiere *el Negro*:

—Ese muchacho es fino, blanco y alto como los españoles. Dicen que es un muchacho aprovechado en los estudios.

Tanto *El Negro* como Santos deciden acercarse al joven para matar su curiosidad. Le preguntan:

— ¿Cómo es Caracas?

El joven Julián entabla conversación con los dos señores.

—¿Mira, Juliancito, cómo es Caracas, chico? ¿Hay mucha gente, eso es grande, cómo son las casas, verdad que los techos son rojos?

El joven, con la naturalidad de su personalidad contesta, amablemente, el interrogatorio.

—Señor *Negro*, las cosas son muy distintas al pueblo. Por ejemplo, hay carros en la vía, las casas son de tejas como algunas que hay aquí en San Antonio. En Caracas es donde está el poder en Venezuela, aunque uno como estudiante tiene que luchar para graduarse y ser uno de los mejores del aula. Yo aspiro graduarme y seguir estudiando.

—¡Mira, chico, hay que ser inteligente para eso!

—Bueno, estamos esforzándonos para salir adelante —responde Juliancito.

La conversación se desarrolla con toda normalidad en la trocha que pasa frente la plaza Bolívar. El hijo de don Julián Padrón accede a la plática porque todos los del pueblo se conocen. Luego hicieron comentarios de sus viajes desde El Rincón hacia Cumaná en mula a las cuatro de la madrugada, en compañía de otros estudiantes que van de viaje al estado Sucre.

En La Ceiba, Facundo se despidió de su compadre Rafael y sigue a su casa. Al pasar frente a las pocas viviendas del caserío, dice: *¡Adiós tocaya!, ¡Hola tocayo!, ¿Cómo estas tocayo?, ¿qué tal tocaya?*; siempre popular y alegre. Facundo, fascinado encima de su caballo Moro, respira aire fresco como queriendo apoderarse del mundo con sus suspiros profundos; observa los cerros y valles que lo rodean, marcando el sendero de su vida; piensa en su hacienda de café, mujer y animales. Exclama en voz alta:

—¡Qué bueno es tener toda esta montaña para sembrarle café, vivir cantando como el turpial y hablando con la naturaleza!

Llega a su casa en La Ceiba, ubicada frente a la llamada casa de zinc de Jesús Parra, la única de esa tipología en la zona, que solo puede ser construida por este hombre hacendado y de mucho dinero en el sector. Saluda a su mujer.

—¡Hola Josefita!

—¿Cómo te fue, Facundo, en la conversa con Rafael?

—Bien, le comenté que voy a hablar con el compadre Julián Guillot para empeñarle unos quintales de café a la cosecha, porque pronto hay que limpiar la hacienda.

—¿Y si te dice que no, por el tiempo que tiene sin verte?

—Bueno, él siempre me ha dicho que sí. Carajo Josefita, el día que me diga no... Bueno, veremos. ¿Cómo están las muchachas?

—Bien, gracias al Todopoderoso

Allí, en el aposento pregunta por sus hijas Cleotilde, Patricia, Luisa Pancracia, Teresa de Jesús, Nicolasa, María Magdalena, Candelaria, Hilda Rosa y Cecilia. En este primer matrimonio no tuvo hijo varón, pero está encantado con sus hijas y muy especialmente con Cleotilde, la mayor de todas. Son muchachas blancas, de baja estatura como sus padres.

Facundo es hombre muy movido en sus gestos. La señora Josefita es recatada, un poco tímida, blanca, de poca estatura y flaca. La casa de habitación es de bahareque y techo de paja como las demás del caserío; al fondo de la vivienda, hacia el sur, se observa un valle gigantesco que se pierde de vista y, al final, las serranías del Municipio Cedeño; al norte se captan las cumbres de Buenos Aires, la de El Hueso y la de El Aguacate; precisamente sectores donde queda su hacienda.



Facundo interpela a Josefita con respecto a los animales vacuno y caballar que tiene en el caserío Mundo Nuevo, a tres horas de La Ceiba, interrogatorio rutinario cuando él sale al pueblo de San Antonio de Capayacuar, ya que siempre pasan por su casa amigos y trabajadores que viven en Mundo Nuevo y le dan razón de los bienes. La señora Josefita está pendiente de sus pertenencias, tanto de las **reses** como de la hacienda de café en la cumbre de Buenos Aires, ubicada en plena montaña de las serranías del Turimiquire, donde las canas del cielo la arropan por lo húmedo y frío del lugar, protegida por los exuberantes árboles de incomparable fisonomía natural e inagotable belleza.

Para llegar a la hacienda La Fortaleza, ubicada en la cumbre de Buenos Aires — donde Facundo establece el otro hogar para vivir con Carmen Rodríguez—, es obligatorio pasar por el caserío La Ceiba. El controversial hombre, para evitar problemas con las dos mujeres, hizo un camino en medio del armazón vegetal para que su recorrido estuviera distante del poblado, y así poder llegar al recinto jovial del poeta, lugar inspirador de cantos y armonías que conjugan un espacio hermanado al son del cuatro, las maracas o el tambor, principalmente cuando el ocaso cierra sus puertas y la brisa suave baña el recinto que alegran el alma de los ocupantes. El improvisado tránsito enseguida se populariza con el nombre *El camino de Facundo*, bifurcación que separa dos amores en la conquista de un solo corazón.

A Facundo sus bienes materiales le permiten vivir en el status de clase media baja. Es aficionado a los caballos de raza, animales muy notorios con respecto a los de las comarcas del valle de Capayacuar, propietario de otro caballo llamado *Alazano* por su color amarillo claro, pero el que más utiliza en su montura es el caballo *Moro*, cuando sale en el alazano las personas comentan la contextura del potente animal. Ahí va Facundo con su caballo llanero, alegre y cantando.

Los mejores caballos del caserío son de Facundo. Su afición lo lleva a tener especial cuidado con estos animales; sus pieles brillan por la frecuencia con que los bañan, sus corpulentos cuerpos corren un  $\frac{1}{4}$  de milla, y las estaturas representan el eje de su tamaño; son animales sobresalientes y en su sillón el jinete pequeño se ve gigante en los recorridos por el sector.

Las casas de La Ceiba están principalmente en las partes planas del caserío. Algunas personas prefieren internarse y construir sus viviendas en plena montaña por lo fértil de la tierra; fundan haciendas de café y desarrollan la

agricultura de subsistencia. Es el caso de Facundo, que organiza una hacienda de café en la Cumbre del Turimiquire —lugar de reflexión donde los pensamientos hacen inspirarse en el precioso arte de la naturaleza—, cuadro viviente de las especies vegetales planetarias, que cobija en su seno a cualquier mortal necesitado de protección para su pleno disfrute. Facundo trabaja afanosamente en su patrimonio y luego regresa a La Ceiba, donde reside.

En el caserío La Ceiba preparan la mejor culinaria de pueblo alguno. Cultura del diario vivir, los guisos con vegetales como el cebollín, ajíes dulces, y los tomates balitas son de mucho consumo en el lugar; triturados con ají picante y una pisca de sal con cazabe hacen un desayuno exquisito. No hay sancocho sin las mencionadas plantas e incluso son la sazón de las famosas hallacas de los meses de diciembre, únicos y extraordinarios con sus condimentos que se obtienen del patio de las casas, dando apetitosos gustos con estos vegetales de marcadas características propias del lugar.

Hablar de la culinaria es encontrar la historia misma de La Ceiba, que va paralela al fogón tradicional con las verduras producidas en el lugar en sus variadas costumbres; gustos obtenidos del paladar de las antepasadas familias que alegran a los comensales, incluyendo el toque mágico del culantro y el orégano que lleva consigo el sabor y color de la comida, orgullo inolvidable de sus coterráneos.

El cereal como el arroz, lo siembran pocas personas del lugar en las partes más frescas de la montaña por ser cultivo de temperatura baja. Una vez cosechado lo pilan en un hoyo construido en el suelo, quitándole la cáscara, dejándolo listo para el consumo interno de sus habitantes. Lo almacenan en una lata desecho de manteca de veinte litros, lo tapan herméticamente para su conservación. Artículo de mucha demanda en La Ceiba por lo difícil de cosechar y la poca producción que se obtiene en las fértiles tierras de las montañas de Capayacuar.

La señora Teodora suele visitar a su comadre Andrea. Viven a cien metros aproximadamente, entre casa y casa.

—Mire, comadre Andrea, ¿le habrá quedado arroz? Para que me preste un poquito.

—Como no, comai, por ahí queda un poquito. ¡Carmen y Emira!... Búsquenle a la comai un poquito de arroz.

—Mamá, esa lata está muy dura, no podemos abrirla —señalan las jóvenes.

—Ese es el muérgano de Rafael que aprieta la tapa como que nunca la van a abrir.

Finalmente la señora Andrea le da el arroz solicitado por su comadre Teodora. Es costumbre auxiliarse en productos por lo difícil que es viajar a San Antonio de Capayacuar o Cumaná a buscar bastimento. Las familias que no producen arroz, lo traen lo traen en bestia desde Cumaná, ciudad de puerto internacional, envasado en sacos de diez, veinte y cincuenta kilogramos.

La sal usada en la sazón de las comidas es en grano, es la perla de color blanco que brilla si el sol impacta. Es esencial para saborear el gusto del exquisito paladar. La lavan y muelen en una piedra encima de otra que tiene una ondulación facilitando su fricción, quedando totalmente refinada para usarla en la conservación de los alimentos.

Para endulzar los alimentos emplean el guarapo o melado de papelón, sacado de la caña de azúcar producida en los fundos de las casas; fabrican artesanalmente papelón y alfondoque. Cuando viajan a San Antonio, compran papelón en las bodegas del pueblo o van exclusivamente al trapiche del señor don Julián Padrón, a adquirir el producto por cuenta que representa veinte papelones.

El fogón arde a las cuatro de la madrugada en el calor campesino. Facundo muy por la mañana ensilla su caballo Moro, toma café y marcha hacia la cumbre donde tiene la hacienda. Al paso lento pero seguro del equino montaña adentro, recuerda a hombres y mujeres que hacen vida en la Venezuela rural, sintiendo en su recorrido el esplendor de lo bello y el aroma que perfuma la cima de la cumbre, que hacen gratos los hechos en cada segundo de su existencia.

Dos o tres veces al mes, sale a la hacienda. Su escopeta y morral no le faltan. A lo largo del camino va relajado, escucha el sonido del agua que corre por las quebradas a lo largo del viaje, el canto de multitudes de pájaros despiertan la aurora y el tintinear del machete del agricultor contra las piedras, al limpiar sus conucos o haciendas, y los repetidos ecos de la montaña no le hacen perturbar las ideas de su familia y pertenencias. Sigue pensando, perdiéndose en la imaginación en medio de la exuberante montaña, porque seguro está que el caballo lo lleva al sitio de la propiedad, donde las aves vuelan con libertad y el sol calienta el rocío en la espesa vegetación en lo alto de la cima.

—*Quién fuera Facundo si tuviera La Cumbre del Hueso, El Aguacate y El Mango de Capiricuar, para producir café a granel, vender en San Antonio y Cumaná. Ojalá que a Josefita no se le olvide hablar con Chanito, para que vaya a Mundo Nuevo a ver las reses, que yo iré en dos días, pero por qué te mortificas, Facundo, si ya estás en la cumbre de Buenos Aires. Olvídalo, Facundo.*

Josefita, en su vivienda, da parte a la hija mayor de las instrucciones indicadas por su marido al amanecer el día.

—Cleotilde, dile a Chanito que vaya a Mundo Nuevo a ver cómo están las reses, los burros y los caballos, sin quedarte hablando con los hombres por allí, ya tú sabes.

—Mamá, siempre usted con la desconfianza

—Mira hija, tú sabes cómo es tu padre de celoso, y yo no quiero tener problemas con Facundo por quedarte hablando con cualquier hombre, acuérdate que todo se sabe y más aquí en la Ceiba.

El sol vierte sus rayos en el centro del camino y hace secar las chicharras. Cerca de la hacienda, Facundo marcha en la esplendorosa claridad de la mañana paseando la mirada por encima del hombro, como quedándose perplejo por el valle que poco a poco lo va dejando en la medida que remonta el cerro donde se encuentra la fortaleza. Sigue pensando, pero esta vez con voz alta, en medio de la cumbre del cafetal.

—Allá en el cerro El Perú estaba la primera casa de La Ceiba, propiedad de Pulido, y pensar que se la dio a Jesús Parra por la cuenta que le debía, ¡qué hombre pa' pendejo! Facundo en su irritación, dice: "El rico siempre se basa en la miseria del pobre. Después de Pulido, el segundo hogar construido fue la de Juan Manuel, por cierto, le había comprado una hacienda de café a Eulogio, dando paso a otros ceiberos como Juan Pablo y Menegildo Meneses, propietarios de las pocas viviendas de nuestro pueblo ¡Carajo, verdaderos fundadores! y la vida sigue hasta el infinito de nuestra existencia. Bueno, Facundo, deja de hablar solo.

Para la época se encuentran alrededor de quince residencias en el caserío. Allí permanece la Quebrada Grande, fuente cristalina, testigo de la formación progresiva y lenta del ruido humano en este fragoso sitio, donde las historias, ritos y leyendas empiezan a tomar forma por la rica sabiduría de los humanos, que se inspiran en la exuberante vegetación, diseñada por el Maestro

de los Maestros, de inigualable forma; hacen que el villorrio resplandezca por su belleza natural, exteriorizando sus cálidos ambientes y vida de reconocida sensibilidad en su fértil suelo, aposento de mortales que ojalá no estropeen su significativa estructura de millones de años, cobijo de belleza y riqueza pueblerina.

Facundo se encuentra con Domingo en el Cerro El Perú, sitio distante a La Ceiba y centro de pocas casas, en la cotidianidad de alegres cuentos de la vida campesina. Todo es una ocurrencia, la risa es espontánea, sin problemas aparentes entre amigos, vecinos o conciudadanos que viven en un mundo de paz y tranquilidad.

—Tocayo Domingo, ¿qué hace usted por estos lados?

—Lo mismo que usted, Facundo, viendo las tierras que están buenas para sembrarlas. ¿Qué le parece?

—Excelente —dice—. Mire, tocayo, me contaron que usted le compró la casa a Taly Vera.

—Bueno, eso es para que usted vea, la yegua que me regaló mi hermano Maximino fue pariendo hasta completar tres partos y luego cambié la yegua y dos yegüitas a Taly, por la casa en Comotirar y todavía me quedó una yegüita. Este animal me salió bueno. Agradezco a mi hermano por tal gesto de humanidad. Allí estoy viviendo con Adelaida, mi agradable *India* Torres. Ya tenemos el primer muchacho, tocayo.

En la Ceiba, a las cuatro de la madrugada empiezan los cantos de los gallos. El hombre del campo oye en su interior de sueño que a la tercera cantada debe despertarse, el frío apabullante eriza los vellos pero el compromiso es mayor a la voluntad bajo la inmensa oscuridad del ceibero, se abre el preludio de un nuevo día, pasada las cuatro y media de la madrugada en el fogón está hirviendo el café neutralizador del frío, el calor del sorbo apacigua el titilar para preparar el desayuno, que lo sustenta en medio del trabajo provisor en las haciendas de café.

Un día claro y ambiente despejado, a eso de las nueve de la mañana de 1931, el personal de la hacienda de Facundo ha desayunado, las labranzas es obras de hombres y mujeres emprendedoras e innovadoras de su propia

realidad, para ellos producir la tierra es captar la energía de sustento económico con cultivos ricos y frondosos que le da valor al esfuerzo, producto del sudor de la frente para el sustento de su familia. Las ideas, los pensamientos van fluyendo por la conquista de nuevos días provisorios debajo de la montaña en la propia cima de la cumbre, donde se observa el horizonte del inmenso valle, allá a lo lejos de la vista humana.

En este ambiente colorido de rudo trabajo, poco a poco empieza a sentirse un ruido muy raro al oído de los labradores, todos salen en medio de la vegetación buscando captar el sonido que cada segundo se hace más fuerte a los sentidos de las personas ubicadas en la loma de la montaña, se paran y buscan otear sin obstáculo que interrumpa su visión, los corazones empiezan a palpar, se observan los rostros, exclaman casi unísonos al grito de Facundo.

— ¡Ay, mijitos! dejen los canastos y vámonos para La Ceiba, no sabemos lo que está pasando; tocayos, váyanse para sus casas que se va a acabar el mundo, un bicho rojo se acerca.

— Sí, señor Facundo, es algo horrible, es un monstruo que viene del cielo.

— Espera, recoge el canasto de café —dice una colectora.

— Estarás loca, no sabemos lo que está pasando

— Ese bicho cada vez se acerca a nosotros

En la casa de la hacienda está la hija de Facundo, Luisa Pancracia y la señora Teodora dispuestas a preparar el sancocho de caraota con pescado salado para los trabajadores, al pasar el bicho rojo cerca de ellas gritan, ¡ay Dios Mío! se va acabar el mundo, dejan los utensilios en el fogón encendido y se van a La casa de La Ceiba, detrás de ellas, Facundo y los trabajadores a sus viviendas, corriendo como si el alma se la llevara el diablo.

En el caserío, las personas asustadas exclaman, ¡se va a acabar el mundo! Las madres agarran a sus hijos y se los llevan a las casas vecinas, mientras rezan y le piden al Dios Todopoderoso que los salven del aparato volador. En la medida que se va alejando, el miedo sigue, los comentarios se acentúan en los habitantes y los trabajadores de las haciendas empiezan a hacer acto de presencia, más asustados que sus propias familias, dejaron todo botado en medio de la montaña para estar unidos a sus mujeres e hijos; solo piensan en

la destrucción del mundo. Un mes después supieron que era un aeroplano haciendo trabajos a las compañías petroleras de Maturín.

Como es costumbre del campesino levantarse a las cuatro de la madrugada para iniciar sus actividades laborables, luego de su aseo personal, va a la cocina que generalmente queda al lado de la casa principal, acomoda las chamizas enciende el fogón y hace el tradicional café mañanero, prepara su desayuno para consumirlo a eso de las ocho de la mañana en la propia hacienda o conuco. En el morral lleva la manutención que le permite reponer las energías perdidas del sudor incesante en los despeñaderos de las haciendas, el agua para beber la aprovechan de las fuentes cercanas que corren a todo esplendor desde los nacientes hacia la parte baja de la montañas.

Los recursos son inagotables, del trabajo fuerte secan las gotas de sudor que bajan por sus rostros rumbo a los precipicios del suelo fértil de la madre naturaleza. El tiempo transcurre mientras que los rayos del sol se cuelan entre los exuberantes árboles de las montañas, originando que el calor no sea tan incesante a pesar de los movimientos del brazo para eliminar las malas hierbas, que absorben los nutrientes de las plantas de treinta y cuarenta años sembradas por sus progenitores.

El quehacer cotidiano hace perder la noción del tiempo, pero sí hay una sospecha en el cuerpo pujante del campesino en su trabajo — piensa— ¿Será qué va a llover? Esos rayos que llegan a partir de las siete de la mañana están perdidos, no se ven por ningún lado, el pensamiento sigue sumiso, esperando un poco de calor del rey que se posa en las montañas, dejando colar su perpetua iluminación. Empieza a ponerse todo oscuro, los trabajadores se comentan entre ellos lo extraño del firmamento, en el canasto caen los granos de café sin dejar la preocupación, las caras inmóviles hacen más lento el trabajo y la brega agotadora pierde su rumbo en cada mirada de las personas que no logran entender lo que está ocurriendo, sus reacciones se notan y son razonables.

—Yo no voy a seguir trabajando

—Me llamarán la atención, pero no estoy viendo los granos que caen al canasto.

—Esto se está poniendo feo

Uno de los trabajadores, expresa lo que está sintiendo en voz alta.

—¿Ustedes no se dan cuenta que no va a llover y que el cielo se está poniendo negro, de casualidad no vemos los luceros?

Empiezan a bajar de las serranías a sus viviendas a encontrarse con sus mujeres e hijos, los canastos y morrales quedan solos, la desesperación por llegar a sus casas es su prioridad, con los pasos agigantados casi corren, nadie habla, solo se escuchan las pisadas que rozan por los caminos de angosto trajinar a sus faenas diaria. Los corazones bombardean en excitante preocupación, las lágrimas corren por la superficie inagotable de los rostros de las mujeres, y a los hombres en su mayúscula especificidad de coraje no se les aguan ni por un instante los ojos, pero sí los vellos se alzan como ráfaga que se extienden hacia el infinito.

En el caserío hay colapso total, las mujeres recogen a sus hijos y van a las casas vecinas, corren desesperadamente, sus labios se mueven de arriba hacia abajo, titilan incesantemente, dicen repetitivas oraciones a la Cruz de Comotirar y al Dios Todopoderoso, los muchachos y muchachas gritan cuando ven a sus padres cerca de sus casas.

—Papá, ¿se va a acabar el mundo? Todo está oscuro.

Los habitantes del caserío reaccionan con miedo y ansiedad por el fenómeno, las interrogantes chocan entre ellas produciendo confusión en sus mentes, más las reacciones de sus familiares, vecinos y amigos hace difícil la situación; se observa tristeza, llantos de mujeres, niños, niñas, negación entre la gente ¿Por qué ocurre esto? los corazones casi se salen del pecho, las piernas y manos tiemblan incesantemente, se sudan, la saliva se inhibe, algunos están inmóviles, otros abrazados a sus hijos, muchos caminan de un lugar a otro sin parar de rezar. En esa desconcertante situación los minutos parecen días infinitos en la progresiva tenebrosidad de los ánimos de los ceiberos; sale una voz de líder, guáramo para enfrentar las dificultades.

Dice, Facundo:

—¡Carajo!, pongámonos a tocar cachos, perolas, las campanas de los burros campaneros y las mujeres a rezar, para que el sol se despierte. Todos tienen que hacer ruidos, enciendan candela.

—Mira, Andrea —le dice su mamá Fabiana—, ve los perros como aúllan, gallos y gallinas cacarean, ve mijita el gallo cómo se eriza.



Las personas de la vecindad tocan todo tipo de perola y dan palmadas, tocan cachos de toro, hacen todo tipo de ruido con los utensilios del hogar para que venga la claridad. A las niñas sus madres las ponen a rezar, reina la tristeza, otros lloran, rezan, los hombres gritan y algunos siguen tocando sin cesar.

Dentro de la sombra enloquecedora, empieza a salir un pequeño rayo de luz que va taladrando para penetrar en la capa gaseosa, haciendo incesante las estrategias para el regreso de la claridad, el son del ruido es más acelerado, las gargantas casi se salen del cuello, poniéndolas roncas por tanta excitación. Al llegar la claridad la calma empieza a reinar, los rostros chocan en miradas fijas entre las personas, la alegría en el caserío es perturbada por las interrogantes.

—Lo que pasa es que ustedes son muy incrédulos —grita Pretonila Soledad.

—Señora Petronila, todos aquí, creemos en Dios y en la Virgen santísima.

—Sí, pero se la pasan con sus borracheras.

—Díganle a Facundo y a Jesús Parra, para ir al pueblo de Capayacuar a la Iglesia, a ofrecerle una promesa a la virgen por el caserío, y traigan un poquito de agua bendita.

Responde Facundo:

—Mamita, eso lo tenemos que hacer, nos hace falta el agua bendita en las casas, para fortificar nuestro espíritu. Yo me encargo de hablar con el padre, de repente voy con el compadre Jesús Parra.

—Sí, mijito, eso es lo que hay que hacer.

Jesús Parra habla con varios vecinos, para lograr que el fenómeno no se repita en el caserío.

— Buenos, señores, el recuerdo de esta situación que el día se pusiera de noche, es por la poca fe que tenemos en Dios, él está enviando señales a la gente, es necesaria la presencia del cura del pueblo de San Antonio de Capayacuar, no nos preocupamos por bautizar a los muchachos, debemos preparar una fiesta a todo dar a la Cruz de Comotirar, en favor a su intersección para que viniera la luz, pero también hay que pensar la idea que tuvo Facundo, que para llegar la claridad había que hacer bulla.

—Pues, nos veremos en la fiesta de la Cruz de Comotirar, y así podemos controlar las cosas malas del mundo.

## COMOTIRAR

Comotirar es otro de los sectores de La Ceiba de ambiente cálido y alegre que componen su geografía, donde sus ciudadanos tienen los brazos abiertos y hermanados de convivencias familiares para propios y extraños. Ahí se percibe el humo de los fogones, sus mujeres sienten el calor del hogar, la ropa, los vestidos, el cobijo y otras tantas jornadas festivas en completa armonía de éxitos que promocionan permanente amistad y satisfacción personal, que activan los pensamientos sublimes que salen del alma en el bullicio del quehacer cotidiano. Sus caminos polvorientos dejados por las pisadas de las bestias, burros, caballos, y el contacto de los cascos con las abundantísimas piedras del sector, resuenan en la memoria de los sueños de la gente en esta aldea sencilla, solidaria, auténtica, y luchadora por un destino mejor.

La presencia humana de este lugar se nota en el deseo de mejorar sus propias realidades, donde sus gente son luchadoras con las labranzas propias de su quehacer diario para crear y consolidar un futuro promisorio, a pesar de que las ollas negruzcas por la inclemencia del fuego tiznen las palmas de las manos, y el humo se aleja hacia las nubes en un viaje apaciguado de aroma de sancocho hacia el infinito.

La señora Teodora, madre de Josefita, le da instrucción a uno de sus hijos.

—Mira, Rafael, cuando pases por Comotirar, dile a Chanito que me mande la tela de huesito, que le voy hacer unos vestidos a mis nietas Magdalena, Nicolasa y María Patricia.

—Mamá, ¿qué le digo del pago?

—No te preocupes, que ya Facundo habló con él. Dile del pedazo de tela que le corresponde a Facundo del rollo que trajeron de Cumaná.

En la casa de la señora Teodora, se oye el crujir de las tijeras en las gruesas y rígidas telas que traen de Cumaná, entre ellas el dril que viene en rollo y cuesta veinticinco bolívares. En muchos casos, esta tela, de lo grueso, revienta. El caqui de color pardo aceituno y el dril los usan para hacer ropa a los hombres; cuando rompen las agujas los botan por no poderlos coser. Los vestidos son resistentes al uso del tiempo, pero allí está la costurera, haciendo realidad los

sueños de las muchachas de lucir lo mejor posible y encantar a las personas al relumbrar estampado que se agiganta en las miradas de los jóvenes, que solo se conforman por ver el colorido del traje, sin poder captar más allá de la vestimenta por estar cubiertas del cuello hasta más abajo de las rodillas.

Las muchachas se alegran cuando les preparan lucidos trajes unicolores y estampados con telas de opalinas largos, diseñados para no enseñar las piernas. Sus pantaletas llegan a la altura de las rodillas o a media pierna, hechas de tela de seda o huesito; encima de la misma va el refajo largo, y sobre sus tetas la enagua de tiro, incluyendo el vestido confeccionado con suficiente tela por ser de cuello alto y manga larga. A las mujeres, los hombres les miran las caras bonitas, pues ellas no exhiben otras partes del cuerpo.

Los esfuerzos de los padres son con la intención de que sus hijos estén lo mejor presentables en la fiesta de La Cruz de Comotirar, patrona del sector, devoción exteriorizada por los que profesan la fe cristiana. Las competencias de las muchachas con sus vestidos son frecuentes en el mes de mayo. Las miradas de los hombres se posan en las figuras esbeltas de las jóvenes, que pasan prácticamente un año para lucir lo mejor de su atuendo.

Las conversaciones entre las personas en Comotirar las hacen en los portales en las casas, generalmente en las tardes, después de un sosegado descanso del duro trabajo. Allí comparten vivencias que la dinamizan para el disfrute del momento con risas y cuentos de episodios que hacen gratisima la circunstancia, interpelan situaciones del día a día, chistes y bromas por las hechuras de ropas, el sabor de las comidas preparadas por las mujeres a los allegados de Cumaná; comentan los llantos de la sayona o un espíritu que escucharon en la noche anterior, la presencia del Cámara que le sale a los cazadores para que protejan las faunas silvestres.

Todos estos eventos de intercambios personales, son recursos que enriquecen la familiaridad y convivencia de los ciudadanos que transmiten sus experiencias de generación en generación, quedando estos sucesos como semillas sembradas para que los hijos de los hijos las rieguen con pasión de herencia, y recojan los frutos en las próximas cosechas de recuerdos y leyendas en los pueblos de la amada Venezuela.

Facundo llega de visita en una tarde lluviosa, donde el cielo estalla por encima de las nubes, impactando los rayos al pie de la casa de la madre de su

suegra, Petronila Soledad, montado en su caballo y con su pesada cobija bayeta de pura lana de dos colores, negro por un lado y rojo por el otro, para protegerse del frío y el agua. La cobija tiene un hueco por el centro que arropa su cuerpo y parte del caballo. Son herramientas usadas por las personas cuando los agarra la noche en cualquier parte de la montaña, es su cama o hamaca favorita, son instrumentos de viajes largos incluyendo el sombrero, machete y látigo.

—Buenas tardes, mamita. ¿Cómo le va?

—Aquí, Facundo, cosiendo esta tela de piqué.

—Caramba, mamita, la tela está fina y bonita. Es para gente rica, puro algodón.

—Esto es un vestido para salir. Se lo estoy haciendo a Luisa María, la hija de Fabiana que vive en el caserío Los Caballos.

—Bueno, mamita, es un tremendo chivato lo que usted está haciendo.

—Mira, acuérdate de que cuando vayas a Cumaná traigas telas de dril chivato y piqué para hacerles a tus hijas unos vestidos de gala, y pedazos de tela blanca para ropa interior.

—Está bien, mamita.

—Y hablando de Cumaná, Facundo, ¿cuándo tú vas para allá?

—Espero hacerlo este fin de mes.

—Es para que me traigas unos purgantes.

—Yo le recuerdo, mamita.

Desde Cumaná traen medicamentos para las curas de enfermedades y de estabilidad orgánica a los habitantes de toda la comarca del valle de Capayacuar, Comotirar, La Ceiba y puntos intermedios. Usan entre otros productos médicos la canela en concha, infusión caliente como alivio a todo tipo de dolor; los purgantes más consumidos son el aceite de castor, Saldelso, píldora rosada, Hain y Bristol. Las píldoras rosadas sirven para todo: como laxante, influye en el sistema digestivo, el hígado, riñones y fortalecimiento anímico.

Como en muchos sitios del valle de Capayacuar, las mujeres de Comotirar muy por la mañana preparan los cernidores para refinar la catibia extraída de la yuca, y obtener finalmente la harina para hacer el sabroso cazabe. Allí están Plácida, la Morocha, Adelaida y Carmen, moviendo las manos en el

cedazo; otras colocan la leña debajo del aripo. El ánimo y entusiasmo de estas tenderas de cazabe es alegre, porque esta actividad es parte de la rutina en la obtención del succulento pan oriental.

—Carmen, apúrate para que el cazabe esté rápido —dice Plácida.

—¿Qué tú crees? ¿Que estoy sin hacer nada?

— ¡Ah caracha! Ya ustedes van a empezar a discutir —refuta Adelaida.

—Bueno, mijitas, el aripo se está calentando y hay bastante catevía para empezar a tender.

—Bueno pues, cantemos para alegrar la mañana e improvisa un joropo zumba que zumba.

—Ya viene Juana con sus cantos trasnochados —dice Plácida.

Las damas siguen en su actividad de hacer cazabe de consumo familiar y venta, esfuerzo de tesón en el trabajo creador y perseverancia en la obtención de recursos económicos que coadyuvan a los ingresos de sus maridos, y son expresiones de la mancomunidad del hogar a través de las manos laboriosas que mantiene la estabilidad económica social en la comunidad. Estos trabajos son extras a los realizados en las haciendas de café, que en la época de limpieza y cosecha generan muchísima mano de obra masculina y femenina.

A las once de la mañana sale la primera torta de cazabe. Adelaida se inclina con veneración, mirando al cielo.

— Gracias a Dios y a la Virgen por la primera torta, que así sea, y que no vaya a llover.

— Amén...

Contestan las otras mujeres.

— Esta primera torta se la vamos a brindar a los espíritus.

Todas se santiguan, finalizando el ritual y a trabajar con todos los ánimos.

Pasadas las cinco de la tarde, se ve el pilón de las tortas: una, dos, tres, y así sucesivamente se va contando hasta llegar a diez cuentas, jornada laboriosa que se inicia muy temprano en la mañana. Luego este producto lo venden en Cumaná, conjuntamente con papelón, verduras, huevos criollos, frutas y café seco. Esta actividad es común en Comotirar, La Ceiba, El Arbolito o cualquier comarca de la geografía sanantoñera, donde se percibe el aroma del trabajo y movimientos de los brazos de mujeres y hombres para obtener el principal pan de

los mortales, en estos lugares las mujeres son consecuentes generadoras de ingresos económicos para la familia, incluyendo las labores domésticas que es una práctica fuerte en las obligaciones del hogar.

El cazabe es primordial en los hogares de estas comunidades, cuando la vianda está escasa, lo unen a un pedazo de papelón o queso, y salen a sus jornadas para poderse mantener en sus actividades físicas. Allí, en la propia faena, los sorbos de agua complementan los succulentos desayunos o almuerzos que energizan los cuerpos del duro trabajo.

Don Diego Lara y Juan Barreto son propietarios de hacienda de café y caña. En un viaje a Cumaná observan el mecanismo de cómo se elabora el papelón. En Comotirar estos señores se las ingenian para fabricar una unidad igual, pero con maderas. La mente la ponen a funcionar en su máxima creatividad y la transportan al macizo de hierro que tritura vuelta y vuelta para sacar el gustoso dulce de la caña; minuciosamente la madera la confeccionan, la pulen, y hacen por ensayo y error el engranaje perfecto para exprimir el tallo y fabricar papelón para consumo propio. El trapiche es rudimentario, igual que las hormas donde se echa el melado endulzante para obtener finalmente el producto que sirve en muchos casos para protegerse del frío fuerte de Comotirar.

Las personas acuden a comprar el deseado artículo obtenido de las manos laboriosas y las ideas de emprendedores sorprendentes. Posteriormente Jesús Parra trae un trapiche de hierro de Cumaná, para seguir las labranzas con mayor desarrollo y competitividad. El papelón sale a granel para la venta al mayor y al detal; el precio por unidad es a medio, y los intermediarios lo adquieren por cuenta para revenderlos en Culantrillar, Mundo Nuevo, San Antonio, Cumanacoa, Caripe y Cumaná.

En el bucólico caserío de Comotirar se cultivan experiencias llenas de fe y optimismo cristiano, surgido de la esencia del pueblo desde el punto de vista místico, que enriquece y florece la luz de la esperanza de seres humanos en creencias, valores, símbolos, ritos espirituales, mágicos, seculares, rayando en lo sobrenatural en pos de obtener los fines solicitados, en vírgenes, santos, imágenes, ánimas del purgatorio, expresados en bailes, fiestas y donaciones a las imágenes dentro de la religiosidad popular. Actos realizados con gran exaltación de fe hacia Dios Todo Poderoso, con peticiones variadas, desde la protección de la salud, hasta súplicas para la obtención de una buena cosecha

que se hacen con mucho respeto, llenando en su máxima comprensión la espiritualidad de las personas.

Los individuos de este sector colindante de La Ceiba, se encaminan a la orientación teológica y filosófica de acuerdo a su percepción humana. Sus ritos y creencias son fuentes de energías que inspiran para resolver dificultades Cotidianas, todos sus éxitos lo exclaman con orgullo: ¡Gracias a Dios! La incertidumbre y los problemas personales se lo ofrecen a sus santos, vírgenes y cruces, e incluso la curación de animales, plantas, conucos y haciendas.

La Cruz de Comotirar es la Patrona del caserío. Punta de lanza para los ceiberos en pedirle favores en la protección del ataque de gusanos a sus cultivos, a su salud y otros pedimentos a la Santísima Cruz. Cuántas gracias de misericordias salen del fondo inagotable de sus convicciones remontadas a más de novecientos metros sobre el nivel del mar, donde el frío se hace calor de vida, y las personas de creencias muy intrínsecas hacia lo divino, percibidas en ciudadanos que caminan en el sorprendente mundo de admiración por la fe, fuente inagotable que cobija la confianza en el Altísimo.

En el umbral del bosque sobresale el comotire por su abundancia en el sector. Precisamente muy cotizado por los productores por su consistencia y durabilidad en la construcción de cerca perimetral. La Cruz de Comotirar viene de Urica, venerada en la casa de Teodora Rondón, suegra de Facundo. Allí se plasma la vivencia de peticiones y adoración hacia la imagen de personas en busca de esperanza, consuelo, fortaleza y ánimo espiritual. La gente le canta principalmente en el mes de mayo y le hacen fiesta, organizan joropos, le alumbran, le piden milagros, le colocan dijes por los favores concedidos. Es el ícono imborrable de la fe en devotos que creen en lo más profundo de su convicción humana.

La Cruz se la encontró Pascual Rondón en una montaña de Urica, pueblo cercano a San Antonio, y se la regaló a Manuel Rondón en 1930, y se convirtió en la patrona del lugar. En el mes de mayo, las mujeres se dedican a adornar la Cruz de Comotirar; a la imagen le colocan papel de seda de diferentes colores traídos de San Antonio y Cumaná; lo rizan y con él cubren la estructura de la cruz. Preparan un altar con tres arcos — grande, mediano y pequeño—, con diferentes colores de orquídeas y rosas naturales, para homenajearla al son de la música, galerones, punto de llanto y fulía. Facundo toca el bandolín, Uvencio Romero, invitado de La Cumbre del Hueso, intercambia el bandolín con Facundo;

Visitación y Santos Carrasquel, las maracas; Ramón Urbaneja, de Buena Vista, toca el cuatro y le dice a Facundo:

- Facundo, vamos a cantarle a la Cruz de Comotirar.
- Empiece usted, Uvencio.
- No... le toca a usted, porque usted es de aquí.

Facundo inicia el canto a la Cruz de Comotirar.

*Continuando la ocasión  
que le presento esta canta  
es modesta mi alabanza  
y me voy a presentar  
Facundo Balbás hermano  
lleva pues esta ocasión  
le dedico el galerón  
para todos los oyentes  
que están muy cordialmente  
presente en Comotirar*

Contesta Diógenes Villanueva:

*Reciban todos señores  
esta gran salutación  
se merece la ocasión  
en que le vengo a cantar  
pero quiero saludar  
la gloriosa Cruz de Mayo  
que en estos tiempos de antaño  
le he venido a recitar  
dedicándole estos versos  
¡oh Patrona del lugar!*

Sigue Uvencio Romero, de La Cumbre del Hueso:

¡Oh, gloriosa Cruz de Mayo!  
bella de Comotirar  
que aquí en estas serranías  
tan profundas de montañas  
que a todos tanto le extraña  
con tu poder inminente  
saludo a toda esta gente



que he venido a visitar  
reciban todos amigos  
éste, mi abrazo cordial

Ramón Urbaneja:

La Cruz de Comotirar  
se escucha desde temprano  
1920 es el año de su gran aparición  
que modesta es la ocasión  
pa' dedicar esta canta  
que le ha llegado la hora  
de empezar a platicar  
saludos amigos gente, de Comotirar  
invito aquí este centro  
pa' que empiecen a cantar

Facundo Balbás:

En 1920 aparece la Cruz  
esto es una luz grande y resplandeciente  
así lo escucha la gente  
y le hacen un homenaje  
en este bello paisaje  
que se encuentra en La Ceiba  
es una nueva leyenda  
de aquí de Comotirar  
y así vamos a cantar  
para el que no sepa aprenda

Rito Lanza, de Culantrillar:

Me dicen señor Rito Lanza  
pues cuando me ven llegar  
alegre estoy al anunciar  
saludo a mucha gente  
Bulié que estás tú presente  
acompañao de Santico  
toca maraca y cuatrico  
todos acoplados  
tocando su violincito  
Facundo si está bien clarito

Domingo Rondón:

Escúchenme cantadores  
la pregunta que les hago  
no me hagan los versos fallos  
contésteme mi respuesta  
con diez palabras completas  
a la Santa Cruz de Mayo  
dándole estas luces  
y si es que no van a escuchar  
aquí vamos a terminar  
y no creo que esto sea embuste

Joselito Lira, de El Arbolito :

Aunque usted lo ponga en duda  
yo vengo desde muy lejos  
ya me parezco un cangrejo  
de tanto dar para allá  
desde arriba y para acá  
buscando este Monteoscuro  
de las montañas perdidas  
ya yo voy a remontar  
y saldré por los nacientes  
del San Antonio de Capayacuar

Braulio Rondón, de Mundo Nuevo:

¡Oh preciosa Cruz de Mayo!  
de aquí de Comotirar  
ya te dediqué mis versos  
yo me tengo que marchar  
y regreso a mi terruño  
que parece un gran espejo  
me refiero a Mundo Nuevo  
la tierra donde nací  
regresaré por aquí  
en el próximo año nuevo

Ramón Urbaneja:

La gente ya me conoce  
oyó mi presentación  
recordará esta ocasión  
desde estos montes cubiertos  
donde hace mucho frío  
por densa serranía  
yo volveré en otros días  
conmigo pueden contar  
porque le vendré a cantar  
a la Cruz de Comotirar

Así sucesivamente sigue el canto a la Cruz de Comotirar, al son de las décimas, galerones y fulía, géneros característicos que enarbola la costumbre y tradición de los velorios de Cruz de Mayo. Antes de cantarle, las mujeres se acercan a rezar y cantan el rosario como la principal fuente de creencia en este misticismo religioso. Luego se inician los galerones, punto de llanto y fulía, acompañados con bailes intrínsecamente ligados a los sentimientos del pueblo. El canto de fulía, las décimas, los galerones y alabanzas se hacen frente la Cruz, con benevolencia ritual hacia la imagen arreglada y preparada por los mismos habitantes. Los músicos alternan descansos a pesar que sus dedos se mueven de arriba hacia abajo sin cesar en las cuerdas del cuatro y la plumilla en el bandolín

Los decimeros y cantantes de fulía hacen alabanzas a la Cruz de Comotirar, agradecen por las cosechas de café, principal producto de venta, por favores concedidos, ofrendan tonadillas a la fertilidad de la tierra, fruto bendito de subsistencia.

Es costumbre en Comotirar, en los Velorios de Cruz, recibir visitas de muchachas de los caseríos cercanos como El Arbolito, Cordero y Yerba Buena, a bailar al son del recio contrapunteo. La matrona Teodora, al observar la llegada de las jóvenes, aproximadamente a las ocho de la noche, terminada la parte ceremonial y religiosa en honor a la Cruz, cubre ésta con una sábana para que la imagen no vea a las parejas bailando. Enseguida se inicia la parranda de cuatros y maracas en el piso de tierra que es rociado de media en media hora; de lo contrario el polvo sería insoportable por el movimiento de las parejas. El sincretismo de religiosidad popular, en un baile por motivo religioso puede

considerarse un acto pagano, pero si la Cruz no lo está viendo, por estar tapada, esa casual cualquier interpretación, a justo de pecadores, palabra de visitante.

En este sentido es normal que las personas de Comotirar y La Ceiba tengan su patrona inspirada en la Cruz como signo de protección, ocupando lugar especial el 3 de mayo de cada año, recibiendo ofrendas, velas y flores cosechadas en el sector. Como símbolo de la alegría y sentido de espiritualidad cristiana nunca falta en el altar el agua bendita, por ser el Velorio de Cruz manifestación popular naciente de las entrañas de su gente, quienes la homenajean con décimas exquisitas, punta de llanto y fulía. No tiene precedente en tan importante y conmovedor evento en la cima del Turimiquire, tierra bella del valle de Capayacuar, difundiendo la fe, naciendo la devoción con sentido de pertenencia a sus costumbres autóctonas. A las cuatro de la tarde la sacan en procesión por los caminos de La Ceiba y Comotirar, rezando, cantando malagueña y punto de llanto.

## PERSEVERANCIA, MUCHACHOS

En La Ceiba después de que las personas terminan sus faenas diarias, se reúnen en casa de sus vecinos a conversar sobre diferentes temas y chistes de la dinámica diaria expresada con mucha ocurrencia por los presentes, son rutinarios los encuentros en las tardes entre vecinos. La señora Bertha Delgado esposa de Jesús Parra, enseña las primeras letras a las damas y jóvenes de lunes a viernes en la tarde, los estudiantes le cancelan sus buenos oficios con granos de café recogidos del suelo, por los muchachos que le aplican raqueta a las haciendas del grano que cae maduros y otros que salen del canasto en la cosecha, esta actividad generalmente es ejecutada por mujeres, niños y jóvenes para tener ingresos adicionales.

Preocupados los vecinos por falta de maestra, en la llamada casa grande de paredes de zinc propiedad de Jesús Parra, se reúnen las cuatro personas con mayor liderazgo. El anfitrión, Facundo, Juan Manuel y Antonio Rondón, plantean la problemática al dueño de la vivienda y de mayor ingresos económicos en la zona.

—Mira, Jesús, usted que lleva negocios con Joselito Yegres en San Antonio, por qué no le habla, a ver si conseguimos una maestra para La Ceiba.

Responde, Jesús Parra:

—Juan, déjame ver si hablo con Joselito.

Facundo interviene en la conversación, haciendo gala de su labia en cuanto a la necesidad de la educadora en el villorrio.

—Bueno, yo opino que deberíamos los cuatro plantear el problema al tocayo Joselito, porque ese hombre conoce a todo el mundo, ¡carajo! si conseguimos esa vaina, es verdad que vamos a echar pa'lante. ¿No es así, Antonio?

—Será así, porque con la maestra son muchos los muchachos que van a aprender —observa Antonio.

Después de debatir el tema por varios minutos Jesús Parra se levanta de la silla de cuero.

—Bueno, lo que nos toca es ir a San Antonio, yo voy mañana y puedo hablar con Joselito, como quedamos. Los tres, casi al unísono, dicen:

—Bueno, vaya usted.

Jesús Parra habla con el comerciante Joselito Yegres al respecto de la necesidad de una maestra para La Ceiba, resultando positiva la conversación, porque efectivamente, Joselito tiene el contacto de una señora que vino de Caracas y está residenciada en la casa de un familiar, para tan anhelada petición. Jesús Parra regresa y le comenta lo planteado a Facundo, Juan Manuel y Antonio Rondón.

El día pautado para ir a buscar a la maestra a San Antonio, Jesús Parra y Facundo preparan una comitiva de tres personas: Santos Carrasquel, Chanito Balbás y Maximino Rondón en sus respectivos burros y un caballo donde viene la maestra y su sobrina; ellos tienen la encomienda de traerla a la casa de Jesús Parra, vivienda de mayor confort y renombre del caserío. Los habitantes saben de la presencia de la maestra, salen al frente de sus casas al ver pasar a la instructora con su respectiva escolta de caballeros vestidos impecables. La maestra va captando el dulce aroma de la espesa vegetación que la cubre con su perfume, y la hace reverente en las expectativas de llevar su sabiduría a jóvenes con poca instrucción. Piensa, mientras el caballo camina hacia al mencionado pueblo.

Al llegar al caserío, Jesús Parra en compañía de Facundo, Juan Manuel y Antonio Rondón les dan la bienvenida.

—Buenos días, señorita.

—Eligia Buttó a la orden, esta es mi sobrina Flor.

—¿Cómo le fue en el viaje?

— Muy bien. Mi familia es de San Antonio, tengo poco tiempo en el pueblo y vengo de Caracas.

Jesús con su esposa Bertha, dueños y anfitriones de la vivienda, emocionados, le dicen:

—Pase adelante y siéntese. Maximino, coloque el equipaje de la señorita en la sala. Mira Bertha, guarda la ropa de la maestra y después le dices donde va a dormir.

Pasado los días, se escuchan los comentarios con respecto a la maestra Eligia Buttó, de sesenta años de edad.

Santos Carrasquel le dice a la mamá de Facundo:

- ¿Bequita, esa maestra es niña vieja?
- Santos, ya tú vienes con la criticadera
- Eso es la verdad, ella no tiene ni hijo ni marido.

Los estudiantes van a la casa de Jesús Parra a escuchar las clases impartidas por la Maestra, los alumnos llevan sus sillas, el horario, es mañana y tarde de ocho a once y de dos a cuatro, de lunes a viernes. La mayoría tiene más de 16 años de edad y asiste a aprender las primeras letras, el libro recomendado es Silabario. El sábado la maestra enseña a hacer manualidades con arcilla; artesanía de casas, chola, muñecos de barro y tela, platos, pilones, tenedores, camas, paila, sartén. Toda una amalgama de elementos en el proceso de enseñanza aprendizaje esencial para adolescentes, porque se les explota su creatividad vocacional en herramientas comunes a sus costumbres. Empiezan a aparecer adornos colgados en los portales y corredores, las madres felicitan a sus hijas por tan loables resultados.

La maestra Eligia, en plena actividad escolar les dice a sus alumnos, tolerancia, tolerancia muchachos, póngase en fila que les voy a decir un versito.

*Una mosca en el pastel  
enterró su golosina  
así muy bien se examinan  
los humildes corazones  
padeciendo las prisiones  
del vicio que la domina*

Los estudiantes escuchan con mucha disciplina el verso y se ríen del gesto de su maestra, entre ellos Luisa Pancracia, Eutimia Coa, José, Teodorita, y Cruz Rondón, Máxima Henríquez, Luisa Coa, Ramón Eudoro Parra, Elba Bonafina. Al descuido de la instructora bromean entre ellos, tolerancia, tolerancia,

en ese momento escuchan la voz fuerte de la maestra. Sus miradas de asombro y temor, voltean a la velocidad del rayo.

- Flor, Flor, ¡cuidate de las culebras y los matos que te pueden picar!
- Maíta, los matos no pican
- Está bien, hija, deja de estar metiéndote en el monte.

Los estudiantes largan la risa, porque ellos saben que los matos son indefensos, demuestra la poca experiencia de la maestra con respecto a la vida del campo.

Facundo es muy bueno con la maestra, la respeta con mucha benevolencia y habla bien de ella por estar enseñando las primeras letras a los muchachos de La Ceiba, siempre trata que no le falte nada, le pregunta a Jesús por la educadora, la tratan como una princesa en el valle de las exquisiteces. Le llevan gallina, huevos, verduras y otras regalías por el pago de su educación. La mayoría de las familias no tienen los recursos para sufragar los estudios de sus hijos, por ende los padres y representantes ven con mucha importancia la presencia de la profesora Eligia Buttó en la formación de sus hijos.

Ocurre con mucha frecuencia en algunos estudiantes perderse de clase dos o tres veces, la profesora los visita en la noche para informar a sus padres de su ausencia y motivarlos a regresar de nuevo.

La maestra, sale con sus alumnos a caseríos cercanos como Monteoscuro, La Loma, El Palito, El Arbolito, en una oportunidad van para la Laguna de los Gómez en la Loma de la Virgen, a casa de Dámaso Baldiviert, de repente encuentran en el camino toros bravos o perros ladrándoles, de inmediato los manda a subirse en los árboles o en las piedras grandes, diciendo.

—¡Yo los amanso con tolerancia, tolerancia muchachos!

Mueve la mano de arriba hacia abajo y empieza a rezar, las muchachas y muchachos se desternillan de la risa.

—No se rían muchachos; tolerancia, tolerancia, muchachos



Un fin de semana, la maestra se presenta con su sobrina Flor a La Poza de los Rondón en Comotirar, los presentes están pendientes de los movimientos y palabras, es el centro de atracción por el respeto que infunde como educadora.

Flor llama a su tía:

- ¿Maíta, me tiro?
- Tírate, Flor
- ¿Pero... y si me ahogo?
- Entonces, no te tires

La risa es colectiva porque la poza es poco profunda y la forma como se dirige a su sobrina, es lógica la reacción de la gente. La diversión, alegría y ánimo de los presentes son complementados por la interpretación que le dan a las palabras que dice la maestra, las toman de ocurrencias y expresiones rara a su sonidos cotidiano, de una dama que trata de adaptarse a las costumbres y hábitos del mundo rural, cada palabra llega a los pueblerinos refinada para su vocabulario y estos le dan sentido de humor, características propias de la gente de campo.

Años en La Ceiba, pero llegó el momento de decir hasta luego, su nostalgia, vivencias y experiencias, la lleva a recordar las infinitas palabras que pensó al remontar el Cerro de la Virgen, su esperanza y deseo de ayudar a crear otros mundos humanos fragmentados en el espejo de la vida, que buscan encuentros con una nueva mentalidad y sabiduría de conocimientos que añoran por la instrucción educativa recibida, es manantial de letras y escrituras vivas que perforan y sacuden los estamentos más allá de la visión humana.

Los vecinos con mucha tristeza dejan caer gota a gota la cristalina esencia que salen de sus ojos y recorren sus mejillas, muchas de ellas penetran en los dulces labios de hombres y mujeres que sienten la ausencia de esta instructora que la quieren de por vida, es para ellos el eje matriz en la formación de sus hijos. Es sustituida por la maestra Josefa Presilla, autorizada por el Ministerio de Educación y oriunda del pueblo de San Antonio de Capayacuar.

## VISITA DEL CURA

Es 1925, el pueblo se prepara para recibir una de las visitas más importantes desde la existencia del caserío, llega por primera vez el cura de la Iglesia de la Cabeza de Vaca, sacerdote Pedro Bálsamo, la expectativa de la población es regocijada por la presencia del Ministro de la Iglesia Católica en el caserío de respetable fe y creencia cristiana. Los habitantes, entre ellos Facundo no dejan de conversar con su compadre Jesús Parra de la anhelada presencia del prelado, a la casa de zinc le hacen mantenimiento de pintura y limpian las malezas a su alrededores, dejándola impecable.

Las señoritas Luisa Pancracia, Cleotilde, y Carmen Nicolasa, hijas de Facundo, ayudan a la señora Bertha dueña de la mencionada residencia con los arreglos del altar, le colocan flores, mantel blanco, en espera del sacerdote que viene del pueblo de San Antonio. A las seis de la mañana parte la delegación en busca del cura, un caballo impecable manso y tranquilo es el responsable de traer en su lomo al apreciado personaje, dos escoltas llevan por misión cuidar y orientar el camino del hombre de la sotana.

El sacerdote, cuando remonta el cerro de La Loma de la Virgen, se siente más contento que sus feligreses por encontrarse por primera vez en estas tierras mágicas, donde el aroma de las flores y el aire refresca sus cavidades nasales, abriendo la boca como queriendo tragar el sabor al remontar el Turimiquire. Saluda a las personas que salen al frente de sus casas atónitos, ven a un pastor vestido con sotana blanca en un inmenso caballo que cuenta sus pasos; atrás, muy cerca de él, dos caballeros del caserío vestidos impecablemente, sus risas y emociones son indescriptibles por ir al lado del representante de la cristiandad católica en San Antonio de Capayacuár. No hablan, a lo que pregunta el cura solo responden, sí o no.

A las nueve de la mañana llega el sacerdote a La Ceiba, desde las siete de la mañana se ven las mujeres desfilar con sus hijos y esposos a la casa de Jesús Parra, la alegría contagia a la población de este terruño del Municipio Acosta. La emoción y la satisfacción generan nuevas historias por tan anhelada presencia, por estar cerca del hombre que va a bendecir los sacramentos cristianos, y salvar el alma al infinito de la existencia espiritual.

Santos Carrasquel y Maximino Rondón se sienten privilegiados por la responsabilidad que les han encomendado, perciben lo extraño de su cuerpo al

ser los guías del cura, van tan emocionados que no se sienten en la silla del caballo, esta experiencia no se les borrará nunca de su mente. El sacerdote, con mucha tranquilidad, al llegar cerca de Comotirar, los interroga sobre temas relacionados con el caserío La Ceiba y su fe, la primera observación es si tienen las familias el catecismo, sus rostros enrojecen porque desconocen totalmente la pregunta, sin embargo, Maximino se atreve a responder.

—Aquí está un hombre que sabe muchas oraciones, usted lo va a conocer en La Ceiba, es un hombre bajito blanco, dicen que tiene malamaña.

—Ah, qué bueno que haya personas con mucha espiritualidad

El cura Bálsamo llega en el caballo *Alazano* de Facundo, las personas lo esperan muy regocijados por su presencia, al bajarse lo saludan, le dan la mano y le piden la bendición de Dios; otros, por pena, no se acercan pero están allí alrededor del pastor cristiano, católico, apostólico y romano, es delicioso observar la alegría de los ceberos. En la celebración de la Misa en casa de Jesús Parra, el sacerdote agradece la invitación, por ser la primera vez que visita un lugar tan recóndito de San Antonio, ha llegado con la intención de sembrar el evangelio, los exaltó a revitalizar la fe; y siempre Facundo salido le dice al sacerdote.

—Por ser la primera vez que un cura llega a La Ceiba, le agradecemos en nombre de la comunidad su presencia y su gesto de aceptar la invitación, aquí estamos todos dispuestos a lo que usted diga.

Después de la Santa Misa se realizan más de cincuenta bautizos entre niños, jóvenes y adultos, se registran bodas, entre ellas la de Facundo con Josefita, Jesús Parra y Bertha Delgado, Saturnino Carrasquel y Estefanía Rondón, el acto eclesialístico fue muy bonito, el padre católico bendijo a todos los presentes, aplaudieron festejando el acontecimiento eclesialístico, las madres le recomiendan a sus hijos ese día no poder hacer nada ni decir grosería, porque están bautizados en la Santa Iglesia Católica, preparan comida especial, brindan café, guarapo de caña, se almuerza sopa con verduras frescas y se asa la tradicional carne en vara al son de la música criolla para festejar el momento. A las cuatro de la tarde el sacerdote se despidió conducido por la misma comisión que lo buscó en la mañana en San Antonio. Los ceberos esperan que el sacerdote se aleje lo suficiente para arrancar el baile y festejar con los nuevos miembros de la iglesia católica y a los contrayentes de matrimonios, fiesta que se prolongó hasta el amanecer.

A las seis de la mañana, Facundo en medio del entusiasmo en la fiesta por la visita sacerdotal, pregunta en forma jocosa dónde están mis tres Marías, en alusión a sus hijas; María Patricia, María Magdalena y María Teresa, que están bailando y al público le encanta cuando Luisa Pancracia baila tango con Miguel Parra, al finalizar el baile quedan separados con la cara contraria uno de otro, quienes reciben tremendos aplausos de los presentes, sigue Facundo con su faramallería.

—¡Esas son mis hijas, carajo!

Facundo, después de bailar un joropo zapateado con Estefanía, le dice a Santos Carrasquel.

—Mira, Santos, la mujer más bonita de La Ceiba, aunque esté mal vestida, es Estefanía, elegante y de buen parecer.

Las hijas de Facundo colocaron un letrero en su casa, “Las Tres Preferidas”, en la fiesta, uno de los invitados que había leído la frase, aprovecha de preguntar, a las tres muchachas que están juntas.

—¿Quién es la preferida?

Las muchachas empiezan a reírse y no dan respuesta, los hombres que escuchan señalan a algunas de ellas y así se convierte la conversación en una broma en la celebración bautismal; en ese instante, Facundo, que vive al frente de Jesús Parra, dice.

—Vamos a seguir la fiesta, pero en la Cumbre de Bella Vista. Yo tengo un barril de ron que se lo ofrecí a San Pascual.

La tres Marías, increpan a Miguel Parra:

—¡Dígale a Papá que se deje de *inventadera*!

—¿Pero por qué, si eso fue una promesa que él le ofreció a San Pascual?

— Es que ya son las seis de la mañana y ustedes están inventando.

Jesús Parra se acerca a los presentes.

—No es que yo esté de acuerdo, pero si del santo se trata, ¿por qué no cumplir?

Las tres Marías están esperando en su interior la reafirmación a la fiesta, y tratándose de uno de los personajes más influyentes, aceptan con mucha devoción la idea de su papá. Luis Carrasquel agarra por un brazo a Miguel Parra y conversan aparte del grupo.

—Mira, Miguel, tú debes entender a Facundo, acuérdate que ese hombre sabe malamaña, uno no sabe qué le habrá pedido al santo, de repente es su protector y uno no sabe.

—Tú también con tus vainas, ese hombre lo que está es entusiasmado.

En el caserío de la Cumbre de Bella Vista, la familia Siso tiene la imagen de San Pascual, patrono de la mayoría de las personas de los sectores aledaños. Van a cantarle por los favores concedidos, manifestación que se expresa por los poderes milagrosos del santo, en la solución de problemas aclamados por ciudadanos que piden su intersección por enfermedades, siembras y buenas cosechas; promesa que pagan los 17 de mayo día del santo o cualquier día o mes, generalmente empiezan el viernes y terminan el lunes, dependiendo las personas asistentes a la veneración.

A las ocho de la mañana las personas enfiestadas y trasnochadas de La Ceiba, llegan a expresar peticiones a San Pascual por la salud, siembra de conucos para que las cosechas sean abundantes y de buena calidad. Producto del acontecimiento se unen otros individuos que esperan testimoniar la promesa obtenida por los milagros concedidos, siendo oportuna la visita de los ceiberos y preparan la velada en la Cumbre de Bella Vista donde está la imagen de San Pascual.

La familia que está comprometida con la velada, previamente mandó a hacer reliquias, invitó a varios amigos y cantantes para pagar la promesa en honor al santo patrono, circunstancias que aprovechan las nuevas parejas de matrimonios y bautizos en La Ceiba, para agradecer a Dios y al santo por la bendición de las nupcias por el cura Pedro Bálsamo, donde se unieron y tal vez una de las promesa sería casarse por la Iglesia con la bendición de su boda por un sacerdote católico, y por ende el baile que se está preparando es de respetable reverencia en su honor por las promesas cumplidas.

Se colocan varias sillas al frente del santo para que los participantes le canten y descansen la retreta rítmica y cantoral, el altar está privilegiadamente arreglado con gran vistosidad religiosa. Los nuevos esposos están presentes, entre ellos Facundo y Josefita para elevar plegarias por la intersección de la unión al Santo Patrono en el caserío donde está San Pascual.

Las personas a quienes se les conceden milagros reúnen cierta cantidad de dinero, ya que La comida que brindan es carne de ganado, pavo, cochino, gallina y ron. Los acompañantes a la fiesta no duermen hasta que termine la celebración, unos cantan, otros bailan al son del cuatro, bandolín y maracas, haciendo del acto de creencias religiosas la forma de expresar la fe en la imagen, sentida en su cultura autóctona de sacrificar días de trabajo para desplazarse en compañía de amigo, compadre o familiar en el pago de la promesa concedida, en este caso los ceiberos aprovechan los bautizos y los matrimonios para hacer una sola parranda.

## FAMOSO BANQUETE EN MONTEOSCURO

En La Ceiba, Facundo se despide de su mujer, Josefita, para trasladarse a San Antonio a comprar bastimentos y otros encargos. Sale como es de costumbre montado en el caballo Moro, en una tarde maravillosa. Cerca de las tres, bajo un sol suave, sigue avanzando en su corcel. Cerca del sector La Loma de la Virgen, al jinete le llama la atención la presencia de tres personas en compañía de un joven bien vestido, quienes por sus gestos, le explican al muchacho algunas partes geográficas de la zona. Los saluda con su acostumbrada expresión.

—Buenas tardes, ¿cómo están los tocayos?  
De las tres personas, uno de ellos conoce al jinete.  
—¿Cómo está, señor Facundo? Bájese, pues.

Antes de bajarse, Facundo saca de la faltriquera del caballo un cuarto de ron encachicamado. Moro, dócilmente, se pone a comer yerbas cerca de los presentes.

—¿Qué hacen ustedes por aquí? ¿Llevan el gusto de acompañarme?

Uno de los hombres acepta la bebida, tomándose un trago casi de medio cuarto. El joven con gesto metódico, calculador, pausado y excelente dicción, hace referencia de la investigación para escribir una novela que titulará “La Guaricha”, impresionando a Facundo.

—¿Qué es una guaricha? Yo entiendo que es lo que uno tiene en su casa, los guarichos que son de la mujer.

¡Qué buena vaina, carajo!

El joven se presenta:

—Bueno, mi nombre es Julián Padrón, estudiante de la Universidad Central de Venezuela.

Facundo interviene con su chispa y agilidad.

—¿Tú eres Juliancito, el hijo del tocayo don Julián Padrón, que tiene el trapiche en El Rincón?

—Sí, yo soy Juliancito

—Muchacho, si el tocayo Julián siempre me ha hablado de ti, que estudias en Caracas. ¡Carajo!, tú debes ser inteligente. ¿Qué es eso de la novela? ¿Y tú por aquí? —Insiste Facundo.

—Bueno, una novela es la narración de pasiones y costumbres, es lo que aspiro plasmar después de conversar con estas dos personas, quienes muy amablemente me han acompañado a investigar lo que voy a llamar “La Guaricha”.

—¡Carajo! ¿Otra vez tú con el nombre de guaricha? —increpa Facundo— ¿Por qué tú no le pones otro nombre a eso que vas a hacer?

—Bueno, señor, eso es lo que se me ocurre.

Facundo se despide y grita a su caballo: ¡Moro! ¡Moro!, y el animal acude a su llamado. Este gesto, y la agilidad con que el jinete monta el corcel y sigue viaje alejándose en su esbelto animal, llama poderosamente la atención al joven Julián Padrón. Aprovecha Julián Padrón para interrogar a uno de sus acompañantes.

—¿Ese señor es ágil al montar el caballo?

—Sí, ese es el famoso Facundo. En donde llega, canta, baila y brinca. Muchas personas dicen que tiene malamaña para las cosas. Se monta de espalda en el caballo y hace piruetas con él.

Julián Padrón dice:

—Es interesante ese señor. ¿Dónde vive?

—En La Ceiba, cerquita de aquí —le responde.

Facundo, en su marcha por el cerro de La Loma de la Virgen, va por La Bajada de la Lengua en su prolongada inclinación resbaladiza. En ese instante improvisa un verso en medio de la bajada.

Adiós flores del camino  
exquisitas compañeras  
te habla Facundo Balbás  
en La Bajada de la Lengua



Al finalizar la bajada está el caserío Monteoscuro. Sigue inspirado, cantando en su caballo Moro; saluda efusivamente con su brazo alzado y el sombrero en la mano a los vecinos exaltando su acostumbrado vocabulario, adiós tocayo, hola tocaya, en la medida que va cantando, el joropo “El Diablo Suelto”.

Recógete muchacho  
Por ahí anda el diablo suelto  
Y lleva entre sus cachos  
Al hijo de Ruperto

Al pasar el caserío, empieza a recordar la pequeña conversación en el cerro de La Loma de la Virgen; su mente se embulle en lo más profundo de su imaginación.

*—Juliancito quiere aprender las huellas de los hombres de la montaña, ¡carajo! Quiere con la punta del lápiz hacer sentir la comunidad de La Loma, pero ese muchacho es muy joven, pero estudiado, cómo habla, tiene mucha seguridad, quiere estampar las letras en el papel, ojalá lo haga con pasión y sea retrato del pasado, tiene la mente dotada de estudios y paseando en estos cerros de Monteoscuro, La Loma, La Laguna y pare usted de contar, un estudiado por estos lares, buscando el devenir de la historia, un muchacho aventurándose en hacer sentir nuestra tierra; el tocayo don Julián Padrón me dijo que es inteligente y tiene grandeza en su mente, bueno, eso lo da la universidad o el intelecto, bueno, Facundo, pensar y hablar solo es estar en el universo fantástico de los sueños, ojalá que desarrolle su espíritu de escritor, que le vaya bien y se convierta en un hijo más de estas montañas.*

El poeta de La Ceiba, en la medida que va pensando, está rodeado de espesa vegetación de lado y lado del camino. Es un atardecer lleno de romance en el ecosistema propio del valle de Capayacuar, sitio apropiado para construir escritos que nutran el espíritu del alma, y transitar senderos por los saberes en pueblos y comunidades de Venezuela; es resucitar el interés de generaciones por conocer la grandeza cotidiana de hombres y mujeres que trillan su vida en pequeñas aldeas de fecunda prosperidad de virtud y fortaleza campesina.

Días después, Facundo está sentado en el corredor de su casa; habla entusiastamente con sus hijas María Magdalena, Cleotilde, Luisa Pancracia y su esposa Josefita. En ese momento escuchan algo, los oídos se activan para apreciar el ruido.

—¿Papá, por ahí como que viene alguien? Escuchen las pisadas de la bestia —dice Luisa Pancracia.

—Sí, carajo, como que viene alguien —observa Facundo. Mientras que Josefita va al frente y señala:

—Facundo, ahí viene un muchacho, parece del pueblo.

Facundo se para frente a su casa y ve al joven que le parece conocido.

—¡Carajo, tú por aquí, Juliancito! Bájate, chico, ven para darte un abrazo —le dice a su hija— : Cleotilde, amárrale el caballo. Mijito, pasa al corredor y siéntate. Estas son mis hijas y mi mujer; háganle café a Juliancito.

Facundo le presenta al joven Julián a su mujer Josefita y a sus hijas, luego se sientan cómodamente a conversar. Allí el joven Julián le hace un comentario de la impresión causada, cuando se montó en el caballo en el cerro La Loma de la Virgen y las referencias hechas por las personas que andaban con él, causando risa en Facundo, y entre otras cosas le dice:

—Mire, señor Facundo, mi presencia es para que usted me enseñe la hacienda La Tigra, para escribir lo que le mencioné: “La Guaricha”.

—Carajo, ¿ya tú vienes otra vez con la vaina de la guaricha?

—Mire, señor Facundo, eso es una novela que voy a hacer. Es una obra de la vida de los hombres del campo. Es algo importante para el saber de la literatura venezolana, y además me estoy preparando para dejarle un legado a las nuevas generaciones.

—Bueno, esa hacienda es la del tocayo Víctor Manuel Gómez y su esposa Aminta Chinchilla. Yo te voy a llevar, pero por la mañana, es más o menos lejos de aquí. Te quedas durmiendo, no te va faltar nada. Ya es medio día, si nos vamos hoy venimos de noche, y no es justo que el hijo de mi tocayo don Julián Padrón ande de noche por ahí.

—Señor Facundo, si no hay problemas yo me quedo en su casa

—Claro que no hay problema, para mi familia es un gusto que tú me visites. Ya le voy a quitar la silla al caballo y a darle agua.

Los dos personajes conversan anímicamente haciendo referencia a sus edades, Facundo de 1895 y el joven Julián Padrón de 1910. Así que se llevan quince años de diferencia. Julián Padrón le relata de un jardín de claveles de diferentes colores que vio en el caserío; Facundo le dice que es de su suegra

Teodora. Facundo le cuenta de las parásitas multicolores en las montañas, incluso hay parásitas negras y así sucesivamente mantienen la conversación; luego almuerzan juntos un exquisito sancocho de gallina criolla preparado por Carmen Nicolasa, hija de Facundo.

Después del almuerzo, Facundo le guinda una hamaca al joven Julián debajo de unos árboles en el fondo de su casa. Duerme hasta las tres de la tarde. De allí salen a la casa de zinc de Jesús Parra y luego visitan a la señora Teodora, esposa de Juan Manuel, siendo recibidos por los hijos e hijas: Cruz, Teodorita y Luz. Se sientan a conversar Facundo, Juan Manuel, Santos Carrasquel, Miguel Parra, Cleotilde y María Magdalena, formando una rueda alrededor de Julián Padrón. Allí los agarra la noche entre cuentos, fantasmas, chistes y pare usted de contar.

Bien por la mañana desayunan Facundo y Julián Padrón. Ensillan sus caballos y salen hacia la hacienda La Tigra. De La Ceiba pasan por Mata Redonda, por donde está una frondosa mata de mango; es impresionante la cantidad del succulento fruto y hojas de este árbol a orillas del camino hacia la hacienda La Tigra. Siguen adelante montaña adentro y pasan por Pozo Santo, donde hay varias personas agarrando agua sulfurosa para usarla como medicina.

Facundo le comenta a Julián Padrón que su compadre Maximino le hizo referencia de José Mayo el de La Loma de la Virgen, por ser un hombre trabajador que se fue rodando con un saco de yuca y no le pasó nada. En esa circunstancia le dijo un verso.

José Mayo se rodó  
con un gran saco de yuca  
se hizo varios raspones  
y de casualidad se desnucó.

Julián larga la risa, por conocer muy bien a José Mayo, hombre de montaña adentro. Antes de llegar a la hacienda La Tigra, los dos poetas se sientan en la orilla de una quebrada. Pasan ratos, toman agua fresca y sus

caballos de igual forma. Facundo le explica el sitio del cerro El Papelón, La Laguna de la Loma de la Virgen y otros sitios de interés en las exuberantes montañas del macizo del Turimiquire. Julián mira con mucha atención el ambiente de la montaña y los trabajadores con el zonzún de los machetes en las haciendas de café, arropadas en las inmensas serranías del Turimiquire.

En la hacienda La Tigra, son recibidos por su dueño, al mediodía almuerzan sopa de gallina criolla, conocen a los trabajadores, charlan, toman café calentico sacado del fogón, Víctor Manuel le da importancia a la visita por tratarse del hijo de don Julián Padrón, dueño del trapiche y el alambique del caserío El Rincón de San Antonio, adonde acude la mayoría de los hacendados a comprar ron por garrafa o en barril para los trabajadores de sus propiedades, los cuales piden sus garrafas a cuenta del trabajo realizados en las haciendas de café.

Después de la visita, Facundo regresa con Julián y al llegar al camino principal cerca de la hacienda se despiden amablemente con el acostumbrado estrechón de manos, montados en sus respectivos caballos. Julián Padrón sigue aproximadamente a las cuatro de la tarde a San Antonio, contentísimo del recorrido, y Facundo para La Ceiba, satisfecho con el deber cumplido de ser guía de un estudioso de las costumbres del pueblo de Capayacuar.

Hombre conocido por sus habilidades y reputación en su comunidad, es comentario obligado su condición para enfrentar al enemigo y otras facultades que esgrimen del talentoso poeta que posee malamaña, y de fácil talento comunicacional en su terruño del Turimiquire.

Está floreciendo el siglo XX. El pueblo de San Antonio de Capayacuar, por su cercanía a Cumaná, es asiento de familias comerciantes y de otras procedencias, árabe, norteamericana y española. Se observa la construcción de casas de arquitectura colonial con sus techos de tejas, inmensos ventanales, zaguán y amplio corredor, que va pasando a la vista de sus habitantes en un ambiente de prosperidad económica y social. Se ve pasar por su principal calle arreos de burros y el acostumbrado sonido tin, tan, tin, tan de campanas colgadas al cuello del más veterano y dócil, seguido de los demás animales de los caseríos montaña arriba, hacia al principal centro de abastecimiento de Oriente.

Llevan en su carga los famosos papelones amarrados cuidadosamente en canastos; igualmente cazabe, verduras como ocumo, ñame, mapuey, batata, café tostado, molido y en grano para vender por quintal a 18 bolívares. Los huevos criollos, acomodados en forma de collar en hoja de cachipo; todos en sus respectivas maras, siempre en par. Las personas del pueblo salen para alegrar sus vistas de aquella panorámica procesión de animales cargados de frutas y al escuchar el armónico sonido de las campanas; los niños son los más interesados en observar los cuadrúpedos en pasos de marcha en un mismo movimiento.

Este es el pueblo del valle de Capayacuar, por donde transitan muchas personas ansiosas por conocer Cumaná. Pueblo fundado por los españoles en 1713, se convirtió en el primero que visitaron los europeos en lo que se llamó Las Espaldas de Cumaná. Su auge económico y social permitió el asiento de familias inmigrantes, entre ellas la de *La Turca* Elena Abdelnour de Monaza, descendiente árabe, comerciante con mucho dinero, propietaria de una hacienda de café en Monteoscuro.

En este año de 1930, la acaudalada dama organiza una fiesta en su hacienda. Invita a la crema y nata de la sociedad sanantoñera: María Luisa Salazar, dueña de la botica del pueblo; las hijas del viejo Celestino Bello, comerciante y hacendado; la joven Lolita, Graciela de Madrid, Luisa Delpetri Guzmán; al empresario norteamericano William Phelps y su esposa Alicia Tucker, presentes con su hijo William Henry Phelps, de 32 años de edad, nacido en San Antonio, y su novia Katy, de origen australiano; todos ellos pertenecientes a la clase social alta.

Petra Balbás vive en Monteoscuro. Hermana de Facundo, los dos son poetas, compositores de corridos y versos musicales, ambos improvisan poemas o canciones que se intercambian para reflexionar lo escrito. Cerca de la casa de Petra se encuentra la hacienda de Café de *La Turca* Elena, en cuyas propiedades está una confortable casa a las exigencias sociales de la comerciante árabe, productora de café para la venta nacional e internacional.

El señor Ramón, tenedor del libro de la hacienda de *La Turca* Elena, le lleva la encomienda verbal a la vecina Petra.

—Mire, señora Petra, mi hermana va a tener una fiesta en la hacienda, para que usted vaya, y pase un rato con nosotros.

—Dígale a la comadre Elena que le agradezco la invitación. Ahí estaré.

La vecina Petra, extrovertida les comunica a varias personas la gentileza de su comadre, los vecinos se niegan a creer tal invitación, sin embargo, Petra se siente halagada y orgullosa por el gesto de una de las mujeres más ricas y poderosas de San Antonio.

Petra es una mujer dinámica, es costumbre que al invitarla a eventos sociales se arregle lo mejor posible para estar a la par del glamur de las damas adineradas de Capayacuar; arisca, faramallera y espontánea, es propietaria de un pequeño fundo de café, pero aparenta a la par de las mujeres ricas del pueblo.

Se hacen presentes las familias adineradas de San Antonio de Capayacuar, hay gran expectativa por el acto social, días antes del evento los trabajadores, por órdenes del encargado de la hacienda Ramón Abdelnour, hace los preparativos de limpieza y va a Mundo Nuevo a buscar dos reses para sacrificarlas, para atender a los invitados del banquete. Los comentarios son generalizados en el pueblo y caseríos aledaños, algunas de las señoritas van a Maturín a peinarse, otras a Cumaná a comprar vestidos o telas de la mejor calidad para estar impecable en tan importante acto.

*La Turca* tiene por costumbre asistir a la hacienda cada quince días, pero en esos días llega en su caballo hasta dos veces en la semana, coordinando los preparativos del evento social.

Entre los invitados se encuentran Antonio Cura, hombre popular del pueblo de San Antonio por su actividad de vendedor de carne de vacuno y porcino. Los hermanos Abdelnour que viven en Caracas están presentes, Jorge, Ricarda, Ramona, Lourdes, y María; son recibidos por sus hermanos Pablo, Ramón, Graciela y *La Turca Elena* en San Antonio. Luego se trasladan a la hacienda a compartir la fiesta, se muestran sumamente contentos por estar en sus propiedades y complacer a su hermana Elena, quien tiene muchos meses preparando la fiesta en Monteoscuro.

Otros de los invitados especiales son: don Julián Padrón, su esposa Aguasanta y su hijo el escritor Julián Padrón, recibido gustosamente porque se estaba dando a conocer con la publicación de su novela "La Guaricha". Las muchachas en plena fiesta se mueren por bailar con el joven escritor, quien llegó desde Caracas para estar en tan importante recepción social, comparte

gustosamente con Facundo y entre ambos improvisan algunos versos para el deleite de los asistentes, son prácticamente los destacados de la fiesta, cantan, bailan y comen hasta saciarse.

El escritor Julián Padrón le comenta alegremente a Facundo sobre el libro “La Guaricha”, y la duda que tuvo el poeta de La Ceiba con respecto al título. Éste bromeó y le dice ¿qué es eso de la Guaricha? Oportunidad utilizada por Julián para explicar el interés en el desarrollo de la obra en esas montañas. Facundo le dice jocosamente.

—Bueno, chico, la Guaricha te funcionó, déjame leerla.

—Señor Facundo, gracias a usted y a otras personas que hicieron posible esta obra, inspirada en estas montañas de San Antonio, mi pueblo querido.

—Bueno, para hacer un libro hay que ser inteligente y de buena cabeza —argumenta Facundo—, como te dije, mi compadre don Julián siempre me hablaba de ti, que estás en Caracas echándole pichón.

En plena fiesta los invitados bailan al son del conjunto musical cuatro, bandolín y maracas, los pegajosos joropos, malagueñas e improvisaciones de versos que alegran el ambiente de Monteoscuro, las mujeres de los trabajadores de la hacienda se encargan de atender a las personas en la recepción, los hombres asan la carne en vara preparada al gusto de los comensales. Se ven los mejores caballos y mulas transportando a las damas de San Antonio con sus atuendos de vestidos largos y sombreros de diferentes colores, abrigos, prendas de oro, y algunas llevan guantes de seda deslumbrando a los presentes. A los invitados los sientan en un largo pasillo arreglado con mesones e impecables manteles blancos.

Facundo toca el bandolín y a veces las maracas, improvisa versos junto al escritor Julián Padrón, cantan malagueñas y joropos, los invitados están muy contentos y aplauden con gusto sus intervenciones, es una fiesta a todo dar. Doña Elena está complacida por los asistentes, saluda a los invitados mesa por mesa, acompañada de su esposo don Pedro José Monaza. Así se desenvuelve la fiesta más popular de Monteoscuro. Sorpresa de Petra Balbás y Antonio Cura que su comadre *La Turca* Elena los puso a comer en la cocina, de este acontecimiento surge el siguiente corrido compuesto por la hermana de Facundo, Petra Balbás de Gómez.

## EL FAMOSO BANQUETE

Nos hizo una invitación  
doña Elena de Monaza  
que fuéramos a su casa  
a un famoso convite,  
esto, aunque lo critiquen  
estuvo muy asistido.  
hubo varios sonidos  
como si tocaran flauta  
estas fueron las muchachas  
que ya estaban advertidas  
que al llegar la despedida,  
tiraron sus cañonazos,  
Sin saber el gran fracaso  
que le podía ocasionar.  
María Luisa Salazar,  
Luisa Rosario y Lolita  
fueron de la conquista  
para formar la retreta  
no despegaron la puerta  
porque estaba bien segura  
y hasta el pobre Antonio Cura,  
lo dejaron medio loco  
no creyéndolo tampoco  
digno de categoría  
jugaron con la comida y  
los cambures maduros.  
esto pasó en Monteoscuro  
en el año 34  
y estoy dando este relato  
porque estoy muy resentida  
yo no creí que esta amiga,  
de mí se fuera a burlar  
como yo no tengo real,  
no me cree digna de atención  
pero dentro de mi corazón,  
encierro mucha nobleza  
y talento en mi cabeza



para vengar el desprecio.  
se les hace al bruto y al necio  
que no saben entender  
que se lo hacen para el mal,  
y ellos lo toman a bien,  
y debe de comprender  
que el mundo es una bola  
y que el árbol se deshoja  
como el viento lisonjero  
también se acaba el dinero  
aunque haya por millón  
y también se cae un balcón  
de buena mampostería  
se acaba la mejor cría,  
porque nada es duradero  
no le hablo porque quiero,  
todo ya está explicado  
y ha de ser terminado y  
reducido a la nada,  
y por esta circunstancia  
la historia ha terminado.

En La Quebrada Grande, están Las tres Marías, Luis y Santos Carrasquel, Facundo, Domingo y Rafael Rondón, el ambiente es alegre, las maracas y el bandolín suenan al ritmo de las risas, tragos y un fogón con el plo, plo de la sopa que hierve al gusto del humo de la leña que se consume por el fuego en este frío cauce. Sentados en piedras y horcón Facundo canta *El famoso banquete* en medio de la música y el compartir entre camaradas y hermanos. Luis Carrasquel expresa:

—Tocayo Facundo, ahora sí puede pasar una semana bebiendo ron de casa en casa y caserío en caserío.

—¡Carajo!, tantos días así no.

—Bueno, pero usted sabe cosas, que nadie lo hace.

Intervienen Santos Carrasquel y Luisa Pancracia.

—Ese corrido si es pa' bueno, cómo se da vida el compai Domingo, que pa' un corrido y joropo no hay nadie quien se lo gane.

—Caramba, Santos, tú no te quedas atrás, porque con las maracas y el gran banquete te das vida.

El zunzún musical intrínseco de las comunidades aledañas al pueblo de San Antonio es principalmente los corridos, porque es donde se capta la expresión del arte de la comunicación de cosas sencillas y cotidianas dentro del colectivo, la gente siente la euforia de su alma cantando con mucha propiedad los desquites, alegrías o simplemente emoción por la cotidianidad vivencial. El poeta y cantante que más difunde *El famoso banquete* es Facundo, por sus facultades de improvisador y parrandero; en El Arbolito se ganó un cochino con el corrido por lo bien que lo interpreta, causando sensación al público. Esta composición es referencia para otras personas que lo cantan en caseríos de la comarca del Turimiquire. Se hizo tan popular que Facundo al llegar a una fiesta, siempre le piden entonar *El famoso banquete*.

Las expresiones de acontecimientos sucedidos de vivencias familiares o vecinales, van a la par de personas que componen a la altura de sus sentimientos, y luego de caserío en caserío cantan el sentir del mundo de sus realidades, hechos en sus propias tierras y consumidos en los saberes de los pueblos que en muchos casos se hacen infinitos en el saber popular, llevados en forma oral de generación en generación, por ser elementos descritos que forman parte del acontecer como manifestación que se transmite, y reafirman costumbres populares, arraigadas en los más hondos del sentimiento del pueblo venezolano.

Mundo Nuevo es un caserío cerca de La Ceiba famoso por tener mujeres bellas, muchos son los hombres que se mueren por estar pisando las extrañas tierras donde las flores relucen por su belleza y exuberante frescura. Se realizan parrandas de hasta una semana en la casa de Sixto Bello, los músicos pasan horas tocando cuatro y maracas, poniendo en alto relieve sus facultades de compositores natos, a veces hay competencia entre Facundo y Sixto en métricas musicales, corridos y joropos; los vecinos cuando escuchan el son de la música, van a ver a las dos estrellas del canto en Mundo Nuevo.

La particular topografía de Mundo Nuevo es excepcional por cuanto tiene un pequeño cerro en cuya cima resplandecen los luceros que casi los tocan con

las manos. Se reúnen los vecinos parranderos y forman tremenda fiesta con tambor, cuatro, maracas y bandolín, la inspiración se las brinda el lugar por estar por encima de las lomas del sector, donde la altura presenta una excelente panorámica para observar el mundo oculto de pueblos que se hacen notar de noche, por pequeñas luces de lámparas de kerosén o carburo, disfrutándose la hermosa vida del allá, a lo lejos casi del infinito.

En este populoso sector de mujeres bellas, Sixto Bello compuso el siguiente corrido, dedicado a su pueblo natal.

### **MUNDO NUEVO**

Movieron los tres estados,  
para acabar con Mundo Nuevo  
por un denuncia que dieron,  
vamos a vivir con cuidado  
a todos les han preguntado,  
lo que pasó en El Bucare  
me dicen que no saben,  
ni me dan explicación,  
los que brincaron zanjón,  
buscando la escapatoria,  
dicen me llegó el demonio,  
los otros que se quedaron  
esperando resultado  
de los muertos que iban a ver,  
el que no pudo correr  
le dio susto de canilla  
esto causó maravilla  
la llegada del muchacho  
que esa gente no hace caso  
pa dentro ese pelotón,  
se valen de la ocasión  
que todos están desalmados,  
Y me dicen que han sacado  
cuchillo de las bodegas,  
si alguno un planazo lleva  
yo no lo puedo decir,  
porque esto es para corregir  
a tanta gente altanera

los que deseaban guerra  
¿Dónde están?  
¿Qué se hizo esa gente?  
¿Qué dijeron?  
*Que pensaban devolver,  
para venir a componer  
al pueblo de Mundo Nuevo.*

En tiempos de parrandas los músicos acuden a las fiestas, entre ellos Domingo Rondón y Edmundo Arasme, a quienes les hacen invitaciones especiales, conjuntamente con Petra Balbás para que acompañen a Facundo y a otros compositores a cantar y tocar en las parrandas de las comunidades de Culantrillar, el Cerro de los Caballos, Monteoscuro, las Cumbres de Buenos Aires y especialmente en Mundo Nuevo. A continuación el corrido:

### SEGUNDO CUPIDO

Soy un segundo Cupido,  
empezando a enamorar,  
hoy me es difícil contar las mujeres,  
que he tenido en los Estado Unidos  
tuve doscientas queridas,  
todas las dejé paridas  
y sin vivir con ninguna  
hoy creyendo hacer fortuna  
tiré rumbo a la China  
y las mujeres de esa tierra  
son blancas y muy hermosas  
de sus labios color de rosa  
y negras sus cabelleras  
allí me volví una fiera  
y me tuve que ausentar  
porque me querían casar  
con la hija mayor del rey  
pero no quiso la ley  
que me casara con ella,  
la pobre estaba doncella y  
se llamaba Estefanía  
pero la pobre tenía

dos Morochos en su vientre  
tuve 220 solamente en nueve días.  
oportunidad de un bergantín alemán  
vi la tarambana y  
la belleza de Berlín,  
mi padre tenía un sin fin  
de vapores y fragancias  
que un día por la mañana,  
me rajaron la cabeza.  
sería por mi torpeza  
no me podrían aguantar  
saliendo al hospital  
me mejoré y en un vapor francés,  
yo tiré rumbo a la China  
allí fue donde hice ruina  
porque las hallé a montón  
le di vuelta a la nación  
y a la América entera  
tan solo una pobre negra  
que ella mucho me quería  
ella mataba los pollos  
y yo alegre me los comía

Los corridos se entrelazan de caseríos en caseríos, de personas a personas como las memorias guardadas es el mejor y lujoso baúl de recuerdos de generación en generación, donde nace la inspiración espontánea de narraciones vernáculas con fuerza lírica, belleza y espontaneidad. En estas serranías se ven los rostros alegres y rozagantes de hombres y mujeres que destilan por sus gargantas las múltiples composiciones de coplas y décimas que encantan a oyentes y seducen a las comunidades que lo ven nacer y crecer en el laberinto recóndito de su estrato familiar. En los bailes y parrandas no faltan los corridos que nacen de la imaginación del buen oyente al escuchar con paciencia cada palabra que gotea de sus similares partes en pláticas ocasionales, convirtiéndose en la identidad propia de los recónditos lugares montaña adentro, donde afloran composiciones que relatan costumbre, tragedia, versos, coplas y sátira de personas cuando creen ser exaltados, engañados o despreciados.

La cultura autóctona se va tejiendo en lo local y regional, convirtiéndose en una extensa luz como parte del gentilicio que se alojan en los pueblos de

montañas y llanos venezolanos; cada espacio caracteriza sus interpretaciones de los problemas, costumbres y hábitos que recogen el zumo de los trascendentes relatos, comentados y entonados vocalmente con intensa simpatía en los principales bailes y encuentros públicos.

Las fiestas de gala en La Ceiba son ocasiones especiales, porque en cada pensamiento se cultiva la imaginación de lucir elegante y espontáneamente, dando brillo a cada punzada de la aguja con hilo al diseñar lo bello y despampanante que deben lucir. Allí los invitados se preparan física y espiritualmente por meses, porque en sus costumbres influyen factores de largas conversas y reflexiones del por qué su compadre o amigo lo invitó – estaré listo para asistir – interrogantes entre ellos, porque cada invitación expresa honor y satisfacción para cumplir con sus mejores vestimentas ya que, tienen que viajar día y noche por varios días hacia Cumaná, la capital del Oriente a comprar las telas y mandar a hacer sus trajes de damas o caballeros.

El anfitrión conversa con su mujer la necesidad de sacrificar y vender varios toros, para estar a la altura de su compromiso social, piensa en el contenido y forma de las comidas, capacidad de la casa y recursos económicos para recibir a los asistentes; manda a lijar los mesones de capacidad para catorce personas sentadas, comprar la mejor tela para que los manteles deslumbren con hermosas decoraciones de arte y belleza como lo exige el protocolo; derroche de buen gusto y creatividad manifestada en las personas exigentes, salen a relucir los utensilios de cocina que tienen guardados por años en las vitrinas para estas ocasiones. Las comidas van acompañadas por bebidas dulces con toques de ron para los comensales y su respectiva carne asada. Las celebraciones se prolongan hasta el otro día y para recuperar el sueño y la embriaguez mejor no hay como una sopa de verduras con huesos.

Las fiestas de gala las hacen en las casas de los tres principales líderes de La Ceiba, Jesús Parra, Juan Manuel Rondón y Facundo; las hijas de estas tres familias no van a otra que no sean la de estos hogares, salvo las fiestas tradicionales del 3 de Mayo dedicadas a la Cruz de Comotirar, la de San Pascual el 17 del mismo mes, y el 31 de diciembre para recibir el año nuevo, muchos son los vecinos que se acercan a esas tres casas, principalmente la de Jesús Parra, conocida como la casa de zinc.

Los vestidos para las fiestas de gala en las damas son largos como los riachuelos del caserío, en el caso de las señoras casadas le llegan por los tobillos

y el de las muchachas a las canillas o un poquito más cortos, por lo menos no es casual dar un vistazo al color de las delicadas pieles, porque todas las mujeres utilizan medias, tanto por la intimidad o por la protección de las picadas de los puripure, las mangas de los vestidos son largas y la de las muchachas cortas, todas mandan hacer sus trajes con la costurera del sector y algunos trajes los tienen guardados para las ocasiones festivas especiales.

En la confección de un vestido utilizan alrededor de cuatro a cinco metros de tela, les colocan faralao desde la cintura hasta abajo y desde el hombro hasta la muñeca, en perfecta confección de las máquinas pequeñas para coser pero muy funcionales para la costurera del caserío.

Estar invitado o invitada por los tres personajes de condición económica alta, es preocupación para la familia que empiezan a enredar sus ideas e indagar formas de cómo salir del laberinto de la palabra confirmada por el anfitrión. Las mujeres de cierta edad de ipso facto rebuscan en sus dendritas mentales sus collares con accesorios redondos muy parecidos a las perlas compradas en San Antonio, conocidas como lágrimas de San Pedro, en el caso de las jóvenes no los utilizan porque dicen que son para viejas.

La preocupación se hace más insistente cuando la invitación a la fiesta de gala proviene de la casa de zinc de Jesús Parra, los temblores y la ansiedad es constante por ser un acontecimiento importante del sector, a su efecto el anuncio lo hacen con seis meses de anticipación, tiempo suficiente para que los padres de las muchachas manden a comprar telas a Cumaná, revisada y aprobadas por ellas mismas del prolongado viaje a la ciudad, con el propósito que sus trajes reluzcan con grandes estampados de flores; por otro lado los anfitriones se preparan en la organización y gastos, tratan de tener cuidado en el mínimo detalle para que los invitados salgan agradados del festín.

Jesús Parra y Bertha Delgado son los anfitriones del cumpleaños de su hija Olimpia, quien llega a las quince primaveras, y es el último retoño del hacendado más poderoso de La Ceiba. Cuando Facundo recibe la invitación verbal, su esposa Josefita le dice.

—Facundo, ni María Nicolasa ni María Magdalena tienen vestidos nuevos para ir a la fiesta del compadre Jesús Parra.

—Bueno, el próximo mes voy para Cumaná a comprar dos rollos de telas, para que mamita le haga unos vestidos y aprovecho de comprar un flux para mí.

—De todas manera yo te recuerdo, a ellas lo que les gusta es color fucsia y verde estampado, vas a tener que vender unas reses.

—Precisamente, mañana tengo que ir a Mundo Nuevo para ver cuáles novillas voy a vender.

El día de la fiesta le dan la bienvenida a los invitados y las personas de servicios domésticos se encargan del banquete; los primeros que llegan son los músicos, los vecinos se asoman frente a sus casas a verlos pasar con sus cuatros, maracas y bandolín terciados en los burros o caballos, entre ellos: Santos Carrasquel, toca tres instrumentos musicales a su vez, en el cuatro coloca la sinfonía para accionarla con la boca, mientras ejecuta el cuatro y las maracas se las coloca en los pies, es todo un espectáculo verlo actuar. Rito Lanza, invitado especial de Culantrillar, toca el bandolín conjuntamente con Facundo; Maximino y Visitación las maracas y cuando están de descanso activan la Victrola para mantener la música.

Se ve desfilan a los invitados, en el caso de los hombres se colocan una flor de botón de oro en el bolsillo de la camisa o en el flux, para distinguirse y estar representados en la fiesta de gala, las mujeres se ponen una flor de cualquier especie en la cabeza, principalmente de cayena roja o amarilla, las bisuterías no faltan, los apliques, calzados bajos sin tacones y sus vestidos largos muy apropiados para el momento, se esmeran en elegir el modelo y color adecuado para lucir elegantes, femeninas y con glamur; las chicas altas llevan ventajitas de esplendor, en esos camisones muy pesados y pocos caídos al cuerpo. A las ocho de la noche arranca la parranda, el primero a salir a bailar siempre de faramallero es Facundo.

—¿Bailamos, señorita? —Invita Facundo

—Sí.

Al son de la música de cuatro, maracas y bandolín, los invitados llevan flux de diferentes colores con su flor de botón de oro en el bolsillo pequeño y en sus mano derecha un pañuelo blanco para no ensuciar el vestido a las parejas, en el caso de Facundo el traje es blanco, sombrero de terciopelo y un pantalón kaki que hace la combinación perfecta; la joven Carmen Enrique el vestido largo floreado con rosas rojas y amarillas, collares, pulseras y aretes que luce



despampanante y bellísima al bailar con el poeta de La Ceiba, la joven también usa un pañuelo, al igual que las demás damas en la mano derecha.

El piso es de tierra, está una persona con diez taparas de agua para rociar constantemente y no levantar polvo en los zapateados joropos. La fiesta se inicia al ritmo del bandolín, cuatro y maracas.

La fiesta es para amanecer, entre los invitados está Ramón y Manuel Urbaneja, y Cecilio Flores de Cumbre de El Hueso; Santos Enrique, Facundo, Maximino, y Rafael de La Ceiba; entre las mujeres, Petra, Carmen Enrique, Cleotilde, Carmen Luisa, y Petra Balbás, Micaela Villanueva, Olimpia Parra. Bailan pasodobles, pasillo, fostón y estribillo. Facundo está muy movido y sobresale porque baila con todas las mujeres, olvidándose de ayudar a Rito Lanza con el Bandolín.

## EL TIGRE PALENQUE

Comparten frente a sus casas, el atardecer se hace tenebroso por los cuentos y leyendas mágicas que conversan los vecinos y que van de generación en generación, incrustándose en las dendritas del cerebro y estimular las razones o credibilidad de los fenómenos fantasmagóricos en sus memorias, principalmente cuando la luz se tenue de color negruzco que solo los rayos de los luceros se ven a lo lejos en el firmamento, momento oportuno y preciso para salir a cazar antes de que el principal satélite proyecte la claridad, porque los animales se quedan en sus recónditos antros.

Los adultos hablan y los niños observan con sus manos en la quijada y mirada fija al verbo de las personas haciendo elocuente su eco de credibilidad, por tal y cual circunstancia. Los actos aterradores van y vienen cargados en las rendijas de sus mentes, afloran conclusiones de personajes fantásticos e increíbles, arrojando el concepto humano más allá de la cotidianidad social de un personaje que sabe el Credo al Dios Padre al revés. Esta persona vive en el caserío El Arbolito, sale a cazar en su rutina cotidiana, al amanecer la mujer en medio de la oscuridad enciende la lámpara de querosén y observa.

—¿Juan, por qué tienes la boca sucia?

—Es solo la mancha de los animales que maté, mañana tenemos comida suficiente, no podemos quejarnos.

—Sí, pero es curioso, ese color en tus labios.

—Tú no debes encender más la lámpara porque te hace alucinar.

Juan Grande, como es costumbre, sale con su mochila, en ella lleva una cuarta de tabaco, se asoma a la puerta de su casa y observa solo los luceros y un esplendoroso ambiente oscuro, ¿síntoma de qué? el foco gigante no va a salir, se interna montaña adentro, tras sus pasos una emblemática escultura de mujer que va marcando sus pasos, lentos pero seguro, tiene la curiosidad de ver como caza sin escopeta, la duda se aposenta en su estructura humana y observa a poca distancia cuando saca la cuarta de tabaco y le pega un mordisco con fuerza, pronto la intensidad de la tormenta en su mente confisca un ambiente torcido de una figura extraña, su celadora no pudo dominar sus nervios y grita exasperada, corrió tras de ella y la mató, pega un rugido y se sienta muy acongojado.

Juan Grande sigue con mayor frecuencia saliendo de cacería, cabizbajo, con su tradicional mochila, en las noches claras se queda en su casa, agachado frente al fogón, calentando su cuerpo en medio del frío de intensas ventoleras, que hace que el humo se disipe, produciéndose un silencio sepulcral, solo los silbidos del aire al chocar en las hojas de los árboles. La mente pensativa se perpetúa en espera del escondite de la esfera radiante para salir con su cuarta de tabaco.

Los vecinos de La Ceiba comentan las pérdidas casi a diario de gallinas, cochinos y otros animales domésticos, las personas se atemorizan, se acuestan temprano en lo *soberado* para protegerse del fiero animal. Las madres recomiendan a sus hijos rezar antes de acostarse, y por si acaso, un ofrecimiento especial a la Cruz de Comotirar. Los comentarios se incrementan en la población con respecto a que los animales desaparecen y no encuentran la forma de cómo evitar esta acción fantasmagórica. Carmen y su esposo Rucho, sentados en el patio de su casa, sienten un ruido fuerte y entran rápidamente.

—Mira, Rucho, el que puede acabar con estas amenazas es el compadre Facundo.

—Claro que sí, Carmen, Facundo sabe cosas...

—Las cosas están ocurriendo cuando las nubes se tornan negras, de todas maneras, Rucho, cuando se haga más de noche saldrá.

—No creo, Carmen, lo que tenemos que hacer es acostarnos temprano, de madrugada no hay problema

—Que problema puede haber, si la luna a esa hora está pegando de la tierra.

—Vamos a hablar un ratito más y después nos acostamos.

El señor Santos y Luis Parejo, cuando regresan del conuco, se informan de la desaparición de un animal doméstico del corral de Facundo, llegan a la casa de Rucho en Comotirar y le comentan la alarma de la comunidad, entre ellos hablan del acontecimiento, la mirada atónita de Carmen, quien no aguanta el nudo en la garganta.

—Esto lo tiene que acabar Facundo, porque la señora Salmerón lo que sabe son otros tipos de oraciones.

—Bueno, también podemos ir al pueblo de Capayacuar —sostiene Luis Parejo— a buscar agua bendita con el padre y vemos cómo nos va.

—Caray, Luis, el padre tendrá que bendecir varios barriles de agua —argumenta Santos—. Yo que me la paso tocando siempre de noche y cuando regreso a casa no me sucede nada.

—Santos, tú pareces un muchachito, a esa hora la luna está pegando de la tierra, las nubes negras son las que dan miedo.

— Santos está acostumbrado, porque cuando va a cazar, la nube tiene que estar totalmente negruzca —le explica Luis a Carmen.

La noticia se extiende en toda la comunidad, le han robado un animal del corral a Facundo. Éste le armó una trampa con la cochina más bonita y corpulenta del chiquero, lo espera por varias noches, lleva su facundera preparada con ajo, agua bendita y cebo.

En medio de la oscuridad se presenta la figura espectral a comerse el animal, en ese instante sale una luz incandescente de la filosa arma, el animal ruge queriéndoselo comer, provocando ruido estrepitoso entre los árboles, se para en dos patas en posición de ataque, Facundo le pega con la facundera de malamaña, manteniéndose ileso a los aruños, mientras los rugidos son espantosos y los ojos empiezan a brotarse de color rojo brillante, los colmillos van saliendo como sables en la gigantesca boca del animal, quien se abalanza sobre la humanidad del poeta de la Ceiba éste la esquivo, y le hace una incisión cerca de la boca y quemaduras fulminantes por las chispas que salen de la facundera de malamaña.

La pelea se mantiene en medio de la tormenta estruendosa y fuerte lluvia, la disputa del hombre animal con el de carne y hueso es pareja, pero cuando Facundo alza la armadura preparada, sus reflejos impactan como rayos uno tras otro en el animal de garras afiladas, en ese instante le salen dos alas inmensas y se eleva a cierta altura, atacándolo a toda fuerza con su rugir característico, éste se defiende usando su escudo impregnado de agua bendita y ajo, el ruido del animal se hace más lento pero seguía la pelea en medio de la luz incandescente, finalmente un rayo de fuego sale de la facundera de malamaña e impacta sobre la figura espectral, escuchándose un rugir apagado y se desmaya para convertirse en persona.

Al otro día se generalizaron los comentarios de emoción e intenso sentimiento de satisfacción por la percepción de que el peligro había pasado, se

va a dormir tranquilo y sin temor, la comunidad se reúne, deliberan y sacan conclusiones, muchos quieren ir a la hacienda de Facundo en la cumbre del Turimiquire, otros recomiendan no es apropiado por el cansancio del contrincante, la agitación se siente en los habitantes del caserío porque se apaciguó el miedo y la amenaza, Juan Grande se fue del campo y nadie supo para donde.

Juan Manuel y Jesús Parra envían una comisión de hombres para ir a El Arbolito donde vive Juan Grande a conocer de cerca lo sucedido. Las personas llegan a cien metros del rancho del mencionado personaje, se quedan sentados en los caballos y algunos se bajan con la rienda agarrada, todavía temerosos, comentan entre ellos.

— Miren, en la casa no se siente ningún ruido.

—Vamos a acercarnos más a la casa —observa otro.

—No, chico, ¿tú eres loco?

—Vean, los corotos de la cocina no están allí ¿cómo que no ha pasado nada?

— Vámonos, ese sucrense vino a echar vaina y Facundo le dio lo que quería.

En la tarde regresan contentos porque no hay rastro de Juan Grande, le hacen saber a la comunidad que allí no se encuentra nadie, ni siquiera los corotos de la cocina están; al escuchar esta versión el ambiente es de alegría, sacan sus cuartos de ron y celebran la ausencia del personaje.

—Eso es para que ustedes vean, con los ceiberos nadie se mete —dice Cleotilde.

—Acuérdense de La Cruz de Comotirar, que abogó para que las cosas salieran bien —argumenta Juana— No se pongan a beber ron sin pagar las promesas.

—Bueno, el fin de semana vamos al pueblo a mandar hacer unos dijes con Juan Platero, espero que colaboren, dice Bertha Delgado, porque los quiero de oro.

Las mujeres comentan al oído entre ellas la idea de Bertha Delgado, que en su condición de rica pidiendo más colaboración; la mencionada dama se da cuenta de las inquietudes que ha generado y les reclama.

—Yo las veo a ustedes como de poca fe —expresa Bertha—. Hablé del dije de oro y como que no les gusta, acuérdense que la Cruz de Comotirar puso mucho de su parte para que viniera la paz y el sosiego a la comunidad.

La Morocha y Adelaida, se le acercan.

—Nosotras no estamos en contra del dije de oro, porque cada quien pone su colaboración y Juan Platero nos hace el dije, lo que pasa es que usted debe poner la mayor parte, acordarse de qué eso es caro.

—Claro que sí, argumentan otras, con los reales que usted tiene, no hace falta colaboración.

—Es que yo dependo de Jesús, ahora si él me da dinero no tengo problema.

—Caray, ¿no va a tener usted real para el dije?

En los siguientes días, las personas desfilan a ver el rancho de Juan Grande en El Arbolito, adultos, y niños llegan al recinto y se asoman. Nada observan, nada sienten, el silencio se hace más perpetuo, las personas no se atreven a murmurar ni hablar; por las rendijas de las puertas y ventanas los curiosos colocan sus oculares para penetrar en ese pequeño espacio de imaginación, y empezar a lucubrar cuando eran niños y fueron creciendo en el bullicio de las ideas de sus padres con respecto a lo esplendoroso, lo gigante, lo calculado, lo precisado y lo sentido en la más honda percepción de lo real y mágico de su ambiente familiar.

Domingo y Rafael les informan a sus esposas la pericia que hicieron en la casa de Juan Grande.

—Andrea, Domingo y yo íbamos a abrir la puerta para ver lo que había adentro.

—Ya ustedes con sus loqueras —dice la señora Adelaida, conocida popularmente como *la India*—. No saben lo que puede haber en ese rancho, acuérdense de que aquí hay dos personas que lo pueden hacer, la comadre

Salmerón y Facundo, menos mal que no se atrevieron, lo importante que ese suceso se fue de La Ceiba.

—Mira, *India*, el muérgano de Rafael y tu marido se atreven a todo. Menos mal que no estaban juntos. Tú sabes lo que pudo presentarse, nadie sabe las cosas malas que hay en esa casa. Bendito Dios, los salvó un milagro.

La casa de Juan Grande se fue esfumando con el tiempo, el recuerdo de su fogón al lado de la casa principal lo observan de lejos cuando el viento se lo lleva, paredes de bahareques caen con la inclemencia del tiempo y se desvanece delante del horizonte infinito de los gigantescos valles milenarios, seguido por la casa principal, a la vista de los mortales del villorrio que recuerdan los episodios vividos, que son ahora cuentos del pasado protegido por Facundo, hombre de mil cantos y sobre todo astucia para proteger al pueblo que lo vio nacer.

Santos Carrasquel es vicioso cazando, prácticamente casi todas las noches va al monte con su escopeta, al salirle el Tigre Palenque, le canta un verso, reza y el espanto se va, asegurando que es el rezago del hombre animal llamado Juan Grande, el que vivía en El Arbolito.

Las sombras, ruidos, llantos y otras manifestaciones suman circunstancias creíbles dentro del consciente de los humanos, relaciones que integran el folclor con relatos arraigados a las costumbres y creencias de la identidad de un país. Las figuras de elementos esenciales para entender el misticismo en realidades propias de la gente, ven en Facundo el hombre con malamaña con el uso de su facundera, porque es capaz de pelear en defensa del desposeído, es la expresión misma de encontrar un salvador en quien confiar los pasos, huellas que buscan interpretar el por qué del mundo cotidiano a expensas de sus propias realidades. Acabó al Tigre Palenque, eliminándolo gracias a la potencia y energía de las malamaña de Facundo, hombre polifacético, luchador, pelea con el más pintado, baila, canta corridos, malagueñas y compone versos.

## DEGÜELLA AL ENCANTADO

La comunidad de La Ceiba tiene varias vertientes de agua, pero hay una en especial conocida como la Poza del Encantado. Allí van frecuentemente las personas a agarrar agua para el consumo humano, igualmente lo hacen los animales mular y caballar cuando pasan los arreos. Oasis de exquisita belleza y brillante armonía, donde el agua es el espejo de rostros inocentes, de sentimientos, amor y púrpura magia que marca en la mente de las personas el sentido de su casualidad. En la poza se reflejan los movimientos tambaleantes del agua con imágenes que sacuden las memorias del pasado, presente y futuro de las creencias ancestrales.

En el atardecer con la puesta del sol, se presenta una preciosa imagen de inigualable belleza, los rayos del rey chocan con el agua y el brillo que proyecta es igual al diamante, precioso depósito de agua que hace que la luz llene de espiritualidad el instante frente la poza. Se acerca la joven Carmen, conocida como *La Morocha*, observa esplendorosa los contrastes, pero pendiente de retirarse por estar sola en este sitio, agiliza sus pasos sin ver para atrás, solo la imagen de lo que observa la distrae como queriéndole decir, quédate para siempre.

Los individuos que frecuentan la Poza del Encantado ven algo gigante, produciendo borbollones de agua que hace temblar la tierra cuando se mueve, se transforma en una culebra desproporcionada capaz de tragarse a los humanos y guardarlos en sus entrañas por días, hasta que intervenga un curandero y lo libere. Las personas suelen visitarla en grupo, recuerdan las advertencias de sus padres y el peligro que puede acarrearles. La joven Carmen, le cuenta días después a su madre Fabiana, que vive en el caserío Los Caballos, lo que observó en ese sitio.

— Mire, mamá, me fui en la tardecita a la Poza del Encantado, quedé fascinada la belleza que observé cuando el sol se estaba tapando, por unos minutos me perdí y viví ese instante que recuerdo como magia, imposible de entender, el sol, el agua y el brillo.

—¡Muchacha! ¿Tú eres loca? ¿Cómo te atreves ir sola a la poza? Eso que te pasó fue un encantamiento, por poco te traga, muchacha te salvaste de milagro del animal gigante, tú no sabes que ahí hay una culebra que se traga a la gente,



y después no hay forma como salir, como se te ocurre, hija, ya tú eres grande, no debes estar por allí sola.

—Bueno, mamá, yo pasé por ahí, y vi eso tan bonito que me fascinó, pero no pensé que era tan peligroso.

La joven Morocha, piensa en el episodio.

—No le dije a mamá que me dio algo de miedo, el corazón se me iba a salir, caray si le digo la verdad, me guinda. Ahora yo parezco loca también, me fui sola sin decirle a nadie.

— Mira, Morocha, no hagas más esa cosa, los encantamientos se presentan sorpresivamente para hipnotizar a las personas, se la lleva a la guarida y figúrate lo que puede pasar.

Las muchachas salen en pandilla a bañarse en la Poza del Encantado; para ellas es fascinante estar disfrutando de las exquisitas aguas que refrescan el alma y alegran los ánimos y si es en grupo mejor. En otras ocasiones los hombres se hacen acompañar de sus novias comprometidas. Es un ambiente de sana tranquilidad. Las mujeres, en muchas circunstancias cuando van a lavar la ropa, colocan dos cruces de palo, una a la derecha y la otra en la espalda para protegerse del encantamiento.

Facundo se encuentra con la joven Carmen, ella le cuenta su vivencia en la Poza del Encantado. Después de charlar largo tiempo, deciden dirigirse al mencionado lugar para encontrarse nuevamente con la belleza que fragmenta la naturaleza en exquisitas expresiones que llenan el alma en todo su esplendor. En sus respectivos caballos se bajan en la orilla de la poza, se sientan a presenciar el oasis, en una suave brisa de intercambios de paz y tranquilidad, enfocados en las impresiones de los habitantes sobre el encantado que se traga las personas y hace temblar la tierra cuando se mueve, e incluso cuando el agua burbujea se escuchan los ruidos de tan espantoso suceso. Carmen le explica a Facundo los comentarios que le dijo su mamá, y éste por otro lado está consciente de la problemática de los conciudadanos en tan concurrido ambiente.

Corrió como fuego la presencia de Facundo y la joven Carmen en la Poza del Encantado. Especulaciones y comentarios se tejen, por la forma como Carmen se presentó sola en un atardecer lleno de esplendor y romance, donde

confluyen las infinitas imaginaciones, y después se hace acompañar con Facundo en un inesperado día que inquieta a los habitantes de La Ceiba.

Facundo decide acabar con el encantamiento y se prepara con una facundera filosa que nunca le falta en el bolsillo para enfrentarse al animal, se posicionó frente a la poza y sintió un malestar extraño en su cuerpo, cuando se recupera se da cuenta de que está siendo atraído hacia ella; la agarra por el pescuezo sujetándose mientras la culebra se mueve bruscamente, lo lanza estrellándolo contra un árbol, salen ruidos del reptil, y empiezan a salirle patas, Facundo se recupera y saca la facundera de ataque, de los ojos del animal brotan rayos hacia su humanidad, éste los bloquea con la facundera, avanza y le corta una de las patas, el movimiento de la culebra es de cólera, las escamas se van parando saliendo disparadas por encima del poeta de La Ceiba, esquivándolas con su agilidad física.

La culebra sigue lanzando escamas, sin poder pegarle al poeta, por su elevadísima destreza y por su malamaña. Las escamas impactan contra los árboles, algunas le producen heridas, haciéndole mucho daño. Éste, con poca fuerza, le clava la facundera en el cuello. La culebra se levanta y sus patas se mueven abrazándolo para estrangularlo. Facundo, desesperado, grita con poca fuerza; está agotado y mal herido. En su desesperación, agarra la facundera clavada en el pescuezo de la culebra y la degüella; la suelta y cae muerta.

La culebra mide quince varas aproximadamente, equivalente a trece metros de largo, las personas del caserío se alarman nuevamente porque Facundo había peleado con la culebra gigante de la Poza del Encantado, ven al afanado personaje llegar al pueblo lleno de sangre, los vecinos salen corriendo desesperados a curarlo, lo llevan a la casa de Santos y Juana Parejo, calientan agua y limpian las heridas. Enseguida en la vivienda no cabe un alma, todos quieren ver al contrincante, abrazarlo, felicitarlo y darle las gracias por su audacia de acabar con este peligro latente que asechaba a la comunidad; en ese instante llegan Juan Manuel y Jesús Parra, y dan órdenes a un grupo de hombres y mujeres a buscar al encantado.

Los voluntarios se arman con palos largos y cortos e improvisan una camilla gigante y traen el animal al caserío, la preparan y se la comen en medio de una parranda de bandolín, cuatro y maracas.

Todos bailan, cantan, se ríen y toman ron para celebrar tan grandioso acontecimiento, el bandolín ruge al agite de su ejecutor y las cuerdas del cuatro tiemblan sin cesar al son de las maracas con el canto de la malagueña y los joropos zapateados, hacen bailar a las parejas llenas de regocijos, los niños y adolescentes se arriman a la movida para saborear el gustoso animal. El olor del sabroso humo a carne asada se extiende en todas las comarcas, La Yerba Buena, El Arbolito, La Ceiba, Comotirar y La Loma de la Virgen. El humo avisa lo grande de la ternera y la percepción de las personas de los caseríos vecinos por tal humarada, al extremo que el cielo se opaca. Fueron tres días de parranda sin cesar, contagio total de emoción y alegría, se acabaron las reservas de ron y muchos llevaron carne para tener de pertrecho en sus casas.

Pocos días después, se siguen escuchando pequeños ruidos alrededor del caserío, cada quien le da una explicación distinta, entre ellas la señora Fabiana Torres, quien vino del caserío Los Caballos a visitar a su hija Andrea.

—Ustedes tenían que comerse la carne en esos tres días de fiesta. No había por qué traerse esa carne para sus casas, ahora van a tener que ir a que el padre Bálsamo en el pueblo a buscar agua bendita.

—Bueno, mamá, yo voy a tener que ir con La Morocha a buscar el agua bendita, voy a tener que llevar un litro para darle un poquito a quien pida.

—El domingo tienen que salir temprano, porque la Misa es a las diez de la mañana y al padre no le gusta que lleguen tarde.

Pasados los días los ruidos se acabaron, la señora Salmerón reforzó la acción con unos ensalmes en varias casas que solicitaron sus servicios.

Los coterráneos de Facundo analizan en este personaje habilidades con su facundera, a pesar de ser de baja estatura,. Por eso es que lo vinculan con la malamaña, capaz de desenvolverse en situaciones comprometedoras y salir airoso de eventos de mínima o máxima peligrosidad.

El señor Doroteo Arasme, en conversación con Miguel Parra, afirma:

—Mira, Miguel, estoy totalmente convencido de qué Facundo sabe oraciones para controlar los animales peligrosos; viste que tiene malamaña con la facundera, mató al Tigre Palenque y al encantado de la Poza del Encantado, tú

comiste de la culebra, yo me harté hasta que pude, no hay otra forma de entender lo que hace el compadre Facundo.

—Yo me harté hasta que pude.

—Eso es para que usted vea que ese hombre tiene malamaña.

—No hay otra forma de entender lo que hace el compadre Facundo.

—Recuerdo que quedé asombrado —dice Doroteo— del coraje y brío que demostró en El Arbolito con el suceso de mi hijo, se enfrentó al enemigo y eso que no tenía el poder de malamaña.

—Bueno, tiene dotes prodigiosos, y cualidades físicas y mentales —culmina Miguel Parra.

## ENCARNACIÓN SALMERÓN

—Mire, compadre, si usted tiene un problema, vaya a que la señora Salmerón, esa mujer sabe, llévele el *agua* y le dice todos los males —insiste Luis Carrasquel a Rafael Rondón.

—A mí lo que me friega es el joguillo —puntualiza Rafael.

—No te mortifiques, que ella curó a Miguel Parra con la mata de curía.

—¡Qué va a estar curando a Miguel, si él se la pasa tomando ron!

—Precisamente compadre, Rafael, le rezó y le mandó la curía con aceite, y se curó del joguillo.

—Bueno, tendré que ir para que Salmerón

Encarnación Salmerón era conocida popularmente como la Vieja Cachón. Muy alta y corpulenta, con cara de indígena pero muy bonita, era querida por todas las comunidades aledañas a La Ceiba. La extensa y rica cultura de personas va más allá de su visión humana, porque buscan en los cimientos de su existencia formas y mecanismos para ayudar al prójimo, en estos casos es restablecer la salud a sus conciudadanos. Con las lecturas de ese espécimen color amarillo que sale del organismo, y es echado en una botella trasparente para que la curandera estudie las forma de las figuras y delate los males que padece la persona, luego le manda brebaje de plantas medicinales, o aplicación de ungüentos e imposición de manos, que en el enfermo influyen en los más recónditos lugares del cerebro a través de su fe para restablecer su inmunidad.

En La Ceiba se observa el caminar pausado de la partera y curandera, Encarnación Salmerón, lleva colgado en el pecho una reliquia cuadrada de tela de color rojo, fuente de sabiduría y presencia de mujer bondadosa en auxiliar y fortalecer a las nuevas criaturas que ven luz a su llegada al mundo. Esta corpulenta mujer es comadre de Facundo, por ser padrino de sus hijos Ramón, Juana, María y Eleuterio, muchos eran los encuentros con el hombre de malamaña, principalmente para compartir las oraciones que ella sabía y Facundo la escuchaba con mucha atención y respeto.

El extrovertido poeta de gran capacidad rítmica, agilidad de movimientos y malamaña, tiene tantos ahijados como la señora Salmerón. A los ahijados ni siquiera los conoce por la cantidad de acompañamiento de agua y bautismo. Las personas de los diferentes sectores montaña adentro sienten especial deferencia por la personalidad del compositor de La Ceiba, comentan entre amigos; hombre

probo, poeta, e intelectual, basta hablar con él para conocerlo, y entienden el fenómeno de sus condiciones sobrenaturales.

A la humilde casa de la señora Encarnación acuden centenares de personas en busca de solución de los males de la salud, llevan en botellas de vidrios cristalinos su “agua”, ella se persigna lo coloca encima de un papel blanco, empieza a mirar de diferentes formas y maneras el envase, reza y se encomienda al Todopoderoso, da el diagnóstico, generalmente dice que sufre de los riñones, cuando tiene dolores de hueso es pasmo, y cuando tiene característica especial es un mal supuesto. En instantes el paciente al escuchar esta palabra se impacta, cambia de color y mueve el rostro en forma de negación.

—¿Por qué a mí? La gente me tiene envidia —su imaginación remonta el infinito de sus neuronas.

La curandera dice:

—No hay por qué preocuparse, el ensalme y unos buenos baños de plantas cocidas de cruceta y piñón desaparece la brujería.

Le cancelan dos bolívars, tres reales, o un bolívar, se ve en su casa arrume de cazabe, cambures maduros o verdes, gallinas, y huevos para llenar un canasto. Su fama cada día se incrementa, aunado a esto está su sensibilidad de regalar parte de lo que le llevan, el dinero que recibe a cuenta gota los usa para sus necesidades. A los enfermos graves los atiende directamente en su casa, religiosamente todos los días los santigua y la toma de infusión de plantas medicinales que no les faltan bajo su recomendación. En ocasiones tiene varios enfermos que atender, el día se hace de madrugada con su burro camino arriba o abajo, su cobija bayeta es la mejor amiga y si le toca partear, el llanto de la nueva vida la hace despertar después de tres días de somnolencia.

Para las enfermedades tiene tratamiento de acuerdo a su diagnóstico. En su armario se encuentran botellas con plantas medicinales para las diferentes curas, las botellas contienen sauco, borajón, San Francisco, sábila, papelón y melao de colmena. Para los pacientes a quienes la cabeza les da vuelta como un trompo, ven estrellitas y sudan frío, apela a la infusión de parchita cocida, cayena doble roja y recomienda comer bajo de sal.

A los infantes infectados con lombriz les recomienda el aceite de pasote comprado en la botica del pueblo de San Antonio de Capayacuar o en Cumaná,

al tomarse el tratamiento el vientre del niño empieza a bajar, el ardor del ano es testigo de que el remedio está funcionando, no importa que las horas se esfumen, mientras los animalitos de alimañas salen rumbo al precipicio vivos o muertos.

Andrea le recuerda a su esposo Rafael:

—Acuérdate de pasar por casa de la señora Encarnación, para que te vea el joguillo y no te afecte cuando vayas a Cumaná.

—Recuerda tú, más bien de cocinar la curía con tres gotas de aceite, y prepararme sopa de culantro, yerba buena y cebolla por tres días baja de sal. Esto es lo que toma Miguel Parra para curarse el joguillo.

—Rafael, no seas necio, anda a que la comadre Encarnación. En una semana vas estar fuera con los arrieros —insiste Andrea.

—No es lo mismo tú que Facundo, que tiene malamaña y nunca le pasa nada.

—Bueno, yo voy a pasar por su casa.

Rafael y su hermano Domingo, visitan a Encarnación, el día siguiente.

—Venimos para que nos vea el joguillo. Vamos mañana con el compadre Facundo y un arreo para Cumaná y la travesía es larga, no queremos que el pecho se salga y suene como un furruco.

El tratamiento recomendado fue la planta de curía, salen contentos preparados a salir el día martes a las cuatro de la madrugada y regresar el sábado por la mañana, seis días de ida y vuelta, donde las colinas se elevan a los pasos de las bestias, bajo la niebla y las charcas por lo húmedo de la encumbrada cima que toca las canas del cielo. El primer descanso lo hace en la casa de la señora Edmunda Betancourt, parada obligada porque hay pasto a real la paca, comen las bestias y llevan de refuerzo. Son dos horas mientras descansan, siguen uniéndose los arreos de los Dos Caminos, El Mango de Capiricuar, El Arbolito, La Loma de la Virgen, Monteoscuro, Los Corocillos, al final se ven animales en filas, hacia a la capital de Sucre.

Pasan por los sitios identificados como El Tropezón, porque el camino es muy malo; Palo Baleado, ahí pelearon los rojos y amarillos, los árboles están llenos de pólvora y plomo por la revolución legalista; por El Yaque, por la abundancia de árboles de esta especie; en el sector río Arena, es la primera

parada en la venta de la mercancía; en el sector Vuelta Culebra, las curvas parecen este animal; La Ranchería, poquitas casas; El Barranquil, tajos que si pela el ojo, llega a lo último del precipicio descuartizado; Sabana de Cumaná, abundan las tunas y chivos por doquier; finalmente llegan a Cumaná a vender el resto de la carga.

Josefita y Andrea le recuerdan a Facundo y a Rafael lo referente a su estadía en Cumaná.

—Acuérdense de las telas para las muchachas y de comprar jurel para cuando llegue tenerles un sancocho con verduras frescas.

Contesta Facundo:

—¡Carajo, Josefita!... cómo se nos va a olvidar lo principal si estamos en el mes de los jureles, se me agua la boca al mencionarlos.

En Cumaná en su andanza visitan tiendas, negocios de víveres, pasan por el centro de la ciudad y luego los arrieros de San Antonio se reúnen cerca del puerto, amarran sus burros en sitios seguros y se disponen a comprar lo necesario para sus familias, aprovechan embriagarse en la ciudad, sus mentes están agitadas por lo esplendoroso de las casas, calles y otros detalles que aspiran que su hijos los acompañen en esta travesía para que vivan la experiencia de la capital del estado Sucre, conversan las situaciones del viaje y las risas se hacen notar bajo una empinada del codo con cerveza bien fría. Finalmente se separan cada quien a adquirir sus encargos; compran pescado jurel y cuna salpresos a 0,75 céntimos, telas por rollos a veinticinco bolívares de dril y caqui, si es que alcanza el dinero; no falta la compra de sal a granel de uso importantísimo en sus hogares.

Siguen gastando parte del dinero de la venta, las cobijas de algodón la adquieren para protegerse del frío del valle de Capayacuar, sostenes, pantaletas para esposas e hijas, camisas de hombres y otros tipos de telas. Compran coco seco, ingrediente principal en los turronec suculentos preparados como la última maravilla del paladar ceibero; aprovechan para llevar medicinas y purgantes. De regreso las cobijas bayeta, son sus mejores amigas, por si acaso llueve se protegen del agua y el frío en el viaje.



En La Ceiba sus mujeres están a la expectativa de la llegada de sus maridos, mandan a sus hijos a buscar verduras frescas; al escuchar al burro campanero, empiezan a colocar la olla al fogón en espera del pescado de cuna o jurel salpreso, luego que comen exclaman con gusto ¡Que delicia de pescado!

Facundo al llegar del viaje se reúne con el comisario Jesús Parra y Juan Manuel Rondón para conversar del viaje y las condiciones de las compra en la capital del oriente venezolano; son largas tertulias por los cuentos de Facundo en estos días de ida y vuelta para Cumaná.

## ENCUENTRO CONSIGO MISMO

El poeta de La Ceiba queda solo en la hacienda La Fortaleza en La Cumbre de Buenos Aires, respirando aire puro y pasando frío por falta de calor de pareja, pero sigue trabajando en su cotidianidad de hacendado, cantando e improvisando sus canciones en lo alto del Turimiquire.

En ese mundo mágico y precioso de ciudadanos que lo hacen propio de acuerdo a circunstancias y hechos desarrollados en comunidades, está Facundo, como cualquier mortal, siente, llora, se ríe y sigue enamorado de su Carmen querida, la de la orilla del río Colorado, para llamar su atención le lleva latas de café molido y otros obsequios que animan su deseo de unirse nuevamente con ella, imposible de lograrlo. Los sueños, sus magias y alegrías de amor que plasma en el infinito de su pensamiento no logran conquistar su deseo; en San Antonio de Capayacuar, le dice al joven intelectual y poeta Luis Maximiano Torres.

—Tocayo, vamos a echarnos un baño en el río Colorado.

Allí sus recuerdos inmortalizados bajo las frías aguas, fluían como los primeros días cuando se unió en un fascinado ambiente con Carmen. Largo caminar en las montañas con dos familias que se esfumaron a pesar de la malamaña que atribuyen a sus virtudes.

—Tocayo, voy a preguntarle algo, ¿Quienes le gustan a usted más, las muchachas o las viejas?

El joven poeta Luis Maximiano piensa y presumidamente le contesta.

—A mí me gustan las muchachas.

—No, tocayo, a mí me gustan las viejas.

En clara alusión a su ex mujer, le daba en el hombro al poeta, porque para él vivir en secreto el amor imposible, era refugiarse en sus recuerdos en las embizcadas montañas de ilusiones, fuerza, coraje y deseo aguerrido en la inmortal comparecencia entre lo mágico y lo real. Quedan los recuerdos del hombre y sus desafíos con personas de mayor tamaño a quienes dominaba como si nada hubiera pasado.

—Tocayo, qué bueno es vivir con una vieja. Le conoce todas las costumbres a uno. Me muero para que esté conmigo, por abrazarla, pero nunca podré hacerlo. Me hace mucha falta. La soledad no es la mejor compañía de nadie.

Facundo, de incansables dotes sobrenaturales, se queda pensando, abre la ventana de sus recuerdos, están flotando las gratas y felices relaciones que convivió al lado de dos grandes mujeres, Josefita y Carmen de inigualable sentir, moldeaba sus suaves y profundas imágenes de esperanzas, alegrías e ilusión que se cruzan en su pensar de somnolencia de amor, haciéndolo muchas veces feliz, en suave primaveral en los dulces besos sabor a miel, en años importantísimos que lo llenan de recuerdos imperecederos. Pasó el tiempo, los momentos, las horas, los días incandescentes lejanos del ayer, y hoy soplan en nostalgias de amores imposibles pasada la edad de mozo, adulto y ahora viejo con dos tendencias: la humana y la sobrenatural, sustentada en el perfil que le brinda la vida en las montañas de su terruño.

En el sector Alto del Perú vive el señor Ruperto con Domitila y sus hijos. La señora Domitila acostumbra a visitar todas las tardes a Facundo en la hacienda La Fortaleza en Buenos Aires para hacer algunas diligencias, a veces para evitar discusión con su marido se lleva a alguna de sus hijas, y así sucesivamente se prolongan por varios meses las visitas. De esta relación sale un romance muy compaginado y alegre dentro de la intimidad cachera, Domitila busca cualquier excusa para hacer el amor con Facundo dentro de su estrategia humana.

La joven Luisa Ruperta de vez en cuando acompaña a su mamá a visitar a Facundo, también se enamoró del romántico hombre cazador de dos pájaros con una sola piedra, le dice Facundo a la joven.

—¿Cuál es tu nombre?

—El mío es Luisa Ruperta.

—Te voy a decir una poesía.

Luisa Ruperta, queda maravillada por la interpretación del poeta de mil sueños. Continúan en su intimidad en un descuido de su madre en casa de la Hacienda La Fortaleza. La quinceañera, le responde pícaramente.

—Usted si canta demasiado lindo.

—¿Con quién vives? —Le pregunta Facundo en tono apasionado.

—Yo vivo con mi mamá ¿no se da cuenta de que siempre vengo con ella?

—Nunca había conocido una mujer tan bella, que alienta el suspiro de cualquier viejo como yo.

—Usted no es viejo, sino maduro, a mí me simpatizan las personas de experiencia.

—A mí me gusta ver los pájaros volar y su canto me gustan —dice Facundo.

—No he conocido una persona así como usted, romántico. Por cierto mañana estaré lavando ropa en la quebrada cerca del manantial.

Facundo queda complacido del diálogo con la joven de quince años, maneja su estrategia de romántico y piensa la forma de cómo lo trató la señorita. Al día siguiente sorpresa se lleva la joven.

—¡Me asustaste! No imaginé que llegaras aquí.

—Bueno, tú me dijiste que vendrías a la quebrada a lavar ropa — prosigue Facundo.

*Tienes una sonrisa bella y preciosa,  
mirada dulce y soñadora  
tus ojos son dos luceros  
tú boca es de cristal*

—¡Caray!, señor Facundo.

Sonríe. El viejo se le acerca lentamente, la mira a los ojos y le da un beso, ella al instante reacciona, le da mucha vergüenza y sale corriendo a su casa. La joven Luisa Ruperta, muchacha inocente en la primavera de su vida, se cree un mundo de ilusión al cortejo amoroso que le ofrece el viejo Facundo, quien

ya no cuenta con el aprecio y el amor de su segunda mujer; solo y casi abandonado en la cumbre del Turimiquire donde está su hacienda. Por fin la muchacha acepta los piropos y enamoramiento de Facundo, quien le ofrece irse en el transcurso de la noche a su casa y ser su mujer de por vida. Posteriormente Facundo emparrandado le comenta a ciertas personas.

—¿El tocayo Ruperto, no se dará cuenta que yo le quemo el guayuco a Domitila?

Comenta la relación con Domitila, pero no lo de la joven Luisa Ruperta. Posteriormente llega a un acuerdo con la muchacha para vivir como pareja. Ella le dice que no hay problema, será su mujer.

En una noche de luna clara en la que solo se oyen los zumbidos y pisadas de los animales nocturnos, Facundo se dispone a esperar la hembra, como habían convenido. Pasadas las diez de la noche, el frío empieza a tullir al cazador de mujeres. Pasó toda la noche sin dormir y alerta por si se presenta Luisa Ruperta. De tanto esperar se fue para su casa empezando a salir la aurora, más caliente que una plancha e' chino. Durmió menos de una hora, hizo café, lo tomó muy caliente y exclamó:

—Yo me llamo Facundo en cualquier lado —Luego pensó y dijo: —Ella a mí no me va a joder.

Se le apareció al señor Ruperto, casi al mediodía, en su casa.

—Mira, Ruperto, ¿dónde está Luisa? La vine a buscar. A un hombre como yo no se le echa esa coletilla. — Agrega: —Luisa, prepárate que nos vamos.

Se la lleva por la mano a su casa. El papá de la joven le contesta.

—Lo único que te agradezco, Facundo, es que no le vayas a pagar mal.

Vivió con la joven un tiempo pero no le dejó hijos. Posteriormente Luisa Ruperta se enamoró de otro hombre y fue feliz de por vida.

Sus angustias y recuerdos lo atormentan; se refugia en la inmortalidad espiritual buscando encontrarse consigo mismo y ser escuchado por el

Todopoderoso. Vivir en ese mundo aislado lo lleva a enfrentarse cara a cara consigo mismo. Después de que sus mujeres lo abandonan, se replantea su existencia en estas montañas de ambiente tranquilo y silencioso. Ahora la laboriosidad de su persona es un caudal de prefiguración mental que suena muy fuerte en su corazón, como luz regalada del cielo para paliar la soledad, bajo los recuerdos y cantos presto a la confesión para ser militante cristiano, extendiendo su mano amiga y compromiso en la conquista de su elevación espiritual.

Fin

- Edgar Rondón -

Este libro se terminó de imprimir  
En noviembre de 2013,  
en los talleres  
Impresos Litográficos Maturín C.A.  
RIF. J-08021815-9  
Estado Monagas, Venezuela.  
1.000 ejemplares  
Impresos en papel Boom base 20